ERLE STANLEY GARDNER



PERRY MASON

EL CASO DE LAS MANOS HELADAS

Una joven llega al despacho de Perry Mason y le pide que cobre unos boletos en el hipódromo por una fuerte suma. El abogado accede, pero se da cuenta que sucede algo. Al llegar al hipódromo, Mason cobra los boletos e inmediatamente Fremont, el jefe del hermano de la joven, le requiere para que le entregue todo el dinero, alegando que las apuestas se hicieron con las cantidades que le habían desfalcado.

Cuando Fremont muere asesinado en el baño de la joven, Mason se hace cargo del caso.



Erle Stanley Gardner

El caso de las manos heladas

Perry Mason # 68

ePUB r1.0
Ronstad 23.04.2013

Título original: *The case of the ice-cold hands*
Erle Stanley Gardner, 1962
Traducción: M. Bartolomé

Editor digital: Ronstad
ePub base r1.0



Prólogo

Mi buen amigo Dick Ford (Richard Ford, doctor en medicina, patólogo del cuerpo de policía estatal de Massachusetts, inspector médico decano del condado de Suffolk (Boston), director del departamento de medicina legal de la Escuela Médica de Harvard, y a quien ya dediqué una novela protagonizada por Perry Mason), ha señalado repetidamente la necesidad de desarrollar una relación más íntima entre la observancia forzosa de la ley, la patología forense y la medicina legal.

Dios sabe cuántos asesinatos ha investigado el doctor Ford. Y no hay nadie que haya podido calcular el número de veces en que proporcionó a la policía la pista de un crimen, sugirió una sospecha certera o determinó las premisas que desembocaron en la resolución de un caso. Conozco varios ejemplos en los que sus sagaces consejos sirvieron para evitar que un hombre inocente fuera acusado de un asesinato que luego no resultó serlo, sino que se trataba de suicidio o muerte accidental.

Durante cosa de dieciséis años, el doctor Ford ha colaborado con Joseph B. Fallon, del departamento policíaco de Boston. Por decisión propia, Fallon se retiró del servicio activo recientemente, a la edad de sesenta y tres años y cuando ostentaba el cargo de comisario superintendente.

De cuando en cuando, en el curso de los años pretéritos, el doctor Ford me hablaba de Fallon y se hacía lenguas acerca de su habilidad interrogadora y de su insistencia en el principio de que a un hombre debe considerársele inocente hasta que su culpabilidad quede demostrada de modo irrebatible, mediante la presentación de pruebas definitivas.

El doctor Ford hace hincapié en el hecho de que Fallon es uno

de los más perspicaces escudriñadores que ha conocido: un hombre que no recurre a la intimidación, que se manifiesta en todo momento como un caballero, que es paciente y considerado, meticuloso, pero tenaz.

Fallon posee la rara virtud de ser capaz de instruir y, al mismo tiempo poner en práctica sus teorías. Ha dejado tras de sí, en el departamento policíaco de Boston, investigadores bien entrenados, elegidos personalmente por él y de los que puede sentirse orgulloso. Los formó y los aleccionó a la perfección. Pese a haberse retirado, la influencia de Joseph B. Fallon continuará dejándose sentir en el departamento, a través de las actividades de esos detectives tan magníficamente adiestrados.

Lo que procuro dejar bien sentado es que la medicina legal tiene gran valor para el público y que ese valor pueden acrecentarlo las autoridades policíacas que posean el acierto y la mentalidad adecuada para colaborar estrechamente con las inteligencias más preclaras en el campo de la medicina legal: hombres de personalidad lo bastante acusada como para estar predispuestos a compartir los elogios, y lo bastante recios como para alzar la cabeza y reconocer que la policía no puede presentar un caso, cuando las circunstancias son tales que la policía *no* tiene caso que poder presentar.

Llevo unos cuantos años recibiendo información de primera mano relativa a muchos de los servicios en que intervino Joe Fallon, a la manera que tiene de trabajar, a su dedicación absoluta, a su cortesía, a su sigilosa destreza de interrogador, a la recta integridad profesada hacia su uniforme y sus ideales.

Por todas esas admirables cualidades, me honro, en su retiro, dedicando el presente libro a un funcionario eminente:

JOSEPH B. FALLON
Deputy Superintendent of the
Boston Police Departament.

Erle Stanley Gardner

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BANKS Nancy: Alias Audrey Bicknell. Agraciada joven que ha ganado un buen pico en las carreras de caballos. De hechicero palmito, tiene las manos frías y el corazón caliente. Su estructura es sensacional y sus métodos infalibles.

BANKS Rodney: Hermano de la anterior. Se le acusa de haber cometido un desfalco, pero la chica paga la fianza establecida, empleando para ello el botín logrado mediante su afortunada apuesta por un jamelgo casi desahuciado.

BURGER Hamilton: Fiscal de distrito. Vanidosillo él, se ve asado a fuego lento cuando concede plena inmunidad a un asesino confeso.

DRAKE Paul: Director de la Agencia de Detectives Drake. Insaciable y sobrecargado de trabajo, cree que es factible juzgar a los caballos y a los criminales basándose en el estudio de su historial y de sus proezas anteriores.

FREMONT Inez: Dama de cuarenta años cumplidos, cuyos encantos femeninos declinan a toda prisa. Quiere seguridad por encima de todo, aunque a raíz de separarse de su desabrido cónyuge no creyó necesario privarse de los últimos ritos propios de una esposa.

FREMONT Marvin: Antiguo marido de Inez Fremont, a la que sacaba diez años. Hombrecillo de aspecto físico insignificante, se las da de astuto. Trafica en objetos de arte raros y Rodney Banks trabajaba a sus órdenes. Exige más de lo que le han estafado y en vez de restitución total, lo que consigue es que le destruyan. Al final, todo lo que logra es encontrar una bala perdida.

GILMORE Jarvis: Abogado vivaracho y menudo, que irrumpe en

escena y se coloca en una situación inmejorable para convertir en agua de borrajas toda la labor del ministerio fiscal. Ello ocurre mientras actúa en defensa de Rodney Banks.

HALSTEAD Larsen E.: Perito mercantil encargado de la dirección administrativa del negocio de Marvin Fremont. Tiene poco más de cincuenta años, hombros encorvados y gafas con montura metálica. Derriba una valla, pero luego se desploma pesadamente cuando llega la hora de la verdad. Cae tocado.

LAWTON Lorraine: Llamativa muchacha, dotada de todos los atributos que hagan falta para atraer clientes a la piscifactoría donde presta sus servicios eventuales. Pero llega un momento en que duda entre pescar o poner cebo.

MASON Perry: Protagonista de esta novela. Abogado de fama. Pese a la desventaja que suponen las mentiras de su cliente, el centelleante consejero legal efectúa una rápida salida en esta carrera contra la muerte.

MILES Navarro: Juez al que le cabe el honor de presidir la vista de una causa en la que el fiscal casi logra ponerse la soga al cuello. Un juicio que resulta ser de lo más bufonesco que darse pueda.

STREET Della: Secretaria de Perry Mason. Su dinero está en la pista adecuada, pero no en el caballo debido. A pesar de todo se presta de mil amores a repartir con su jefe una buena bolsa.

TRAGG: Teniente de la Brigada de Homicidios. Es hombre de buena fe, que siempre anda de un lado para otro; a los sospechosos que no puede incriminar procura intimidarlos.

Capítulo 1

Della Street, secretaria confidencial de Perry Mason, anunció:

—Ha surgido algo nuevo, jefe.

Mason levantó los ojos del libro que estaba leyendo y sacudió la cabeza.

—No hay nada realmente *nuevo*, Della —dijo.

—Esto sí que lo es —insistió Della Street—. En la antesala espera una cliente que dice que puede concederle veinte minutos justos, ni un segundo más.

—¿Qué puede *concederme* veinte minutos? —inquirió Mason.

—Exacto.

—Vaya, pues *sí* que es algo original —reconoció Mason—. ¿Cómo se llama, Della?

—Audrey Bicknell.

—¿Edad?

—A primera vista parece que ha doblado el cabo de los veinticinco.

—¿Rubia, morena, pelirroja?

—Tirando mucho a morena —repuso Della—. Fogosa, de carácter enérgico… algo así como ópalo negro. Le gustará.

—¿Decente?

—Me atrevería a decir que castísima, pero se encuentra sometida a una tensión terrible. Mientras la interrogaba para anotar su nombre y dirección consultó su reloj de pulsera cinco veces en el espacio de dos o tres minutos. Es secretaria de profesión, pero ahora está sin empleo. Soltera, vive sola en un apartamento, cuyos gastos sufraga de su propio bolsillo, aunque en la actualidad anda buscando alguna joven de características similares a las suyas a fin de que esos gastos vayan a medias.

—¿Le preguntó para qué desea verme?

—Sí. Dijo que sólo disponía de tiempo para explicarlo una vez y que prefería que fuese usted quien la oyera. Manifestó que se trataba de un asunto de cierta importancia.

—Muy bien —articuló Mason—, hagámosla pasar, Della, y veamos qué es lo que la ha traído por aquí. Doy por supuesto que la chica es más bien preciosa.

Despacito, las manos de Della Street dibujaron en el aire una sugestiva silueta de líneas y contornos femeninos.

—¿A qué esperamos, Della? ¿Qué es lo que nos retiene?

—Me avisó la intuición femenina —dijo Della— al ver la cara que puso esa joven cuando me contestó que no podía explicarme por qué deseaba verle. Me da en la nariz que la chica está acostumbrada a salirse con la suya, gracias a la ayuda que le presta su personalidad dinámica y colorista, así que presiente que su forma particular de presentarse surtirá más efecto con un hombre que con una mujer.

—De acuerdo, la veremos en seguida —asintió Mason—. Ha despertado usted mi curiosidad hasta tal punto, que no permitiría que esa muchacha abandonase el despacho, ni siquiera aunque ello estropease la cita que tenemos concertada para las cuatro.

—Dispone de diez minutos —advirtió Della.

—Y *ella* está dispuesta a *concederme* veinte —observó el abogado.

—Que se han reducido a unos diecisiete —dijo Della Street, al tiempo que lanzaba un vistazo a su reloj de pulsera.

Se retiró al antedespacho, para volver al cabo de un momento, seguida de Audrey Bicknell.

—La señorita Bicknell, señor Mason.

Audrey Bicknell se adelantó con paso rápido e impulsivo, alargó la diestra a Mason y le obsequió con una sonrisa rutilante, que ponía júbilo en sus intensos ojos oscuros.

—¡Es *tan* estupendo, señor Mason, el que haya accedido a recibirme! Ya sé que, normalmente, debe pedirse hora, pero éste es un asunto de la máxima urgencia y… —Se interrumpió para consultar su reloj y luego volvió a sonreír—, me veo precisada a tirar por la calle de en medio. ¿Le importaría que empezase a

exponérselo y… bueno, que pasara por alto todos los preliminares?

—Adelante —animó Mason.

—Ya le di a su secretaria mi nombre y dirección —prosiguió la joven—. Le explicaré en dos palabras lo que deseo. Supongo que habrá estado alguna vez en las carreras.

—He estado en las carreras.

—Por lo tanto, estará también familiarizado con el procedimiento que se sigue en las apuestas.

Mason inclinó la cabeza afirmativamente.

—Tengo aquí cinco boletos de cien dólares cada uno, apostados a favor de un caballo llamado «Dough Boy», que participa en la tercera carrera de esta tarde, llevando el número cuatro —declaró Audrey Bicknell—. En el momento en que estos boletos fueron adquiridos, la proporción de las apuestas se calculaba en algo así como cincuenta a uno. Un envite de esta magnitud habrá hecho descender algo dicha proporción y, naturalmente, sé que no se regulan las estimaciones de una manera estricta, pero… en fin, el caballo en cuestión proporcionará un beneficio importante.

—Si gana —subrayó Mason—. O, mejor dicho, si ha ganado, puesto que, indudablemente, a estas horas la carrera ya debe haber concluido.

—Si ha ganado —repitió la joven.

—¿Y qué es lo que quiere que haga? —preguntó Mason.

—Quiero que tome estos boletos y los guarde. Si el caballo llegó primero a la meta, deseo que cobre el importe de la apuesta y me entregue el efectivo correspondiente, conforme a determinadas instrucciones.

—Veamos, un momento —dijo Mason—. ¿Compró personalmente esos boletos?

—Sí.

—¿Me permite preguntarle si juega usted a las carreras con regularidad, si se trata de algo que hace…?

—Es la tercera vez en la vida que realizo una apuesta… es decir, de este modo. A veces me jugué un par de dólares por mediación de… —bajó la mi— rada—. Por mediación de corredores.

—¿Cómo se ponía en contacto con esos corredores? —interrogó Mason.

—En la oficina donde trabajaba había un joven que sabía donde hacer apuestas y, en ocasiones, jugábamos a medias. Otras veces… bueno, otras veces iba sola y apostaba.

—¿Nunca más de dos dólares?

—No.

—Debió conseguir alguna información secreta verdaderamente buena sobre ese caballo —comentó Mason.

—¿Tiene importancia ese detalle?

—No importa nada en lo que se refiere al cobro de los boletos —repuso el abogado—, pero trato de formarme una idea completa del cuadro a fin de ponerme en situación de protegerla a usted y…, bien, con franqueza, de protegerme a mí mismo.

—*Usted* no necesita protección de ninguna clase, puesto que no tiene nada que ver con el asunto —replicó la muchacha—. Todo lo que ha de hacer es llegarse mañana por la tarde a la taquilla (la taquilla reservada para las apuestas hechas a favor de los caballos que ganaron las carreras de la jornada anterior), presentar los boletos, coger el dinero y, entonces, aguardar mis instrucciones.

—¿Y si el caballo ha perdido?

—En tal caso ni siquiera tendrá que ir al hipódromo —sonrió Audrey Bicknell.

—Parece confiar mucho en que ese corcel va a ganar o ha ganado.

—Desde luego, no apostaría por un caballo que supiera que iba a perder —repuso la muchacha—. Pero se equivoca si cree que recibí alguna noticia anticipada. Elijo los caballos guiándome por presentimientos, de modo instintivo, principalmente si me impresionan bien sus nombres. Siempre me inclino por un nombre que suene bien, que indique que el potro va a esforzarse honestamente en su intento de ganar.

—Está bien —dijo Mason—. Permítame ahora que le formule algunas preguntas. ¿Debo entender que fue usted al hipódromo para efectuar las apuestas y adquirir los boletos?

Audrey Bicknell vaciló durante unos segundos antes de responder:

—Sí, acudí al hipódromo.

—¿Y se marchó antes de que se corriese la prueba?

Otro titubeo y otra respuesta afirmativa.

—Sí.

—Lo que significa que ignora si ese caballo ganó o no.

—Exacto.

—Pero, dada la proporción de las apuestas, su caballo debía ocupar un puesto bajísimo en la lista de cotizaciones.

—Cualquiera lo comprendería así. La verdad, señor Mason, eso salta a la vista. ¿Es necesario que perdamos mi limitadísimo tiempo comentando todo esto? ¿No puede dar por sentadas cosas tan evidentes?

—Sólo deseaba informarle de lo que estoy pensando —repuso Mason—, ya que ahora me propongo preguntarle *porqué* abandonó el hipódromo antes de que se celebrase la carrera. Al efectuar una apuesta de ese calibre debió quemar casi todas sus naves. Llevó a cabo una operación desesperada, incluso teniendo en cuenta la seguridad de sus posibles informes. No cabe duda de que ganar esa apuesta representa una barbaridad para usted.

—Eso también puede darlo por sentado.

—Entonces, *¿por qué* se marchó del hipódromo?

—Eso —esquivó Audrey Bicknell— es algo que no puedo explicar ahora, dada la escasez de tiempo que me agobia en el instante presente. Le pido que tenga la bondad de actuar de abogado mío. Quiero que se haga cargo de ese dinero en mi nombre. Le entregaré ahora mismo veinte dólares, a guisa de anticipo. En el caso de que el caballo haya ganado la carrera, llegaré a un acuerdo con usted para resarcirle por los gastos y el tiempo que emplee en ir al hipódromo y cobrar los boletos.

»Y si el caballo no ha ganado, lo único que tendrá que hacer usted es arrojar a la papelera los boletos. Si tal es el caso, los veinte dólares constituirán el pago correspondiente al tiempo que me está dedicando.

—¿Cómo me pondré en contacto con usted… si cobro el dinero? —preguntó Mason.

—Seré yo quien se pondrá en contacto con usted.

—¿Cuándo?

—Mañana. ¿Puede darme el número del teléfono al que debo llamarle?

—Mañana es sábado. El despacho no está abierto. La Agencia de Detectives Drake, que tiene su oficina instalada en este mismo piso, permanece de servicio las veinticuatro horas del día. Marque ese número y pregunte por Paul Drake. Él me avisará.

»No obstante, si el caballo estaba destinado a ganar no me seduce lo más mínimo la idea de andar por ahí con una cartera llena de billetes de curso legal. Podría abrir una cuenta, depositando el dinero en un Banco a cambio de un cheque…

—Nada de cheques —le interrumpió la joven—. Efectivo. Nada de billetes de más de cien dólares. No creo que la operación represente mucho riesgo para un hombre corpulento como usted. Y supongo que tiene permiso para llevar armas.

—Tengo licencia de armas.

—Será mejor que vaya armado, pues —fulguraron las pupilas de Audrey Bicknell—. Me disgustaría que le atracasen y le aliviaran del peso de mi dinero. Tenga cuidado.

La muchacha se levantó bruscamente, le disparó una sonrisa deslumbradora y dijo:

—Muchas gracias, señor Mason —se volvió para tender la mano a Della Street y añadir—: Ha sido usted *tan* amable y considerada, señorita Street… Le aseguro que aprecio su bondad en lo que vale.

Sin más, atravesó el despacho hacia la salida, abrió la puerta, cruzó el umbral y se dispuso a alejarse por el pasillo.

—Un momento —articuló Mason—. Quisiera…

Sus palabras quedaron perdidas, sofocadas por el ruido que hizo la puerta al cerrarse.

—¿Le digo que vuelva? —preguntó Della.

Mason esbozó una sonrisa y sacudió la cabeza.

—Se lo preguntaré la próxima vez que la vea.

—¿Cree que volverá a verla?

Mason asintió.

—¿Qué posibilidades tenía ese caballejo de ganar? —inquirió Della Street.

—El caballo —aseguró Mason— ha ganado.

—¿Qué le induce a creerlo así?

—Esa muchacha no abandonó el hipódromo hasta después que terminase la carrera —dijo Mason—. Es demasiado emotiva y

estaba demasiado interesada… No creo que exista poder terreno alguno, exceptuando un peligro personal, capaz de arrastrarla fuera de un hipódromo después de haber colocado apuestas por valor de quinientos dólares, a ganador, por un caballo que, según estimaciones, se cotiza en una proporción de cincuenta a uno.

—A las 5.30 hay una emisión que retransmite las carreras —dijo Della Street— Es muy realista. La graban en el mismo hipódromo y luego la radian en diferido. Podemos escucharla y enterarnos del nombre del caballo ganador.

—Podemos oírla —convino Mason—, pero apuesto ahora mismo lo que quiera a que «Dough Boy» ganó la prueba.

Della Street alzó las cejas interrogadoramente.

—¿Tan seguro está?

—Las apuestas han de hacerse en el mismo hipódromo —explicó Mason—. No pueden tramitarse hasta que la carrera anterior ha concluido. Así que tenemos a nuestra enigmática cliente exponiendo quinientos dólares a cuenta de un penco que se encuentra casi al final de la lista de participantes. Y ahora, dígame, ¿es capaz de imaginar alguna circunstancia susceptible de obligarla a abandonar las proximidades de la pista antes de que esa carrera se haya celebrado?

—Aparte de un asesinato, no se me ocurre circunstancia alguna —reconoció Della Street.

Mason acogió el comentario con un fruncimiento de cejas contemplativo.

—¿Y bien? —preguntó Della.

—Iba a decir —continuó Mason— que podemos dar por supuesto que «Dough Boy» ganó la carrera; también podemos dar por supuesto que nuestra cliente permaneció en el hipódromo hasta que el resultado fue oficial y por algún motivo que nadie conoce mejor que ella, no se atreve a presentar los boletos en la taquilla. Iba a añadir que podemos remachar nuestra teoría por el sistema de señalar que una joven, en circunstancias moderadas, difícilmente se presentará en el bufete de un abogado y pagará a éste veinte dólares para que se convierta en custodio de unos boletos sin valor.

»Es más, si hubiese sucedido algo y nuestra cliente se hubiera visto obligada a marcharse del hipódromo antes de que se

desarrollase la carrera, se habría podido ahorrar veinte dólares con sólo esperar a que se transmitiesen por radio los resultados de las carreras y *entonces* acudir al abogado… Lo malo era que, a esa hora, las oficinas legales podían haber cerrado ya: esta es la tarde de un viernes.

—Todo eso resulta tan lógico —dijo Della Street—, que me ha convencido.

—El fallo del asunto —prosiguió Mason— estriba en que todo se sostiene sobre los cimientos de las hipótesis. Uno de los mayores peligros que acechan a quien se dedica a la práctica legal es la de dar las cosas por supuestas.

Sonó el teléfono y Della respondió a la llamada. Al cabo de un momento, volvió a dejar el receptor en la horquilla y miró a Mason.

—Parece que su cita de las cuatro ha quedado en suspenso así que, si me lo permite, sugiero que la emprendamos con la correspondencia pendiente y, a las cinco y media podremos sintonizar la emisora que retransmite la carrera.

Mason asintió.

Della esbozó una sonrisa.

—Me alegro de que vayamos a quitar de en medio parte de esa correspondencia —dijo—. Ya era hora.

Mason abrió una carpeta, en la que figuraba escrita la palabra «Urgente» trazada con un rotulador de tinta roja. Cogió una carta, la examinó brevemente y se la alargó a Della Street.

—Conteste a este individuo que no me interesa.

Leyó la siguiente misiva, se la tendió a su secretaria y dijo:

—Responda a este señor que debo conocer más detalles acerca de las circunstancias del caso y, particularmente, sobre el testigo que efectuó la identificación positiva.

Della Street iba tomando las cartas a medida que Mason se las pasaba, escribía algunas notas taquigráficamente para indicar la naturaleza de la contestación y, para antes de las cinco y media, tuvieron liquidada la pila de correspondencia urgente.

—Aquí hay otra que no es urgente, pero sí importante —dijo Della.

Mason meneó la cabeza.

—Ya tengo bastantes cartas por hoy —declaró—. Me gusta

escribir a los amigos, pero odio la correspondencia mercantil. Es como una noria. Las respuestas llegan con la misma rapidez con que uno se quita de encima las cartas. Uno nunca va a ninguna parte.

Cambió de tema.

—Traiga la cafetera eléctrica, Della. Haremos un poco de café. Dele un toquecito a Paul Drake por teléfono y pregúntele si le place descender unos pasos por el corredor y reunirse con nosotros para tomar una taza de café. Dígale que vamos a escuchar una retransmisión, o lo que sea, de carreras de caballos.

Della inclinó la cabeza y se acercó al armario empotrado donde guardaban la cafetera eléctrica, tazas, azúcar y «Pream». Después telefoneó a Paul Drake.

—Ya viene —informó—. Dice que recibió una confidencia sobre la tercera competición y que hizo una pequeña apuesta.

—¿La tercera? —repuso Mason—. Esa es la carrera en que participaba «Dough Boy».

Della volvió a asentir.

—Vaya, ¿no sería encantador de veras si resultase que Paul Drake recibió un informe que le indicaba que «Dough Boy» iba a ganar?

—Bueno —manifestó Della Street, en el momento en que la llamada de Drake sonaba en la puerta—, aquí está ya el jugador.

La muchacha abrió.

—Hola, guapísima —saludó Drake al entrar—. ¿A qué viene ese súbito interés hacia las competiciones hípicas?

Della lanzó una mirada en dirección a Perry Mason.

—Sin comentarios —dijo.

Mason sonrió.

—Sólo deseábamos relajarnos un poco, Paul. En este despacho, estamos sometidos a un agobio terrorífico y constante. Nuestras jornadas laborales se han convertido en una rutina espantosa, bajo el patrón de llegada a la oficina por la mañana, brega con las llamadas telefónicas y la correspondencia, escapada a la sala del Tribunal para una breve encuesta, vuelta de nuevo a la oficina para luchar otra vez a brazo partido con la correspondencia y el teléfono.

—Me está destrozando el corazón —gimió Drake, irónico—, pero no ha contestado a mi pregunta.

—¿Cómo llegó *usted* a interesarse por las carreras de caballos? —interrogó Mason a su vez.

—Un entretenimiento —aclaró Drake—. De cuando en cuando, acostumbro a desterrar de la cabeza las preocupaciones de mi profesión. No acudo al hipódromo. Violo la ley al utilizar los servicios de un corredor de apuestas. En alguna que otra ocasión, consigo una confidencia. Veo que continúa eludiendo la cuestión. ¿A qué se debe su interés en las carreras de caballos?

—Un simple entretenimiento —contestó Mason—. Lo empleo como medio para mitigar el desasosiego laboral, para apartarme de las arduas obsesiones producidas por el trabajo.

—Debería exigirle el pago de derechos de autor —acusó Drake de plagiario a Mason de modo indirecto—. ¿Tenemos también buñuelos para acompañar el café, Della?

—No, so pena de que baje usted y compre unos pocos.

—Iré —se ofreció Drake—. Hay un establecimiento a la vuelta de la esquina especializado en buñuelos recién hechos. Compraré al mismo tiempo helados de chocolate, azúcar en polvo y…

—Nada de helado de chocolate para mí —declinó Della.

—No para mí —se sumó Mason a la negativa.

—Ni para mí —añadió Drake de mala gana—. No hacía más que hablar por hablar… ¿Cuál es su caballo, Perry?

—Uno que participaba en la tercera carrera —declaró Mason—, un caballo llamado «Dough Boy».

—¡«Dough Boy»! —exclamó Drake.

El abogado asintió, mientras observaba atentamente el rostro de Drake.

El detective echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¿Qué ocurre? —se extrañó Mason.

—¡«Dough Boy»! —volvió a exclamar Drake—. Santo Dios, ¿por qué no regala su dinero a la empresa del hipódromo en plan de donación generosa y se evita calentarse los cascos? Bueno, «Dough Boy» no tiene ni el más remoto asomo de probabilidad. No habrá recorrido ni una cuarta parte de la distancia alrededor de la pista, cuando el ganador haya entrado en la meta. «Gee Whiz» es el jaco por el que se debía apostar. Por Dios, Perry, no me diga que ha estado haciendo caso a los rumores esos que circulan antes de que

se celebre una carrera y que hablan de un ganador por sorpresa. Van a diez centavos la docena.

—No soy ningún enterado —confesó Mason con ejemplar modestia.

—Yo diría que, efectivamente, no lo es —opinó Drake—. Ha caído víctima del timo del caballo rezagado. Escúcheme ahora y aprenda unas cuantas cosas edificantes, hechos de la vida explicados por la voz misma de la experiencia.

»Hay toda clase de informes secretos flotando siempre por el ambiente del hipódromo. Uno puede conseguir confidencias auténticas y datos falsos. Si se utilizan con regularidad los servicios de un informante y éste sabe que uno procede de acuerdo con sus comunicaciones, el hombre tratará de darle un ganador. Pero si uno no es parroquiano asiduo y el confidente se huele que sólo va a tener un cliente para una sola vez, le largará un nombre a ciegas. Siempre hay uno de esos tiros disparados al tuntún, que los informadores utilizan para colocárselo al primer mirlo blanco que se les acerca, lleno de credulidad y de ignorancia acerca de hipódromos y de «handicaps». Si el dato resulta falso, cosa que ocurre novecientas noventa y nueve de cada mil, el cliente jamás volverá a querer saber nada del vendedor de informes. Pero si la cosa sale bien, el confidente le tendrá a uno encelado y se aprestará a realizar buenos negocios en el futuro.

»El único sistema lógico para elegir un caballo tiene que basarse en los resultados que obtuvo en carreras anteriores, en el peso que llevará, en las condiciones de la pista y, por encima de todo, en el jinete que va a montarlo… Dígame, Perry, ¿quién le vendió el informe? ¿Se trata de alguien a quién conozco?

—No.

—¿Algún tipo de aspecto más bien andrajoso que…?

—Una muchacha vestida con elegancia.

—¡Una mujer!

—Exacto.

—¿Guapa?

—Extraordinariamente bonita.

—¿Cuántos años tiene?

—Veinticinco o veintiséis.

Drake dejó oír una risotada estruendosa.

—¡No se lo cuente a nadie más Perry! Esta sí que es buena. El jurisconsulto más astuto de la barra cayendo en una trampa más vieja que el respirar. Puede apostar a que esa mujer pescó otras dos docenas de primos gracias al mismo cuento. Al tener una apariencia atractiva, la gente se quedaría con la boca abierta y… ¡Oh, Perry!

Masón consultó su reloj.

—Gracias por su ayuda, Paul. Ahora, si *nos* vamos a regalar con esos buñuelos antes de que empiece la emisión…

Drake sonrió.

—Deduzco que lo que quiere decir es que lo mejor que podía haber hecho era ponerme en camino, ¿no? De acuerdo, ya estoy andando.

Mason alzó la mirada hacia Della Street y sonrió.

—Me parece que podemos presuponer —dijo— que el señor Paul Drake *no* ha apostado dinero alguno a favor de «Dough Boy».

Capítulo 2

Las palabras del locutor, informando, surgían del altavoz.

—Ya corren por la pista los participantes en la tercera prueba. La salida ha sido buena. Galopan todos juntos, en pelotón. «Gee Whiz», el favorito, marcha en cabeza por la parte exterior. «Hard Times» va en segunda posición, «Deep End» es tercero. «Carte Blanche» cuarto. «Dough Boy» quinto. En la curva del fondo, «Gee Whiz» lleva un cuerpo de ventaja. «Deep End» marcha segundo. En tercer lugar, «Hard Times». Al enfilar la recta exterior, «Gee Whiz» conserva su largo de ventaja. «Deep End» y «Hard Times» corren igualados en segunda posición. «Pot O'Gold» adelanta a «Carte Blanche» por una cabeza.

Drake sonrió, sacó de la bolsa un buñuelo revestido de una capa de chocolate y le tiró un mordisco.

—Parece que di de lleno en el clavo —comentó y, al cabo de unos segundos, se echó a reír de nuevo. Exclamó—: ¡«Dough Boy»! Es un chiste bueno de veras.

El locutor continuaba con su voz zumbona.

—«Deep End» pierde terreno. «Dough Boy» viene muy fuerte desde atrás. Ha pasado a «Carte Blanche», está haciendo lo mismo con «Deep End» y se acerca a «Hard Times».

Despacio, Drake bajó el buñuelo recubierto de chocolate, dejó la taza de café y miró a Perry Mason.

—«Gee Whiz» y «Hard Times» marchan a la misma altura, seguidos por «Dough Boy». «Deep End» va a un cuello, detrás. «Pot O'Gold» lleva la desventaja de un largo. Después está «Carte Blanche». «Hard Times» pasa a «Gee Whiz». «Hard Times» se destaca por una cabeza, «Gee Whiz» va segundo, «Dough Boy» tercero. «Dough Boy» gana terreno. «Dough Boy» adelanta a «Gee

Whiz». «Dough Boy» y «Hard Times» corren igualados. «Dough Boy» se adelanta unos centímetros. Llegan a la meta… «Dough Boy». «Dough Boy» gana por una cabeza. «Dough Boy» es primero. «Hard Times» es segundo. «Gee Whiz» tercero.

Della Street apagó la radio.

—Termine el buñuelo, Paul.

—Bueno, que me aspen —dijo Paul Drake.

Tras hincar el diente al buñuelo, añadió:

—Dejemos eso, Della. Averigüemos a cómo se cotizaban las apuestas. San Dios, ese jaco debía llevar sobre el lomo la casa de la moneda de los Estados Unidos. ¡«Dough Boy»… bueno, es para quedarse un año con la boca abierta! Pero si ese caballo no tenía nada que hacer… ¡y gana!… ¿Puede darle a ese cacharro?

Della Street volvió a encender la radio y mantuvo el lápiz encima del papel, a la espera de que notificasen a cuánto se pagarían las apuestas. Cuando comunicaron el dato, lo apuntó y tendió la cuartilla a Mason.

Paul Drake meneó la cabeza y silbó en tono bajo.

—¡Cincuenta y siete dólares a dos! —exclamó—. Es una proporción de veintisiete y medio a uno. ¿Apostó dos dólares?

La sonrisa de Mason fue enigmática.

—Sólo tenía en esa carrera un interés puramente académico, poco más o menos, Paul.

—Cincuenta y siete dólares —repitió Drake, despacio—. Señor, ¿saben lo que eso significa, ignorantes aldeanos? Significa que, si alguien ha tenido agallas suficientes para apostar cien dólares por «Dough Boy», será poseedor en estos instantes de la bonita suma de dos mil setecientos cincuenta «pavos».

Drake sacudió la cabeza, emitió un suspiro meditabundo y volvió a exclamar:

—Dos mil setecientos cincuenta dólares. Incluso aunque sólo fuera una apuesta de cincuenta dólares, recibiría…

—Bueno, ¿qué me dice de un boleto de dos dólares? —preguntó Mason.

Drake sonrió.

—Una apuesta de dos dólares le permitiría embolsarse cincuenta y cinco «pavos». Con ellos, cubriría los gastos ocasionados por la ida

al hipódromo, se podría obsequiar con el lujo de una cena estupenda a la luz de las velas con champán y una bella joven a la mesa, un baile y, como remate… —Drake se interrumpió, meneó la cabeza y dijo luego—: Pero no aposté dos dólares a favor de «Dough Boy». Perdí mi dinero con «Gee Whiz». Me corresponde devorar buñuelos recubiertos de chocolate. Supongo que usted y Della Street saldrán ahora a celebrarlo.

—No es mala idea, Della —convino Mason—. ¿Por qué no nos vamos a cenar a la luz de las velas? Un bonito y tierno filete con patatas al horno.

—Porque, para conservar la línea —repuso Della—, he tenido que romper las relaciones diplomáticas con las patatas. Pero si se pasa a los guisantes frescos habrá trato.

Drake suspiró tristemente.

—Es magnífico enterarse de cómo vive medio mundo —comentó, al tiempo que depositaba la taza y el platillo—. En fin, me espera en la oficina una barbaridad de trabajo pendiente, antes de poder decir que se ha cumplido mi jornada laboral. ¿Cómo se agenció ese informe, Perry?

Intervino Della.

—Es un nuevo sistema que tiene. Parece que nunca falla. Puede elegir el caballo ganador en todas las carreras.

Se dilataron los ojos de Drake.

—No presta ninguna atención —prosiguió Della— a las probabilidades ni al peso. No hace caso de las cotizaciones, no se preocupa de las condiciones de la pista ni se entera del nombre del jinete que montará al animal. Se limita a echar un vistazo a la lista de participantes y elige un caballo cuyo nombre le gusta… un caballo que sugiera que va a esforzarse honestamente a ganar. Como habrá podido darse cuenta, «Dough Boy», «Soldado de Infantería», es un nombre sugestivo. Hay algo en él que inspira firmeza, algo sólido que…

—¡Oh, Dios mío! —gimió Drake, disgustado—. ¡Aficionadillos! Empéñese en jugar utilizando semejante sistema y acabarán arruinados. Una vez, pase. Pero no cuentan con la más remota posibilidad de ir muy lejos.

—Ya lo sé —declaró Mason— ¿Cómo eligió a «Gee Whiz», Paul?

—Científicamente… sobre la base de los resultados que consiguió en carreras anteriores, las demostraciones que… ¡Oh, váyase al diablo! Fastídieme lo que quiera. Pero con el sistema que *emplea*, sus cincuenta y cinco dólares se le convertirán en humo rápidamente.

Con ademanes que rezumaban negligencia, Mason sacó los cinco boletos de cien dólares.

—Aborrezco andar con miserias a la hora de apostar —dijo—. Esto representa quinientos «pavos» puestos tranquilamente a ganador por ese jamelgo.

Drake se quedó mirando los boletos con expresión de asombro estupefacto. Luego, cuando habló, su tono fue casi reverente.

—¡Más de catorce mil dólares!

Alzó la mirada hacia el rostro del abogado.

—Perry, no fue usted quien… ¡Vaya, ahora lo comprendo todo!

El detective abrió la puerta de un tirón.

—Un esfuerzo honesto para ganar… —ironizó—. Un nombre que suene bien… ¡Rayos!

Se marchó, dando un portazo.

Mason sonrió a Della Street.

—Bueno —preguntó la joven—. ¿A dónde vamos desde aquí?

—A cenar —respondió Mason—, y al hipódromo mañana por la tarde. Hay allí una taquilla en la que pagan los boletos de los caballos ganadores del día anterior. Me presentaré con los cinco boletos de cien dólares. Conforme a los cálculos de Drake, me entregarán… ¿Cuánto, Della?

La secretaria echó cuentas rápidamente con el lápiz.

—Algo así como catorce mil doscientos cincuenta dólares, poco más o menos —dijo—. Eso incluye los quinientos de la apuesta original.

—Lo cual —repuso Mason— sería toda una señora ganga para una joven secretaria que está sin empleo y trata de encontrar una compañera dispuesta a pagar a escote con ella los gastos de un apartamento… Tengo entendido que la Oficina de Impuestos sobre bienes muebles tiene en nómina a un representante encargado de comprobar nombres y direcciones de personas que obtienen grandes beneficios más o menos inesperados.

—¡Qué estupendo! —exclamó Della—. Una comisión formada por un solo hombre, siempre a punto para visitarle a uno. Debo entender que desea usted contar con un testigo a mano.

—Decididamente, sí —confirmó Mason.

—Y tenemos que ir al hipódromo para cobrar personalmente.

—Así es —contestó Mason—. Ya nos las hemos tenido con la correspondencia urgente. Lo mejor que podríamos hacer es preparar una cartera de mano para meter en ella el dinero.

—¿Le importaría —preguntó Della Street— elegirme un caballo para que apueste por él mañana? Sólo uno que ostente un nombre atrayente y sustancial; uno que parezca ser la clase de caballo capaz de esforzarse honestamente en ganar.

—No me importará en absoluto —accedió Mason—. Será un placer.

Capítulo 3

Mason se abrió paso, metro a metro, a través del congestionado tránsito, aproximándose a las zonas destinadas a estacionamiento del hipódromo. Encontró un sitio libre, por último, ayudó a Della Street a apearse del automóvil y se acercaron juntos a las tribunas.

—¿Me eligió ese caballo? —quiso saber Della—. El animal de nombre bonito y sustancioso. El corcel que hará cuanto pueda para llegar primero.

—Se lo escogí —manifestó Mason.

—¿Cuál es? —preguntó la muchacha.

—Se llama «Pound Sterling» —informó el abogado—. «Libra esterlina». ¿No suena como dinerito en el banco?

—Oh, maravilloso —exclamó Della— ¿Qué debo hacer ahora?

Mason alargó dos dólares con gesto grave.

—Vaya a la taquilla de apuestas en cuanto la abran —dijo—, entregue al empleado estos dos dólares y dígale que quiere apostarlos por el caballo número seis. Es el de «Pound Sterling».

—¿Dos dólares? —se escandalizó Della Street—. ¿A un caballo con un nombre como ése y seleccionado por el gran Perry Mason? ¡Dos dólares sería un insulto! ¡Voy a apostar diez!

—Bueno, bueno —trató Mason de hacerla entrar en razón—, una idea es una idea, pero diez dólares son diez dólares.

—«Pound Sterling» no es ninguna idea —replicó la muchacha—. Es dinero en el banco. El sonido de ese nombre es como el tintineo de una campana.

—Una campana de dos dólares —dijo Mason.

—De diez dólares.

—De dos.

—Veamos, suponga que me convence para que no apueste los

diez dólares y luego va ese caballo y gana, ¿cómo se sentiría usted *entonces*?

Mason suspiró.

—Discutir con una mujer es malgastar el tiempo. Apueste los diez dólares.

—Es lo que debe hacerse —subrayó Della.

Encontraron asientos en la tribuna. Se abrieron las taquillas ante la inminencia de la primera carrera; Della Street regresó de la ventanilla de apuestas de diez dólares, con un boleto a nombre de «Pound Sterling».

—Un tiro certero —comentó.

—Bueno —dijo Mason—, también podemos cumplir nuestras obligaciones profesionales. Iré a la taquilla donde pagan las apuestas con premio del día anterior y presentaré los boletos. Permanezca a mano, para ser testigo de cualquier conversación que pueda producirse.

—¿Entablarán conversación? —preguntó Della.

—El empleado de la ventanilla no —repuso el abogado—, pero es posible que lo haga alguna otra persona.

—¿Qué otra persona?

—La que nuestra cliente deseaba evitar —manifestó Mason—. Vamos, en marcha.

Della Street sugirió:

—¿No sería una buena idea el que tomase yo uno de los boletos y me acercara primero a la taquilla, mientras usted permanecía en segundo plano y efectuaba un reconocimiento de la situación?

Mason denegó con la cabeza.

—Voy a cobrar el importe de los boletos premiados. Esas son las instrucciones de nuestra cliente. Podemos hacerlo en seguida y muy bien puedo ser yo quien se encargue de ello. Y luego, si surge alguna complicación, trataré de comportarme con toda la naturalidad posible, procurando no dar ocasión para que digan que poseo algún conocimiento culpable del asunto, cosa que ocurriría si nos sorprendiesen realizando la operación a base de cobrar usted un boleto solo.

—Caso de que suceda algo, ¿debo fingir que no le conozco y quedarme a un lado?

—No —rechazó Mason—, no nos andaremos con fingimientos de ninguna especie. Usted es mi secretaria y me acompaña, cosa normal y natural. Estamos disfrutando de las competiciones hípicas de esta tarde y cobrando las apuestas que ganamos en las carreras de ayer.

—¿*Hicimos* nosotros esas apuestas?

—Tal será la deducción lógica y natural.

—¿Nos serviremos de ella en el diálogo?

—No nos serviremos de nada —dijo Mason—. Cobraremos el botín y nos alejaremos. Es posible que me aborde un representante de la Oficina de Impuestos sobre bienes muebles para preguntarme cómo me llamo y dónde vivo.

—¿Le dará esos informes?

—Mi nombre y dirección… no faltaba más.

Anduvieron en silencio hasta la taquilla donde se hacían efectivas las apuestas pasadas. Mason sacó los cinco boletos y los empujó a través de la ventanilla.

El empleado miró las papeletas, alzó la vista hacia Mason y comentó:

—Tercera carrera de ayer, número cuatro, a ganador, eso es dar en el clavo.

Mason asintió.

—¿Cómo lo quiere? —preguntó el hombre— ¿Tiene algo que oponer a los billetes grandes?

—Ninguna objeción —repuso Mason—, pero que no sean mayores de cien.

El taquillero empezó a contar dinero y luego empujó el montón de billetes hacia Mason.

—Aquí lo tiene —dijo.

Mason recogió el dinero y abrió la cartera de mano.

En aquel momento, un individuo de estatura más bien baja, piel cetrina, agudos ojillos penetrantes y modales nerviosos, se precipitó hacia adelante.

—¡Ahí está! —gritó— ¡Ése es! ¡Arréstele!

Un sujeto de ágiles movimientos y hombros cuadrados, se aproximó tras el hombrecillo enardecido, sacó una carterita de cuero, la abrió y mostró una insignia.

—Policía —dijo.

—¿Le importa si echo un vistazo? —inquirió Mason. Cogió la funda de cuero y la insignia y lo levantó todo para que Della Street pudiese ver el número de la chapa. Después dijo—: Muy bien, usted es policía.

—¿De dónde sacó esos boletos? —interrogó el representante de la ley.

—Sabe dónde los consiguió. Los obtuvo de Rodney Banks y el dinero me pertenece —vociferó el hombre bajito.

—Cállese —recomendó el policía.

Mason se volvió hacia éste.

—Quizás le gustaría ver una de mis tarjetas de visita.

Se la entregó.

—Perry Mason, ¿eh? —articuló el representante de la ley, tras leerla—. Ya me parecía familiar su cara. Debí haberle reconocido. He visto retratos suyos en los periódicos.

—El dinero —insistía el individuo excitable—. El dinero… hágase cargo del dinero, señor policía. No permita que le convenza para dejar de entregarle el dinero.

—Cállese —repitió el funcionario con aire autoritario.

Mason volvió la cabeza para mirar al nervioso sujeto.

—Me llamo Mason —se presentó, sonriendo—. ¿Quién es usted?

—Sabe condenadamente bien quién soy yo —replicó el otro. Me llamo Marvin Fremont.

—¿Y qué le hace suponer que tiene derechos de propiedad sobre *este* dinero, señor Fremont? —preguntó Mason.

—Sabe perfectamente que tengo derecho a él. Ese dinero procede de una apuesta hecha por Rodney Banks, y los quinientos dólares que se utilizaron para dicha apuesta provinieron de un fraude que se me hizo a mí. Por consiguiente quiero mis cuartos, señor policía.

El señor policía titubeó.

—Vamos, hágase cargo del dinero. Ponga bajo custodia a ese señor. Es un cómplice —siguió Fremont alzando la voz.

Mason sonrió al vacilante agente del orden.

—¿Cómo se llama usted? —inquirió.

—Sid Burdett.

Mason extendió la diestra.

Ambos se estrecharon la mano.

—Verá, estoy investigando un caso de supuesto robo o desfalco —explicó el policía—. Me parece que hay pocas dudas acerca del hecho de que ese hombre, Banks, fue el que apostó el dinero, y todo indica que, anteriormente, estuvo metiendo mano en el cajón. Trabaja para Marvin Fremont, aquí presente. Mejor dicho, trabajaba.

—¡Venga ya! ¡Ponga manos a la obra! Quite el dinero a ese hombre de una vez —instó Fremont al policía—. Para eso *está usted* aquí. Es cómplice del estafador. Deténgale y métale en una celda, con el otro. Algunos picapleitos actúan en connivencia con los delincuentes. El mismo viejo… ¡Eh, oficial, la muchacha está tomando notas!

—Ya me di cuenta —dijo Burdett.

—Es mi secretaria —explicó Mason.

—¿Con qué fin toma esas notas?

—Se me acaba de tildar de picapleitos cómplice de un estafador. Una acusación formulada en presencia de testigos —declaró Mason —. Creo que eso me da pie para emprender una acción legal contra este *caballero*.

—¿De qué acción legal está hablando? —replicó Fremont—. Si alguien tiene motivos para emprender una acción legal, ese alguien soy yo. Fue mi dinero el que se empleó para hacer la apuesta.

—¿Debo entender que Rodney Banks es cliente suyo? —preguntó Burdett a Mason.

—No se precipite en sus conclusiones —aconsejó el abogado.

—¿Eso significa que no lo es?

—No he dicho que sí ni que no —eludió Mason.

—Bueno —articuló Burdett—, no hago más que investigar. El tal Rodney Banks se encuentra en el calabozo, acusado de fraude. Evidentemente, estuvo apostando a las carreras de caballos y al parecer se hundió lo suyo. Luego obtuvo una confidencia acerca de «Dough Boy», que participaba en las pruebas de ayer, y supongo que fue a la ciudad y limpió el cajón, a fin de agenciarse fondos para la apuesta. Sin embargo, por entonces Fremont fue lo bastante listo como para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, así que

vino al hipódromo para llevar a cabo el arresto.

—¿Quién efectuó ese arresto? —preguntó Mason.

—Servidor —confesó Burdett—. No vimos al individuo, pero luego nos enteramos de que «Dough Boy» había resultado un ganador por sorpresa y nos llegamos a las taquillas donde se liquidan las apuestas ganadoras. Como era de esperar, Banks se acercó a la ventanilla de cincuenta dólares, presentó un boleto por esa cantidad y, segundos antes de que fuera pagado, realicé la detención.

—¿Declaró algo? —quiso saber Mason.

—Negó todas las acusaciones y después apretó los labios.

—¿Le registró?

—Claro que le registré. Le cacheé en el momento de arrestarle, no fuera caso que llevase encima algún revólver y, naturalmente, en la comisaría sacamos todo lo que guardaba en los bolsillos.

—¿No encontraron más boletos?

—No. El de cincuenta dólares y nada más.

—¿Y creen que hay más?

—Estamos seguros de ello. No cabe duda de que se los traspasó a algún cómplice.

Mason se volvió a Fremont.

—¿A cuánto asciende la cantidad del fraude, señor Fremont?

—No lo sé —repuso el hombrecillo.

—¿Por qué esa ignorancia?

—Todo está muy confuso.

—¿Cómo es eso?

—Las cuentas bancarias. Se ha escamoteado dinero. Los libros no reflejan los saldos que deben reflejar —dijo Fremont—. Voy a llevar a cabo una intervención y ajuste de cuentas. Pero sé una cosa: todo ese dinero es mío. No tiene nada que ver la cantidad que se haya *extraviado*. Los quinientos dólares salieron de mi negocio y es dinero robado. Continúa perteneciéndome.

—Quizás Banks ganó lo suficiente para reponer lo que se llevó —dijo Mason pensativamente—; suponiendo, claro, que se llevara algo, y me refiero a la cantidad que ganó con su boleto de cincuenta dólares.

—No es su dinero, sino el mío —insistió Fremont—. Me parece

que también yo conozco un poco la ley. Ese es *mi* dinero. Tengo derecho a él. Se lo llevó mediante un desfalco. Eso no lo convierte en dinero *suyo*, sigue siendo *mío*. Lo apostó a favor de un caballo y tuvo suerte. Por lo que a mí respecta, eso no cambia el cuadro en absoluto. Yo le empleaba, el dinero me pertenecía y, por consiguiente, las ganancias también me pertenecen.

—Vale más —dijo Mason— que vaya a ver a un abogado.

—Ya he visto a un abogado.

—Entonces sería mejor que le formulase unas cuantas preguntas más —recomendó Mason.

—Arréstele —conminó Fremont, palmeando a Burdett en el brazo—. Es cómplice del delincuente.

Burdett sacudió la cabeza.

—No voy a detener a ese señor. Es abogado.

Y continuó Mason dirigiéndose a Fremont.

—Después de haber consultado a su consejero legal, pídale su opinión respecto a las posibilidades de mi demanda por daños y perjuicios.

—¿Daños y perjuicios?

—Usted me llamó abogado fullero —explicó Mason.

Burdett sonrió.

—¡Pero… será… trapisondista! —dijo Fremont.

—¿Anotó eso, Della? —preguntó Mason a su secretaria.

La muchacha asintió.

—Della Street, mi secretaria, caballeros —comunicó Mason.

Burdett se encaró con el hombrecillo.

—De acuerdo, señor Fremont —dijo—. Este señor alegó lo que tenía que alegar. Vaya usted a ver a un abogado.

—Muy bien —replicó Fremont—. Tengo abogado y detective particular, y no sabe cómo lamento no haber confiado en ellos, en vez de haber puesto el asunto en manos de usted. Fue el abogado quien me dijo que buscase un representante oficial de la ley para que llevase a cabo el arresto.

»Ahora les participaré algo a los dos: si ese dinero se me escapa de las manos, me encargaré de hacerles responsables de ello a ustedes.

—Inténtelo —repuso Mason.

Se produjo un estentóreo rugido al borde de la pista. Alguien gritó:

—¡Han salido!

Mason y Della se separaron del policía y de Fremont, para apresurarse a un sitio desde el que pudieran ver a los caballos lanzados a la carrera por el círculo de la pista.

—Qué maravillosa y magnética personalidad —comentó Della Street.

—No es tan malo, tal como están los jefes hoy en día —dijo Mason—. Sólo deseaba recordarle, señorita Street, que trabajaba para un verdadero modelo de patronos.

La muchacha se echó a reír, al tiempo que le daba un apretoncito en el brazo.

—El trabajo tiene *algunas* compensaciones. Ahora, si pudiese poner los ojos sobre «Pound Sterling» y empujarle con la mirada…

—Con un nombre como ese —repuso el abogado—, no puede perder.

Continuaron observando a los caballos, que doblaban hacia la recta de llegada.

«Pound Sterling» ni siquiera entró colocado.

—¡Y con semejante nombre! —se lamentó Della Street.

—Bueno, probaremos en la siguiente carrera —se conformó Mason—. Supongo que ya estará harta de caballos bautizados con nombres estupendos, valiosos y sugeridores de honestos esfuerzos para ganar. Probaremos un jaco que ostente un patronímico indigno a todo serlo. Aquí hay uno para la segunda carrera: «Counterfeit Cash», «Falsificador de moneda». Un caballo capacitadísimo para hacer un recorrido censurable de punta a cabo.

—Dos dólares por él —dijo Della.

—Déme el dinero e iré a diligenciar la apuesta por usted, Della —se ofreció Mason.

Se acercó a la taquilla de los boletos de diez dólares.

—«Pound Sterling» no se portó bien con nosotros —manifestó—. Veamos qué pasa ahora con «Counterfeit Cash».

—¿Uno?

—Dos —corrigió Mason—. Dos boletos de diez dólares, a ganador.

El empleado de la ventanilla cogió el dinero y entregó a Mason la pareja de boletos.

El abogado se reunió en la tribuna con Della Street.

—¿No siente la necesidad de verse amparado por una escolta armada, con todo ese dinero que lleva encima? —preguntó la secretaria.

—Es una verdadera fortuna —convino Mason— y puede que nos encontremos metidos en un compromiso. Ahora recelo de todo y de todos.

—¿En qué sentido?

—No lo sé —confesó el jurisconsulto—, pero, al parecer, estoy mezclado de un modo u otro con un desfalcador, tengo una suma de dinero sobre la que han surgido disputas y no me es posible afirmar que, por lo menos, no se me cuelgue el sambenito de encubridor de una malversación de fondos. A pesar de todo permítaseme disfrutar de esta carrera y luego nos marcharemos del hipódromo discretamente.

Observaron el iluminado cuadro totalizador.

—Las estimaciones sobre «Counterfeit Cash» —observó Mason— señalan una proporción de veinte a uno. Normalmente, son apuestas pequeñas, pero hay un buen número de personas que, tras haber perdido con boletos de diez dólares, buscan un caballo que pueda ofrecer la proporción de diez a uno, con la esperanza de resarcirse así de lo que perdieron y nivelar su capital.

Mason lanzó una mirada en torno, por la tribuna, y luego informó a Della Street en voz baja:

—Ahí tenemos a nuestro amigo Marvin Fremont. Parece estar sometiéndonos a lo que sin duda llamaría vigilancia preventiva.

—No querrá correr el riesgo de que usted se entusiasme jugando y apueste el dinero que dice le pertenece —comentó la joven.

—Hay algo enormemente extraño en todo este asunto —dijo Mason.

—Oh, oh —bisbiseó Della—, ahí están las cotizaciones. Ha bajado la cosa a un dieciocho a uno y… Oh, oh, quince a uno. Se me hace muy cuesta arriba comprender que haya alguien que apueste por un caballo con ese nombre, a menos que haya visto esfumarse previamente su dinero al exponerlo a favor de «Pound

Sterling». Imagínese, un corcel ostentando semejante nombrecito y ni siquiera llega colocado.

—Bueno —dijo Mason—, me parece que vamos a irnos a guardar ese dinero en la caja de caudales.

—Pero veremos esta carrera, ¿no? —preguntó Della Street.

—Decididamente, veremos esta carrera —confirmó Mason—. No quisiera que tuviera *usted* que contratar a un abogado para cobrar *su* boleto.

Della Street rompió a reír.

Mason le tendió un boleto.

—Esta vez no apartaremos los ojos del caballo, a ver si podemos sugestionarlo e impulsarlo a la victoria.

Charlaron un rato y luego Della Street informó:

—Ahí tiene a su hombre cerca de nosotros, esta vez acompañado de otros dos.

Mason miró por encima del hombro.

—Probablemente envió en busca de refuerzos.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó la muchacha.

—Absolutamente nada —respondió Mason.

—Supongamos que el dinero procede de un desfalco.

—No sabemos nada respecto a eso —respondió Mason—; es más, nadie lo sabe. No hay medio terrenal susceptible de permitir la identificación de los boletos. Naturalmente, el empleado de la taquilla de apuestas puede recordar a la *persona* que efectuó semejante apuesta al tun-tún. Es probable que lo reconociese, pero no puede identificar el dinero.

—Supongamos que resulta que la persona que hizo la apuesta es el desfalcador —insistió Della.

—En ese caso —dijo el abogado—, tendrán que hacer varias cosas. Primero, demostrar que adquirió los boletos con dinero producto del desfalco. Después, tendrán que probar que acudió a mí, que yo he procedido en plan de agente suyo o que sabía que era un dinero estafado. Además, tendrán que ir a los tribunales para recuperar el dinero en cuestión.

—A menos que le arresten —señaló Della—. En cuyo caso, el dinero quedaría depositado en la cárcel.

—Y en cuyo caso —silabeó Mason—, ese individuo, Fremont,

quienquiera que sea, descubriría que ha armado mucho más jaleo judicial del que se encuentra en condiciones de atender. Y entonces, naturalmente, se llevaría la desagradable sorpresa de comprobar que tenía frente a sí los mismos problemas, con el agravante de que el caso habría pasado a ser criminal, con la obligación de demostrar todos los puntos sin que cupiera ninguna duda razonable y no sólo mediante una simple preponderancia de evidencia… Ya dan la salida, Della.

—¿Cuál es el nuestro?

—El número cinco —comunicó Mason.

—Oh, oh —comentó Della—, va tercero y pierde terreno. Ahora queda en cuarta posición… Me temo que no tiene un nombre honrado y que no va a esforzarse…

—Aguarde un momento —la interrumpió Mason—, ya se recupera. Se coloca en tercer lugar.

—Tendrá que comportarse mucho mejor que eso —dijo Della Street—. Mi apuesta es a ganador.

—Bueno, ahora alarga la gaita —dijo Mason—. Está terminando de pasar al que iba tercero. Mire, ahora doblan la curva, ya se despega y se acerca al segundo… ¡Vamos, número cinco, vamos! —gritó Mason.

El número cinco fue ganando terreno, centímetro a centímetro, al que iba en segunda posición; luego atacó al favorito, mientras el apretado paquete enfilaba la recta final camino de la línea de meta.

La muchedumbre enmudeció de pronto. A continuación, centenares de voces empezaron a animar al favorito.

Della saltó en el asiento, con las manos sobre los hombros de Mason.

—¡Vamos, vamos, vamos! —chilló—. Oh, jefe, creo que va a… No, no lo consiguió.

—Volvió a sentarse, abatida.

—Diablo, si se me hubiese ocurrido poner dos dólares a colocado, habría ganado.

—La cuestión ha de dilucidarse mediante fotografía. Entraron muy juntos. Ahora van a revelar la película.

—¿Cuánto tardarán?

—No mucho —dijo Mason—. Nos aproximaremos con agilidad y

disimulo a la salida y nos pondremos a punto de marcha para cuando oigamos el resultado.

—¿Insinúa que existe alguna posibilidad?

—Una buena posibilidad —asintió el abogado—. Por lo menos, la posibilidad de nivelar la pérdida anterior o de conseguir el reintegro.

—Un reintegro sobre la proporción de quince a una fallida —gimió Della—. Algo es algo. ¿Por qué no nos quedamos a las demás carreras? Acaso pudiésemos…

—Olvida —cortó Mason— que esto es una misión profesional. Le está atacando la fiebre.

Se encaminaron hacia la salida.

—Bueno, ahí está nuestra junta de recepción —advirtió la secretaria.

Se adelantó Marvin Fremont.

—¿No dijo usted que debía contar con un abogado? Ya lo tengo.

—Soy Bannister Dowling, señor Mason —declaró uno de los hombres—. Represento a Marvin Fremont.

—Bueno —respondió Mason—. El señor Fremont le va a necesitar.

—Y este caballero es Moray Hobart, de la Agencia de Detectives Hobart.

—Un detective particular, supongo —aventuró Mason.

—Exacto —confirmó Hobart.

—Muy bien —dijo Mason—. Sólo dispongo de unos segundos. ¿Qué se les ofrece, señores?

—Queremos el dinero —declaró Hobart—. Y lo queremos ahora mismo, señor Mason.

—Usted lleva encima cierta cantidad de dinero que pertenece a mi cliente —explicó Dowling.

—¿Qué le hace pensar que pertenece a su cliente? —inquirió Mason.

—El dinero corresponde a una apuesta que se efectuó ayer a favor de un caballo —terció Hobart.

—¿Qué caballo? —preguntó Mason.

—«Dough Boy».

—¿Y eso convierte el dinero en propiedad de Marvin Fremont?

—volvió a preguntar Mason.

—Podemos entendernos usted y yo, Mason —afirmó Dowling—, Rodney Banks quitó cierta suma a mi cliente, al objeto de presentar una apuesta más o menos a ciegas. Parece que el hombre estaba con el agua al cuello y quería remontarse. Ganar una apuesta por un caballo al que nadie concedía la más remota probabilidad era el único medio que tenía para levantar cabeza… Por entonces, ya estábamos sobre él. Moray Hobart le localizó en la taquilla de boletos de cincuenta dólares; cobraba una apuesta a favor de «Dough Boy». Supusimos que también había hecho otras apuestas.

—En tal caso, ¿qué hizo con los boletos?

—Se los entregó a un cómplice y el cómplice se los dio a usted —refirió Dowling.

—¿Y quién fue ese cómplice?

—Su hermana. La muchacha fue vista en la ventanilla de apuestas de cien dólares.

—¿Por qué no la arrestaron?

—Porque no presentó los boletos al cobro. La detención de su hermano la asustó. Huyó de nosotros.

—¿Pueden identificar el dinero que apostó? —preguntó Mason.

—En parte, sí. Pero no tenemos los números de todos los billetes.

—Muy interesante —observó Mason—. Pero no logro hacerme cargo de que eso tenga algo que ver conmigo.

—Si el dinero procedía de una malversación de fondos —dijo Dowling—, Banks no tenía ningún derecho sobre él, y si no tenía ningún derecho sobre él, cualquier cantidad que ganase mediante su utilización se convertía automáticamente en propiedad de mi cliente. En otras palabras, el dinero no era suyo, sólo estaba en posesión física de él y lo retenía en depósito. Cualquier incremento de la cifra pertenece a mi cliente.

—Se trata de una situación interesantísima —dijo Mason—. Tenga la certeza de que comprendo muy bien su punto de vista. ¿Banks fue un defraudador?

—Sí.

—Pero el dinero que había ganado hubiese cubierto el déficit, ¿no?

—Creo —convino Dowling— que no violo ninguna confidencia al señalar que hubiese hecho algo más que cubrir el déficit.

—¿Pero no está Banks en una celda?

—Se encuentra arrestado bajo la acusación de desfalco. La fianza se ha fijado en cinco mil dólares. Hasta ahora, no ha podido recaudarlos.

—Debo entender que el desfalco fue inferior a cinco mil dólares, ¿no?

—La verdad es que fue inferior a esa cantidad.

—Entonces es que no tienen la menor intención de permitirle que restituya el importe desfalcado.

—Desde luego, no. Eso constituiría una mezcla de felonía. Mi cliente pretende hacerle purgar el delito de malversación de fondos.

—Y al mismo tiempo quedarse con las ganancias de la apuesta.

—Cierto. El dinero es de mi cliente.

—Bueno, no deja de ser una teoría interesante —dijo Mason—. Lo lamento, pero no soy de la misma opinión y…

—Al menos, podrá decirnos cómo entró en posesión de los boletos —sugirió Dowling.

Mason se limitó a sonreír.

—Quiero dejar bien sentado, señor Mason —manifestó Dowling —, que vamos a jugar limpio con usted y que vamos a ser corteses también. Como cuestión de cortesía profesional, voy a proporcionarle todas las oportunidades precisas para que coopere. A la vista de los hechos que le he señalado ya, habrá podido percatarse de la realidad de la situación y de que puede quedar convertido en cómplice de un desfalco y encubridor del delincuente que lo cometió.

—Gracias —repuso Mason—. Me temo que no necesito que me explique usted la ley. Tengo una oficina llena de libros de Derecho y puedo estudiar en ellos cualquier caso legal que desconozca.

—Perfectamente —replicó Dowling, irritado—, vaya a estudiar la cuestión que convierte a un hombre en encubridor de un hecho consumado y procure no engañarse a sí mismo con la idea de que, simplemente por ser abogado, va a irse de rositas después de ayudar a un desfalcador.

—El motivo por el cual recomendé a su cliente que consultara a

un consejero legal —explicó Mason— estriba en que pronunció declaraciones difamatorias en presencia de testigos. Me llamó trapisondista y abogado deshonesto.

Dowling miró a Fremont.

—No es cierto —protestó el hombrecillo—. No fue absolutamente así. El señor Mason no entendió bien mis palabras. Hablé de algo distinto por completo, me referí a otros abogados.

—¿Al señor Dowling? —preguntó Mason, aviesamente.

—No deje que le pille en una trampa —dijo Dowling, alzando la mano hacia la boca de Fremont, con la palma por delante—. No pronuncie una palabra más. Cállese ahora mismo. Ya ha dicho bastante.

—Demasiado —comentó Mason.

—¿Dice usted que hay testigos? —inquirió Dowling.

—Mi secretaria —corroboró Mason— y un policía, que creo que se llama Sidney Burdett.

—Su secretaria —intervino Fremont con sarcasmo—. Declarará cualquier cosa que…

—¡Cállese! —ordenó Dowling.

—Déjele que hable —animó Mason—. Tal vez mi secretaria tenga también motivo para presentar una demanda judicial.

—Creo —dijo Dowling— que continuaremos el diálogo en ausencia de mi cliente.

—Lo continuará también en ausencia mía —añadió Mason—. Estamos aguardando a que…

Centellearon unas luces en el tablero. La voz de un locutor anunció:

—La *foto-finish* da el primer lugar de la carrera al caballo número cinco «Counterfeit Cash»; el segundo puesto es para «Bigger and Better», y el tercer puesto para «Holt Head».

Mason volvió la cabeza hacia Della Street.

—Vayamos a cobrar nuestros boletos, Della, y después seguiremos nuestro camino. ¿O pretende que también nos reclamen *estas* ganancias como las otras?

—Un momento, un momento —terció Fremont— ¿Qué clase de sistema están empleando?

—Se trata de un método sencillísimo —respondió Mason— y

resulta virtualmente infalible.

—¿Cómo es? —insistió Fremont con las pupilas iluminadas por el interés.

—Supongamos que me deja llevar a mí la voz cantante —reprochó Dowling.

—Me disponía a contestar a la pregunta de su cliente, pero puesto que usted prefiere que no le dirija la palabra y que él no hable conmigo, me parece que es mejor preservar la ética de la situación. Vamos, Della.

—¡Eh, aguarden un segundo! —exclamó Fremont—. Él no se refería a conversaciones referentes a carreras. Lo que él quería era que hablásemos de lo que yo dije… me refiero a lo que usted dijo que yo dije… eso de que…

—¿*Querrá* callarse de una vez? —preguntó Dowling.

Mason cogió del brazo a Della Street y la condujo hacia las ventanillas de pagos.

Della ejerció una suave presión sobre la mano del abogado.

—Por aquí, jefe.

—No, es por ahí —corrigió Mason—. Eche un vistazo a su boleto.

—¡Diez dólares! —se maravilló la muchacha—. Pero, sin duda se ha equivocado; ha debido darme *su* boleto.

—No, también yo tengo otro igual —dijo Mason—. Pensé que puesto que habíamos descubierto un sistema infalible, lo menos que podíamos hacer era cargar un poquito la mano. Aborrezco la idea de apostar diez dólares por un jaco perdedor y sólo dos dólares por un ganador.

—Pero, jefe, la disparidad es…

—Por su boleto de diez dólares —manifestó Mason— cobrará aproximadamente… Bueno, veamos lo que cobra.

Mason presentó los boletos en la taquilla y recibió ciento sesenta dólares por cada uno de ellos.

—Aquí tiene su dinero, Della —dijo—. No está mal por una tarde en el hipódromo.

La voz de Fremont resonó a sus espaldas.

—Mire, señor Mason. Podemos ser amigos. Me gustaría saber cómo elige sus caballos.

—Es un sistema infalible —repuso el abogado—, prometí a la dirección del hipódromo no divulgarlo, no contárselo a nadie, salvo a algún amigo íntimo, y difícilmente puedo calificarle de amigo íntimo. Vamos, Della.

Mason escoltó a Della hasta la zona de aparcamiento donde estaba el automóvil.

—No haga un espectáculo de ello —pidió Mason—, pero vuelva la cabeza como si fuese a decirme algo y mire por el rabillo del ojo, a ver si alguien nos sigue.

Della Street se volvió hacia él, esbozó una sonrisa rutilante, asintió con la cabeza y dijo:

—¿Quiere que me vuelva del todo y eche una buena mirada? Creo que es ese detective.

—No, proporcionaremos al detectivillo una persecución feliz.

Llegaron al coche de Mason. El abogado abrió la portezuela para que subiese Della, se acomodó al volante, accionó la palanca de puesta en marcha, arrancó y fue a marcha lenta hasta llegar a la parte del tránsito. Aceleró entonces, mirando de cuando en cuando por el espejo retrovisor.

Dejó atrás un semáforo en el instante en que cambiaban las luces, avanzó una manzana, dobló a la derecha, torció después a la izquierda, trazó una curva en forma de U y, por último, regresó por el mismo sitio de antes y frenó el vehículo en una callejuela de barriada residencial.

—¿Se acerca algo, Della? —preguntó.

—Nada en absoluto —contestó la joven—. Todo aparece tranquilo y sereno. ¿Cree que van a pegársele a los talones?

—Es posible —respondió Mason—. Probablemente tendrán un funcionario vigilando su apartamento y otro apostado en mi oficina. Les habrá costado más trabajo de la cuenta averiguar mi domicilio, así que no pueden seguirme la pista hasta allí.

—¿Qué vamos a hacer, entonces?

—Lo primero —dijo Mason— es evitar llamar la atención. No iremos a la oficina y no iremos a su apartamento.

—Pero usted sigue con todo ese dinero encima —recordó Della Street.

—También llevo un revólver —subrayó Mason, al tiempo que la

miraba gravemente—. Ahora bien, cuando un abogado lleva a su secretaria a las carreras de caballos un sábado por la tarde y le proporciona una idea que le permite obtener ciento sesenta dólares a cambio de una apuesta de diez, desde luego parece que se produce una situación que requiere hacer las cosas de un modo un tanto razonable; algo así como, permítaseme decirlo, un filete, un filete del debido tamaño, con cebollas fritas a la francesa, un poco de champán y, tal vez, todo rematado por una sesión de baile.

—Opino —dijo la muchacha— que se hace usted cargo de la situación perfectamente. ¿Qué me dice de nuestra cliente?

—No cabe duda —repuso el abogado— de que nuestra cliente trata en estos momentos de ponerse en contacto con nosotros. Lo comprobaremos ahora mismo llamando a Paul Drake, y durante el curso de la tarde, volveremos a llamar. Para cuando iniciemos nuestra celebración, es posible que se me haya aliviado del peso de lo que pudiera llamar nuestras responsabilidades monetarias.

—¿Querrá el dinero en metálico? —interrogó Della Street.

—Exactamente —dijo Mason—. Así que llevaremos el dinero encima, hasta el momento en que vayamos a efectuar la entrega.

—Le han comunicado que ese dinero procede de un desfalco. ¿En qué situación le coloca eso?

—Sólo me notificaron que un hombre que se llama Rodney Banks está acusado de malversación de fondos. Debo, sin embargo, concederle el beneficio de presumir su inocencia hasta que se demuestre que es culpable.

»No conozco a ningún Rodney Banks. Nadie ha dicho que Audrey Bicknell haya desfalcado nada. Así que, señorita Street, continuemos haciéndonos los tontos.

—¿Y la cartera con todo el dinero? —preguntó ella.

—A su debido tiempo, transferiré los billetes a un cinturón—monedero y llenaré la cartera de periódicos. ¿Responde eso a su pregunta?

—Responde a mi pregunta, ¿pero qué me dice de la cliente? ¿Por qué está tan deseosa de obtener el dinero en metálico y qué hará cuando lo reciba?

—Esas cuestiones no ha querido aclarárnoslas nuestra cliente, Della.

—¿No será peligroso para ella andar por ahí cargada con una suma tan importante?

—Probablemente se enfrenta también con otros peligros. Llamaremos a Paul Drake, nos informará, informará a ella, y veremos qué ocurre.

Capítulo 4

Mason llamó a Paul Drake desde una cabina telefónica. El detective estaba en su despacho y cuando cogió el auricular, el abogado dijo:

—Aquí, Perry, Paul. Llamo por si se recibió algún recado para mí. ¿Tiene algo?

—¿Que si lo *tengo*? —repuso Drake—. ¿En qué consiste esa fascinación fatal que posee usted para las mujeres?

—¿Cómo lo recibió?

—Una seductora voz femenina, cuya propietaria atiende por el nombre de Audrey Bicknell, ha llamado cuatro veces en el corto espacio de la última media hora, preguntándome si me había puesto en contacto con usted y dándome un mensaje para que se lo transmitiera, un mensaje de la máxima importancia.

—¿En qué consiste? —preguntó Mason.

—Dice que la llame al Motel Foley y pregunte por la señorita Nancy Banks.

—¿En seguida?

—Se diría que sí. Parecía estar mordiendo la embocadura del aparato telefónico. Manifestó que era de suma importancia ponerse al habla con usted, lo *antes posible*.

—De acuerdo, la telefonearé —dijo Mason.

—¿Ahora mismo? —inquirió Drake.

—Estoy en una cabina telefónica —repuso el abogado—. Hay un poco de ruido, pero…

—Tengo la impresión de que el asunto es trascendente, Perry. Desde luego, la mujer lo cree así.

—Muy bien, llamaré —dijo Mason—. Más adelante, volveré a ponerme en contacto con usted. Sea bueno.

El abogado colgó el teléfono y después llamó al Motel Foley.

—Quisiera hablar con la señorita Nancy Banks, por favor.

—Un momento, está en la unidad número catorce. No cuelgue, por favor, le pongo.

Al cabo de unos segundos Mason oyó una voz precipitada, rezumando ansiedad.

—Diga. Diga. ¿Señor Mason?

—Al aparato.

—Creí que no iba a llamar *nunca*. ¿Fue al hipódromo?

—Sí.

—¿Cobró el dinero?

—¿Qué dinero? —fingió Mason extrañeza.

—Ya sabe qué dinero, señor Mason. El correspondiente a los boletos que le entregué… Ay, se me había olvidado, cuando le visité, le di un nombre distinto. Le dije que me llamaba Audrey Bicknell.

—¿Era un apodo? —preguntó Mason.

—Exactamente, no —repuso la muchacha—. No emplee esa palabra. Se trata de un seudónimo.

—Muy bien, es usted Nancy Banks —articuló Mason—. ¿Qué es lo que desea ahora?

—Señor Mason, quiero que coja el dinero… ¿Cobró usted el dinero?

—Antes de responder a su pregunta —condicionó Mason—, preferiría que acabara usted la frase. Había empezado a decirme que deseaba que cogiese el dinero y…

—Exacto. Quiero que se presente a las autoridades y pague usted la fianza que exigen a cambio de la libertad de mi hermano, Rodney Banks. Está en la cárcel, acusado de desfalco, y la fianza que han establecido es de cinco mil dólares. Del dinero que ha cobrado gracias a los boletos del caballo ganador, puede separar cinco mil dólares y luego entregarme el saldo.

—Un momento —dijo Mason—. Parece que los acontecimientos tienden a precipitarse y usted viene ahora a mezclar su secuencia. Hasta el momento, usted no es más que una voz que habla por teléfono. Las voces por teléfono se cotizan a diez centavos la docena.

»Ahora bien, si tiene tanta prisa, podemos concertar una entrevista en algún lugar conveniente. Usted se identificará entonces como la persona que me entregó los boletos. Le entregaré el dinero y usted me firmará un recibo a cambio. Luego, si desea que vaya a pagar la fianza de Rodney Banks, me dará instrucciones por escrito al respecto, me proporcionará el dinero necesario y entonces cumpliré la tarea.

—Eso nos hará perder un montón de tiempo, señor Mason. ¿No es usted exageradamente cauteloso?

—Soy abogado —dijo Mason—. Estoy en tratos con una persona desconocida. En tales circunstancias, no puede decirse que me muestro *exageradamente* cauteloso. Dejémoslo en simple precaución y ya vale.

—Muy bien —repuso la joven—. Si usted lo quiere así, me parece que tendrá que venir al motel. Me encuentro… bueno, en este instante difícilmente podría salir a la calle. Estoy… acabo de abandonar la ducha. Sin embargo, me hallaré en condiciones de recibirle cuando llegue, y me parece que ese es el único medio para arreglar la cuestión. De otro modo, no puedo ahorrar mucho tiempo.

—Me pondré en camino —accedió Mason—. Probablemente tardaré media hora en presentarme allí.

—Le esperaré. Dígame, ¿tuvo alguna complicación?

—Nada digno de mencionarse. Se lo contaré todo cuando nos veamos.

—¿Trató alguien de impedírselo?

—¿De impedirme qué?

—Obtener el dinero.

—Sí.

—¿Pero cobró?

—Le explicaré la situación cuando la vea —dijo Mason—. Claro que si usted es la misma persona que visitó mi oficina, no tiene por qué preocuparse… todavía.

—Oh, señor Mason. Estoy *tan* contenta… me siento *tan* agradecida. Tengo tanto *miedo*… ¿Vendrá en seguida?

—Iré en seguida.

—¿Solo?

—No. Llevaré a mi secretaria. Actuará de testigo. Este asunto lo voy a desarrollar con los cinco sentidos puestos en él.

—Perfectamente —la muchacha emitió una risa leve—. Adelante, sea todo lo precavido que guste. Me parece que no soy quién para reprochárselo.

—Treinta minutos —dijo Mason, y colgó.

Habían transcurrido exactamente veintinueve, cuando el abogado penetró en el recinto del motel. Condujo hasta la unidad número catorce, frenó y ayudó a Della Street a apearse del vehículo.

Se abrió la puerta de la unidad número catorce.

La muchacha que les había dado el nombre de Audrey Bicknell apareció en el umbral. Lucía un conjunto de estar por casa, de seda, con ceñidos pantalones de color rosa y chaqueta estampada, a base de dibujos verdes y rosados, con adornos cristalinos, cuyo peso obligaba a la seda a resaltar todas las curvas de la parte de las caderas.

—Entren, entren —invitó. Dirigió una sonrisa a Della Street—. Es un placer volver a verla, señorita Street. Pasen, por favor.

Mason recogió la cartera de mano y entró en el edificio.

—¿Lo consiguió? —preguntó la muchacha.

—Lo conseguí —dijo Mason—. Catorce mil doscientos cincuenta dólares.

El abogado abrió la cartera y la chica vio los fajos de billetes.

—Oh, ni por asomo se me ocurrió que… *Es* todo un montonazo, ¿verdad, señor Mason?

El abogado asintió, mientras contaba el dinero y lo iba colocando en montones de mil dólares cada uno.

—Muy bien —dijo—, aquí lo tiene. Firme el recibo conforme le he entregado la suma citada, importe total de los boletos premiados en cierta carrera de caballos, boletos que usted me dio, al contratarme para que fuera a cobrarlos.

—Querrá usted recibir sus honorarios, retirándolos de esa cantidad, ¿no, señor Mason? —dijo la muchacha.

—Exacto —convino el abogado—. Pero antes le haré entrega de todo el dinero. Entonces, usted me pagará la minuta.

—¿Puede decirme a cuánto asciende?

—Puedo —respondió Mason—, pero la cuenta dependerá de lo

que usted desee que haga en relación con Rodney Banks. Haría falta un anticipo, y no me encuentro en situación de asegurarle que representaré a Rodney Banks para defenderle de la acusación de desfalco. Estoy dispuesto a gestionar el pago de la fianza, actuando como abogado de *usted*, pero no voy a colocarme en una situación que me convierta en abogado de *él*… no voy a obligarme a eso, hasta saber algo más sobre el caso.

—Bien, no me es posible echárselo en cara. Supongo que Rodney fue… en fin, creo que se portó de una manera muy indiscreta. A pesar de todo, lo cierto es que me resulta *imposible* aceptar las cosas que dicen que ha hecho. Creo que hay algo en el fondo de todo esto.

—Muy bien —manifestó el abogado—, vayamos por partes, una cosa después de otra. Firme este recibo.

La muchacha firmó el documento que Della Street le tendió.

—Y ahora —continuó Mason—, ¿quiere que vaya a pagar la fianza en pro de Rodney Banks?

—Sí, por favor.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible.

—¿La fianza ha sido ya fijada?

—Sí, le condujeron ante un magistrado. Se estableció la fianza en la suma de cinco mil dólares en efectivo.

—Pudo usted recurrir a alguna compañía dedicada a la tramitación de depósitos de fianzas y… —dijo Mason.

—Ya lo sé, ya lo sé, pero esas empresas le cargan a uno todo el riesgo de la operación y yo no disponía de dinero para pagarles.

Mason observó a la joven con ojos perspicaces.

—Pero *dispuso* de quinientos dólares para apostarlos a la desesperada por un caballo.

—No fue a la desesperada. El animal tenía posibilidades. Ganó.

—Perfectamente —concedió Mason—, no vamos a ponernos a discutir ese asunto. No hay nada como el éxito para borrar fracasos. Voy a cargarle trescientos dólares por la misión del cobro de los boletos. Luego, me entregará usted cinco mil para que gestione la fianza de Rodney. Le cobraré ciento cincuenta dólares por llevar a cabo esta tarea y haré las diligencias en nombre de usted. Le conseguiré un recibo por los cinco mil dólares de la fianza. A partir

de entonces, no tendré relación alguna subsiguiente con el caso.

—Eso me parece justo, señor Mason, absolutamente justo. Bien, aquí tiene el dinero, y… Es importantísimo que le pongamos en libertad esta tarde, señor Mason.

—¿Por qué?

—Bueno, es… es importante, nada más.

—De acuerdo —dijo Mason—, traficamos con los brazos extendidos en toda su longitud. Le entregaré un recibo por el importe de mis honorarios y por los cinco mil dólares.

Mason hizo una seña con la cabeza a Della Street, la cual abrió su libreta de notas, extendió un recibo y lo pasó al abogado para que lo inspeccionase. Mason hizo un gesto de aprobación, puso su nombre al pie del recibo, arrancó la hoja de la libreta de Della y tendió el papel ya firmado a su cliente.

—¿Tengo que presentarme aquí una vez haya logrado ponerle en libertad?

—No —replicó la muchacha—. Será mejor que no tenga más contactos conmigo. Dígame, ¿trató alguien de seguirle?

—Sí —asintió Mason.

—No le habrán seguido hasta aquí, ¿verdad? —la voz de la joven sonó aprensiva.

—Tomamos algunas precauciones para evitar que nos siguiesen; eso fue antes de telefonearla —explicó Mason—. Después de llamarla por teléfono, como usted tenía tanta prisa, no perdimos tiempo. Vinimos aquí directamente, pero no observamos que nadie nos siguiera.

La chica inclinó la cabeza pensativamente, comentando acto seguido:

—Si alguien conociese mi paradero, resultaría… inconveniente en sumo grado.

—Y —añadió Mason— tiene usted aquí un buen pico de dinero en efectivo. Será mejor que lo ponga en sitio seguro.

—Sí, sí, ya lo sé. Pero usted se dará prisa, ¿no es cierto, señor Mason? Tiene que conseguir que pongan a Rodney en libertad.

—Iré a pagar la fianza —dijo Mason—. ¿No quiere que le informe después?

—No. Entonces… habremos terminado, señor Mason, y gracias,

muchas gracias, le estoy verdaderamente agradecida.

Con gesto impulsivo, pasó los brazos alrededor del abogado y se colgó de él brevemente; luego retrocedió, reportándose.

—Conforme —declaró el abogado—. La próxima vez que reciba alguna sugerencia sobre caballos con preciosos nombres que suenen a honradez y que parezcan pertenecer al tipo de los que pueden contar con la confianza de uno, en el sentido de que van a esforzarse honestamente para ganar, ya sabe, no tiene más que avisarme.

El abogado hizo una seña con la cabeza a Della Street.

La mujer que había dado el nombre de Audrey Bicknell cuando se presentó en el despacho de Mason, permaneció en el umbral de la puerta, contemplando a la pareja mientras subía al automóvil. La expresión de la muchacha era meditabunda y sería.

—Bueno —preguntó Mason tras conducir el vehículo fuera del aparcamiento—, ¿qué ha sacado en claro acerca de esa chica, Della?

—No lo sé —repuso la secretaria—. Me parece que es Nancy Banks, desde luego; probablemente es hermana de Rodney Banks, pero no me cabe duda de que lleva entre manos algún juego. Parece más tensa que la cuerda de un violín y, en mi opinión, está aterrorizada por algo.

Capítulo 5

Perry Mason se acercó al funcionario celular encargado de las fianzas.

—Tienen aquí a un tal Rodney Banks, acusado de desfalco; la fianza ha sido fijada en cinco mil dólares en efectivo o diez mil en obligaciones. Soy Perry Mason, abogado. Vengo a entregar los cinco mil dólares en efectivo, en nombre de Nancy Banks, mi cliente. Le ruego extienda el recibo a su nombre, por el importe de la fianza, que le pagaré en metálico a cambio de la libertad de Rodney Banks.

El empleado contó meticulosamente los cinco mil dólares que Mason había pagado, cogió un impreso de recibo, con las correspondientes copias al carbón, y preguntó:

—¿Domicilio de Nancy Banks?

—Póngalo a la atención de Perry Mason.

—Debemos anotar la dirección de una calle y un número.

—Puede domiciliarlo a mi oficina.

El funcionario titubeó unos segundos, pero, finalmente, extendió el recibo.

—Supongo que no pasará nada, teniendo en cuenta que se abona la fianza en efectivo.

—Ahora —dijo Mason—, quisiera esperar a que dejasen libre a Banks.

—Presente este recibo, que garantiza el pago de la fianza, y le soltarán —dijo el empleado.

—Quiero acción inmediata.

—La tendrá. Ya ha entregado el dinero. No albergamos ningún deseo especial de guardar aquí al recluso, y alimentarle, durante más tiempo del que sea imprescindible. El dinero responderá de su presencia en los tribunales, a la hora de la vista… Debería

responder, al menos.

—Debería —asintió Mason.

No obstante, hasta veinte minutos después no apareció el carcelero, escoltando a Rodney Banks hasta el interior de la sala donde permanecía Mason, a la espera.

—Hola, Banks —saludó el abogado—. Me llamo Perry Mason. Me contrataron para que viniese a liquidar su fianza. Ya lo hice. No actúo como abogado de usted.

—Bueno, alguien tendrá que actuar de abogado mío —replicó Banks—. Se han dado mucha prisa en apretarme las clavijas. Quiero decir aquí, en la cárcel.

—¿Qué le hicieron?

—Me robaron el boleto que tenía apostado a favor de un caballo que había ganado la carrera en que participó.

—Eh, aguarde un momento, aguarde un momento —contestó el carcelero—. Nadie le robó nada. Hay una orden de embargo por medio.

—¿Cómo es eso? —preguntó Mason.

—Este muchacho tenía un boleto a favor de «Dough Boy», caballo número cuatro de la tercera prueba hípica de ayer. Un boleto de cincuenta dólares.

—Es un caballo ganador. En el hipódromo me iban a pagar mil cuatrocientos veinticinco dólares por él —dijo Banks.

Mason miró al funcionario de la cárcel.

—El boleto estaba entre sus cosas, desde luego, cuando le pusimos bajo custodia. Le entregamos un recibo por todo lo que llevaba encima.

—Pero no me han devuelto el boleto.

—No podemos hacerlo —manifestó el celador—. Ha sido tomado en depósito. Está bajo la custodia del tribunal. Hay una demanda judicial contra usted: caso de Fremont contra Banks. Fremont alega que usted le desfalcó el dinero que utilizó para hacer la apuesta a favor de ese caballo y que usted guardaba la papeleta en nombre de él.

—Si hubiese podido cobrar el importe del premio, a ese tipo no se le hubiera ocurrido ni por lo más remoto presentar semejante denuncia —protestó Banks, indignado.

—Todo lo que sé —declaró el funcionario— es que la papeleta ha sido secuestrada por orden del tribunal. Podrá recuperarla mediante una acción judicial civil.

—¿Pero eso no afecta a la acusación de desfalco? —inquirió Mason.

—Aparentemente, no —repuso el empleado—. Esa acusación está todavía pendiente.

Banks se acaloró.

—Todo lo que ese viejo chivo alega es que echa de menos poco más de mil dólares y aun en el caso de que tenga razón, hay dinero de sobra para que se cobre hasta el último centavo. Pero lo que intenta es apoderarse del boleto ganador y *luego* procesarme encima, acusado de desfalco.

—No creo que vaya a desempeñar el papel de abogado suyo, joven —dijo Mason—. No soy su abogado ahora. Voy a advertirle una cosa. Está usted en libertad bajo fianza. Salga de aquí. Queda al margen el que usted tuviese en su poder el boleto ganador en el instante en que le arrestaron. Era un boleto de cincuenta dólares. Reza así en el recibo de las pertenencias personales. Ahora bien, usted tiene una copia de la orden que utilizaron los funcionarios, los cuales se hicieron cargo de ese boleto. El tribunal va a conservar el dinero en depósito.

»Tiene usted un litigio con Fremont, para determinar a quién pertenece el dinero y, por otra parte, Fremont ha conseguido que le detengan a usted, presentando una denuncia por desfalco.

»Dése usted cuenta ahora de la situación de Fremont. Si usted emplea ese dinero en el pago de la cantidad que asegura le ha sido desfalcada y luego no existe déficit alguno, entonces Fremont se vería expuesto a que usted le demandara, exigiéndole daños y perjuicios por falsa detención y por falsa acusación de fraude… todo lo cual depende de las pruebas y del estado de los libros de contabilidad.

»Si él puede demostrar que usted hizo una apuesta de cincuenta dólares a favor de «Dough Boy» con el dinero que le defraudó, entonces usted se convierte en depositario involuntario de sus beneficios y de cualquier ganancia que pudiera haber recibido, así que Fremont seguirá teniendo derecho a considerar que el déficit de

más de mil dólares es una defraudación y, al mismo tiempo, estará en condiciones de reclamar las ganancias producidas por el boleto, cuyo total asciende a mil cuatrocientos veinticinco dólares.

—Eso es injusto. No puede haberse comido el pastel y continuar teniéndolo —protestó Banks.

—Ahora está usted haciendo exactamente lo que le aconsejaría que no hiciese —manifestó Mason—. Está hablando. Mi recomendación es la de que vaya a ver a su hermana. Converse con ella y recuerde que esa chica fue la que pagó los cinco mil dólares en efectivo de la fianza.

—¿De dónde sacó el dinero? —interrogó Banks con curiosidad.

Mason esbozó una sonrisa.

—No estoy preparado —dijo— para debatir la cuestión financiera de mi cliente, y le repito una vez más que lo mejor que puede hacer es conservar la boca cerrada hasta que haya visto a su hermana y consultado a un jurista. Mi opinión es que debería encontrarse ya junto a su hermana. ¿Sabe dónde dar con ella?

—Creo que sí.

—¿Sabe dónde está *ahora*?

—La encontraré sin dificultad.

—Entonces vaya en su busca al instante —insistió Mason—. Está en libertad bajo fianza. Puede irse si quiere. Eso aventa mi responsabilidad en lo que a usted se refiere. Tengo lugares que visitar y cosas que hacer. Buena suerte.

Mason dio media vuelta, abandonó la sala y bajó en el ascensor hasta la entrada donde estaba esperándole Della Street, en el automóvil estacionado.

—¿Y bien? —preguntó la joven.

—La trama se espesa —dijo Mason—. Aparentemente, todo el mundo apostaba por «Dough Boy». La confidencia salió de alguna parte.

»Ahora resulta, al parecer, que la cantidad del desfalco es de poco más de mil dólares y con las ganancias del boleto de Rodney Banks bastaría para dejarlo todo saldado pero Fremont alega que la apuesta fue hecha con dinero suyo, producto de la malversación de fondos y, por consiguiente, al haber salido de su bolsillo, tiene perfecto derecho a quedarse con todo.

—¿Puede hacerlo? —preguntó Della Street—. ¿No ha de inclinarse por una cosa o por otra?

—Técnicamente —explicó Mason—, está dentro de sus derechos. Si el dinero le fue desfalcado, al efectuar con él una inversión provechosa está autorizado a apoderarse de los beneficios.

—¿Y aún puede presentar una denuncia por defraudación?

—El desfalco —dijo Mason— es un delito y el delincuente que lo comete no tiene derecho alguno al dinero que se lleva. Y si no tiene derecho a ese dinero, tampoco lo tiene a los beneficios que se deriven de él.

—¿Qué me dice del dinero que nuestra cliente apostó por «Dough Boy»?

—Esa es otra cuestión —repuso Mason—. Gran parte del asunto depende del desfalco, de cómo fue malversado el dinero y de dónde procedía. Si Rodney entregó a su hermana quinientos dólares y le encargó que los apostase a favor de «Dough Boy», si esa suma fue desfalcada y Fremont puede demostrar que el desfalco se lo hicieron a él, Fremont tendrá derecho a todo el dinero que se ganó con la apuesta. Pero ha de demostrar un sinfín de cosas. Ha de demostrar que hubo desfalco, ha de probar la identidad del dinero y, probablemente, se verá obligado a demostrar también que la hermana era cómplice o, por lo menos, tenía conocimiento de la culpabilidad de Rodney Banks. Es una situación anormal.

—¿Se portó Rodney como si supiese que su hermana había apostado por «Dough Boy»?

—Es problemático afirmarlo —respondió Mason—. Rodney Banks es un joven rechoncho, ancho de hombros, que habla y reacciona de manera nerviosa, rápida… No es posible formarse en seguida un juicio certero acerca de él. Posee cierta clase típica de inestabilidad. Frecuentemente, uno tropieza con muchachos así, entre los que han tenido madres o hermanas que trataron de protegerles de las responsabilidades de la vida.

—En otras palabras, que a usted no le cae simpático y no desea tener nada que ver con él.

Mason sonrió.

—Expresémoslo así —dijo—. No le represento. Represento a su hermana, que me encargó pagar la fianza. He pagado esa fianza y el

chico está libre.

»Y ahora, señorita Street, a pesar de lo temprano de la hora, puesto que usted ha conseguido una ganancia sustancial en las carreras de caballos, vamos a permitirnos el lujo de tomar el aperitivo y degustar una cena. Nos olvidaremos de preocupaciones, clientes engañosos, jefes tacaños y desfalcos, para concentrar nuestro interés en el ritmo, la comida, el solaz y la diversión.

Capítulo 6

Todavía era temprano cuando Perry Mason acompañó a Della Street hasta la puerta del edificio de apartamentos donde vivía la muchacha, le deseó buenas noches y regresó a su propio domicilio, sin grandes prisas.

Sonaba el timbre del teléfono cuando franqueó el umbral.

Puesto que sólo Della Street y Paul Drake conocían aquel número, el abogado apretó el paso a través del cuarto, para contestar en seguida a la llamada.

—Hola —dijo—. ¿Qué ocurre?

Llegó la voz de Paul Drake por el hilo telefónico.

—Su cliente femenino está en un aprieto. Quiere que vaya a verla ahora *mismo*. Dice que es terriblemente importante, y su tono sonaba como si, en efecto, fuera *terriblemente* importante.

—Bueno —dijo Mason—, no salgo de casa después de las horas de oficina hasta que me entero bien de qué asunto se trata. Estoy relevado de todas mis obligaciones para con esa mujer. ¿Dijo qué le sucedía?

—Alguna emergencia pavorosa. Parecía estremecerse de pies a cabeza. ¿Por qué no le da un telefonazo por lo menos? —sugirió Drake—. Creo que realmente ha ocurrido algo de importancia.

—Probablemente, alguien le arreó un estacazo y le quitó el dinero —dijo Mason—. De acuerdo, la llamaré por teléfono.

Mason se puso en comunicación con el Motel Foley y preguntó por Nancy Banks, ocupante del número catorce.

La voz que contestaba al aparato, declaró:

—Lo siento, pero ese número no responde en estos instantes. He llamado un par de veces y nadie se pone. Soy el gerente.

—Quizá pueda intentarlo de nuevo dentro de unos minutos.

—¿Puedo saber quién llama, por favor? —preguntó el gerente, con suave, pero firme austeridad.

Mason titubeó unos segundos antes de responder:

—Si consigue usted ponerse al habla con ella, ¿tendrá la bondad de informarle de que la ha llamado su abogado?

—¿Su abogado?

—Eso es.

—Bueno, ¿por qué iba a necesitar…? Oh, muy bien. ¿Le importaría darme su nombre?

—Mason.

—¡No será *Perry* Mason!

—Pues, sí, lo es.

—Oh, no sabe *cómo* lo lamento, señor Mason. Haré una escapadita y dejaré una nota en la puerta. Deberá estar de vuelta de un momento a otro. Ignoro *dónde* se encuentra. Hice un par de llamadas y no contestó. Me desagrada telefonear cuando el huésped está ausente. Ya sabe lo que pasa. Los tabiques son a prueba de ruidos, verdaderamente, pero un timbre telefónico *puede* molestar a los ocupantes de las unidades contiguas.

—Le volveré a llamar dentro de un rato —dijo Mason—. Puede usted dejar la nota, si es tan amable, diciendo que he telefoneado y que volveré a hacerlo otra vez dentro de diez minutos o un cuarto de hora.

El abogado se estiró en un sofá, encendió un cigarrillo y se disponía a coger un periódico vespertino, cuando el teléfono se puso a sonar de nuevo.

Mason cogió el auricular y oyó la voz de Drake.

—Perry, esa muchacha se encuentra en un brete de pronóstico. Está tan excitada como el mismísimo infierno y dice que tiene que verle de inmediato, que baje usted allí en seguida, que ha sucedido algo horrible.

—¿Qué baje adónde, Paul?

—Al motel.

—No está allí —repuso Mason—. El gerente del motel afirma que no contesta al teléfono.

—Está allí. Es de donde ha telefoneado —declaró Drake—. Al menos, dijo que telefoneaba desde el motel. Le pregunté que dónde

se hallaba y dijo simplemente que tenía que verle, que pagaría lo que costase, pero que se presentara usted en seguida, pues debía ser usted el que fuese, porque a ella le resultaba imposible ir a usted. Insistió en lo de la enorme emergencia.

—Oh, infiernos —renegó Mason—, esto es lo que le pasa a uno cuando se compromete con clientes del sexo femenino predispuestos al histerismo… De acuerdo, Paul, me daré un paseo y si la chica no está allí, me encargaré de que reciba una buena lección… ¿Cuándo se va *usted* a casa?

—El Señor lo sabe —contestó Drake—. Estoy trabajando en un caso más bien difícil. Tengo un par de hombres fuera y estuve revisando informes. ¿Qué quiere que haga respecto a cualquier llamada futura que llegue para usted?

—Diga simplemente a quienquiera que sea que no va a ser posible dar conmigo hasta por la mañana —aleccionó Mason—. Pero si Nancy Banks vuelve a telefonear, dígale que ya me he puesto en camino, y que vale más que lo que me ha sacado de casa sea *realmente* importante.

Mason suspiró, se anudó la corbata y telefoneó al garaje del inmueble de apartamentos, para rogar que tuviesen preparado su automóvil. Tomó el ascensor hasta el garaje y luego cubrió la distancia que le separaba del Motel Foley batiendo algunas marcas.

Las luces de colores de la parte delantera del motel proclamaban: «Motel Foley», y debajo, en caracteres relativamente pequeños, decía: *No hay plazas*.

Mason vaciló un segundo, pensando si no debería hacer un alto frente al despacho del gerente, pero en seguida cambió de idea y condujo directamente hasta la unidad número catorce.

Estacionó el coche y llamó a la puerta de la casa.

No hubo respuesta, a pesar de que, dentro, las luces estaban encendidas.

Mason frunció el ceño y probó la puerta. Se abrió sin dificultad.

En el suelo, un poco más allá del hueco de la entrada, había una nota: «Señorita Banks: Su abogado llamó por teléfono y dijo que volvería a hacerlo dentro de quince o veinte minutos.»

Mason cerró la puerta tras sí y lanzó una mirada en derredor.

Estaba exactamente como la vio la última vez, era un típico

apartamento de motel. Había un maletín encima de un soporte. Una bolsa de noche femenina descansaba sobre el tocador, delante del espejo.

Mason consultó su reloj, enarcó las cejas con fastidio y se sentó a esperar.

En medio de aquel silencio, el abogado tomó conciencia del tic —tac del reloj de viaje que había encima de la cómoda, dedicado a desgranar segundos y minutos. Mason comprobó la hora de su reloj con la que señalaba el de viaje, lo que le permitió observar que éste último iba cinco minutos retrasado. El jurisconsulto se estiró, bostezó, echó otro vistazo a su reloj y se puso en pie dispuesto a marcharse.

Al llegar a la puerta de la calle, antes de abrirla, hizo una pausa para escudriñar por última vez el interior de la unidad. Sus ojos descansaron sobre una puerta que, aparentemente llevaba al cuarto de baño.

Mason se llegó a aquella puerta cerrada, llamó suavemente y, al no recibir contestación, la abrió.

El cuerpo de Marvin Fremont aparecía derrumbado en postura grotesca sobre la taza de la ducha, con la cabeza ladeada hacia un hombro, los ojos mirando sin ver y las mandíbulas combadas. En la pechera de la camisa había una manchita roja, originada, sin duda, por un agujero de bala.

Mason titubeó un momento, sacó su pañuelo, limpió las huellas digitales que pudo haber dejado en el picaporte de la puerta y había recorrido la mitad del cuarto, hacia la salida, cuando la puerta de la calle se abrió y Nancy Banks entró precipitadamente en la estancia.

—¡Oh, señor Mason! —exclamó—. ¡Me alegro *tanto* de que haya venido! ¡Oh, no sabe el alivio que representa su llegada…! ¡Oh…! ¡Oh…! —se llevó una mano a la garganta—. ¡Oh, gracias! ¡Muchas gracias!

Se acercó al abogado y cogió las manos del hombre con las suyas.

Las manos de la muchacha estaban frías como el hielo.

—Está bien, rápido —instó Mason— ¿Cuál es la historia? Escuchémosla.

—Estuve llamándole —dijo la chica— Quería que…

—Yo la llamé y no obtuve respuesta —dijo Mason.

—No me encontraba aquí.

—Eso salta a la vista —replicó el abogado—. Al menos, esa es su historia. Y ahora, vale más que me lo cuente usted *todo*.

—Fui a mi apartamento —explicó Nancy Banks—. Quería… quería dejar el dinero que usted me entregó en un lugar seguro.

—¿A qué llama lugar seguro?

—Quise esconderlo en mi apartamento y pensé que luego se lo daría a algún amigo para que lo guardase… No me gustaba la idea de tener todos los huevos en una cesta.

—Muy bien —dijo Mason—, cuéntemelo todo y hable aprisa. ¿Qué sucedió? ¿Por qué me llamó?

—Alguien me atracó.

—¿Qué significa eso de que alguien la atracó?

—Exactamente eso. Cuando me apeé de mi automóvil, en la parte de atrás del inmueble donde está mi apartamento, alguien me encañonó con una pistola y dijo en voz baja y áspera: «¡Manos arriba!»

—¿Puede describir a ese alguien? —preguntó Mason.

—Era… No, no puedo.

—¿Iba enmascarado?

—Llevaba un pañuelo alrededor de la frente, sostenido por el sombrero y que le caía sobre la cara. Había dos agujeritos en el sitio de los ojos y nada más. Todo lo que pude ver fue el pañuelo blanco y…

—¿Qué complexión tenía? —interrogó Mason.

—Era… algo ancho de hombros, rechoncho. A juzgar por su figura y por la forma de moverse, diría que muy bien pudiera tener… oh, alrededor de cuarenta años, o *acaso* fuese más joven.

—Comprendo —dijo Mason—. ¿Qué pasó?

—Me tenía a su merced. El dinero estaba en mi bolso. Me asestó un metido con su pistola y… empecé a chillar. Entonces, me golpeó con fuerza, se apoderó del bolso y desapareció.

—¿Se lo llevó todo?

—Todo. Todo en absoluto. Hasta el último centavo, señor Mason.

El abogado la contempló con aire reflexivo.

—Así que llamó por teléfono.

—Sí.

—¿Desde dónde?

—Desde mi apartamento.

—Dijo que se encontraba aquí, ¿no? ¿No fue ese el recado que dejó a Paul Drake?

—Sí, deseaba que nos encontrásemos en este motel.

—Por lo tanto, comunicó a Paul Drake que telefoneaba usted desde aquí.

—Sí.

—¿Notificó el robo a la policía?

—Cielos, no.

—Bueno —articuló Mason, sin apartar los ojos del semblante de la joven—, pues eso es lo que debió hacer. Lo hará ahora. Va a telefonear a la policía para dar cuenta del atraco. ¿Por qué era tan importante el que usted se pusiera en contacto conmigo y yo me presentase aquí?

Los ojos de la muchacha se redondearon a causa de la sorpresa.

—¿Que por qué era tan importante? Santo cielo, señor Mason, a una muchacha le roban una fortuna que acaba de ganar y usted reacciona como si eso no tuviera importancia. Es absolutamente funesto.

Mason asintió, pensativo.

—Tiene que notificar el asalto a la policía.

—No puedo señor Mason. Me resulta sencillamente imposible.

—¿Por qué no puede?

—Bien, existen… ciertas razones.

—Ha salvado parte del dinero, ya que pagué la fianza de su hermano —dijo Mason—. Esa cantidad puede recuperarla.

—Sí —convino la chica, mientras bajaba la mirada.

—Continúo diciendo que ha de dar cuenta a la policía —insistió el abogado.

Nancy Banks sacudió la cabeza vehementemente.

—Está bien —manifestó Mason—, si usted se toma las cosas de ese modo, no queda más que sonreír y aguantarse, poner buena cara al mal tiempo.

Se acercó a la puerta, dirigió una sonrisa a la muchacha y

añadió:

—Ya se acostumbrará a todo esto. Al fin y al cabo, se encuentra en una situación mejor a la que se encontraba hace un par de días. Le devolverán el dinero de la fianza y podrá seguir adelante con el juego.

—Señor Mason… me ha decepcionado usted.

—¿Por qué?

—Acepta el asunto como… como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Un atraco a mano armada —dijo Mason— constituye una experiencia nueva para usted. Es la primera vez que le roban dinero a punta de pistola. Para la policía será una cuestión rutinaria, lo mismo que si a usted la llamara su jefe y le dijera que cogiese lápiz y libreta de apuntes para tomar una carta.

»No soy de la policía, pero estoy acostumbrado a tratar con el delito y me tomo las cosas del mismo modo que ellos.

»No me seduce la idea de ponerme a discutir con usted. Le sugiero que llame a la policía. Con la descripción que tiene del individuo, siempre existe la posibilidad de que las autoridades recuperen rápidamente el dinero.

—No, no, no puedo soportar eso. No *quiero* que intervenga la policía.

—Perfectamente —repuso Mason—, en tales circunstancias, no puedo hacer más que irme a casa, lo único que le resta a usted es meterse en la cama y…

—Pero es que tengo miedo de quedarme aquí sola.

—¿Qué es lo que le asusta? Ha perdido su dinero. Ya no tiene nada que temer, ¿verdad?

—No…, supongo que no.

—No puedo quedarme aquí con usted —explicó Mason—. Es una muchacha mayor de edad, ya sabe… Dijo usted algo referente a un amigo al que iba a dejar el dinero para que lo guardase… ¿Un amigo del género femenino?

—Sí, una muchacha.

—Si está tan nerviosa, ¿por qué no vuelve usted a su apartamento y pide a esa chica que pase la noche en su compañía?

—Yo… Es una buena idea, señor Mason. Creo que eso es lo que

haré. Me alegro de que lo haya sugerido. Recogeré mis cosas ahora mismo.

La muchacha atravesó el cuarto y tendió a Mason la mano. Continuaba fría como el hielo y el abogado notó el temblor nervioso que la recorría.

—Muy bien, hágalo —dijo Mason.

—¿No podría…? ¿Le importaría aguardar unos segundos, mientras hago la maleta?

—Lo siento —denegó Mason—, pero he tenido un día fatal. Ahora ya no le puede suceder nada malo. Ponga sus cosas en el automóvil y vaya a su apartamento.

—Usted… Bueno, si pudiese esperar sólo *un* instante…

Mason sacudió la cabeza.

—Ya sé —articuló la joven—. Comprendo. Está terriblemente atareado y supongo que le di mucha tabarra, le he proporcionado demasiadas molestias… Hasta es posible que haya perdido la paciencia conmigo por negarme a avisar a la policía. Está bien, le repito las gracias, señor Mason. Le quedo reconocidísima.

Mason sonrió, le dio unas palmaditas en el hombro y cruzó la puerta de salida.

Había llegado a un punto que señalaba la mitad de la distancia entre la unidad número catorce y el despacho del gerente, cuando oyó a su espalda el ruido de una puerta al abrirse, unos pasos apresurados y la voz de la joven que le llamaba.

—Señor Mason, por favor… ¡oh, *por favor*!

El abogado dio media vuelta.

Nancy Banks llegó corriendo y se echó literalmente en sus brazos, colgándosele del cuello, dominada por un éxtasis de terror.

—¡Señor Mason, por favor… por favor!

—¿Qué ocurre ahora?

—¡Algo horrible… algo espantoso! Debe… ¡silencio! No podemos hablar aquí, alguien podría oírnos… Venga, por favor.

—¿Algo nuevo? —inquirió el jurista.

—Algo terrible.

—¿Qué?

—Un… —la joven bajó la voz hasta el susurro—. El cuerpo de una persona.

—¿Dónde?
—En la ducha.
—¿Está segura?
—Sí.
—¿Hombre o mujer?
—Hombre.
—¿Está muerto?
—Lo ignoro… me temo que sí. Parece muerto.

Mason se volvió, rodeó a la temblorosa joven con sus brazos y dijo:

—Está bien, tómeselo ahora con calma. Va a dominarse. ¿No tenía la más remota idea de que el cuerpo estuviese allí?

—¡Cielos, no!

—¿Cómo lo descubrió?

—Estaba recogiendo mis cosas y… entré en el cuarto de baño y me lo encontré allí, derrumbado bajo la ducha.

—Bueno —dijo Mason—, ahora *tenemos* que avisar a la policía.

—¿Hemos de hacerlo?

—Sí.

—Podría irme y usted…

—No puede hacer nada de esa clase —cortó Mason—. Eso sería lo peor que pudiera hacer. Tiene que quedarse aquí y plantar cara a la música.

—Yo… yo…

—Tiene miedo a la policía, ¿verdad? —preguntó Mason.

—Un miedo atroz.

—No debería tenérselo —dijo el abogado—. Le proporcionarán la mejor protección posible, si es usted inocente… porque usted *es* inocente, ¿verdad?

—Desde luego.

—¿No sabía nada acerca del cuerpo caído ahí?

—No.

Mason mantuvo abierta la entrada de la unidad, para que pasase Nancy Banks.

—Oh, me aterra entrar ahí —silabeó la joven—. Yo…

—Claro que sí —comprendió Mason—, pero tiene que enfrentarse con la situación.

La animó suavemente para que penetrase en la unidad y luego cerró la puerta.

—Veamos ahora —dijo—, supongamos que deja de soltar mentiras.

—¿Qué insinúa?

—Usted sabía que el cuerpo se encontraba ahí.

Nancy Banks se le quedó mirando con indignación, desorbitados los ojos.

—Pero, señor Mason… Pero, ¿cómo puede acusarme de semejante cosa?

Las pupilas del abogado la observaron con firmeza.

Al cabo de un momento, la muchacha no pudo sostener aquella mirada y desvió la vista.

—La razón por la cual deseaba usted que viniese aquí —declaró Mason—, la razón por la cual anhelaba que nuestro encuentro se celebrase en este cuarto del motel, tenía su base en el hecho de que usted sabía que el cadáver estaba aquí. O bien mató usted a ese hombre o descubrió el cuerpo.

»No quería hablarme de ello. Deseaba que fuese yo quien lo hallase. Pensó que lo descubriría y, entonces, llamaría a las autoridades. Usted iba a entrar aquí con la historia del atraco y…

—La historia del atraco es cierta, señor Mason.

—No lo creo —dijo Mason—. Se trata de una coartada que usted se urdió, una coartada bastante tosca, destinada a justificar su ausencia y su excitación. El motivo por el que llamó estriba en que sabía que el cadáver estaba ahí. Pero la engañé. En lugar de descubrir el cuerpo y telefonear a la policía, fingí no saber nada acerca de que el cadáver estuviese en la ducha.

—¿Usted… lo vio?

—Naturalmente.

—Pero no lo dio a entender. Usted…

—Estaba probándola —dijo Mason—. Deseaba comprobar si usted se vendría abajo y me lo contaría todo o si iba a aferrarse al cuento de fingir que ignoraba la existencia de ese cadáver en el cuarto de baño, para pretender haberlo descubierto en determinado instante, antes de que yo me marchase.

Súbitamente, la muchacha se arrojó en los brazos del abogado y

empezó a sollozar.

—¿Eso fue lo que sucedió? —preguntó Mason a continuación.

—Sí —repuso ella en voz baja—. Por eso le telefoneé… Había… había descubierto el cadáver.

—¿Cómo lo halló?

—¿A usted qué le parece? Salí un momento y al volver, fui al cuarto de baño y… ahí estaba.

—Muy bien —dijo Mason—, tenemos que dar cuenta a la policía. Lo principal, *ahora*, es que me cuente la verdad.

—Ya se la he contado.

—¿Toda la verdad?

—Toda la verdad.

—¿Qué me dice del asalto?

—Fue verídico. Sucedió.

—¿Quiere quedarse aquí mientras llamo a la policía? —preguntó Mason.

—Cielos, no.

—Sería mejor que la comunicación no pasara por la centralita del despacho del gerente —opinó Mason—. Eso entrañaría más complicaciones. Hay una cabina telefónica en el otro extremo de la piscina. La usaremos.

—¿Tiene llave de esta casa?

—Sí.

—Cierre la puerta. Venga conmigo.

Salieron y cerraron la puerta con llave. Mason escoltó a la muchacha hasta el extremo de la piscina y ambos continuaron hasta la cabina del teléfono público. El abogado introdujo una moneda, marcó el número de la central y pidió:

—Con la Jefatura de Policía, por favor. Es un caso urgente.

Cuando le respondieron de la Jefatura, manifestó:

—Perry Mason al habla. ¿Tendría la bondad de ponerme con la Brigada de Homicidios?

Un momento después, la voz del teniente Tragg llegó por el hilo.

—Vaya, vaya, Perry. ¿De qué se trata esta vez? Espero que no sea otro asesinato.

—Todo parece indicar que sí lo es —respondió Mason.

—¿Dónde se encuentra ahora?

Mason se lo dijo.

—¿Dónde está el cadáver?

—En una de las unidades del motel que hay aquí.

—¿Está usted sólo?

—No, me acompaña mi cliente.

—¿Es el ocupante de la unidad?

—Sí.

—¿Quién descubrió el cuerpo?

—Servidor.

—¿Su cliente mató a la víctima en defensa propia?

—Mi cliente es una mujer y asegura que no mató a la víctima.

—¿No ha movido ni tocado el cuerpo?

—Exacto. El cadáver está en la ducha; es decir, mitad dentro de la taza de la ducha y mitad fuera.

—¿Y su cliente no sabe nada del asunto?

—En absoluto.

—Entonces, ¿por qué lo llamó?

—Esa es otra cuestión.

—Manténgase a distancia, no toque nada, no deje más huellas digitales, no se vaya y no permita que lo haga su cliente —recomendó el teniente Tragg—. Nos ponemos en camino.

Capítulo 7

El teniente Tragg salió del apartamento del motel y se detuvo junto al automóvil de Mason, en el que permanecían sentados Nancy Banks y el jurista.

—Está bien jovencita —empezó el policía—. Usted tenía esta unidad de motel. ¿Por qué la alquiló?

—De… deseaba disponer de un sitio donde pudiese hablar en privado con el señor Mason.

—¿Hablar de qué?

—De ciertas cuestiones de negocios que no es necesario introducir en este cuadro.

—Me parece que vale más que descienda de las nubes y ponga los pies en el suelo —dijo Tragg—. Se ha cometido un asesinato en esa unidad del motel. ¿Dónde se encontraba en el momento de producirse el crimen?

—Lo ignoro. No sé en qué momento tuvo efecto el crimen.

—¿Cuándo descubrió el cadáver?

—A mi regreso.

—¿A su regreso de dónde?

—De mi apartamento.

—¿Dónde está su apartamento?

La muchacha se lo dijo.

—¿Qué fue a hacer allí?

—Fui allí a… atender ciertos asuntos que… Bueno, disponía de un dinero que deseaba poner a buen recaudo.

—¿Qué significa eso de «a buen recaudo»?

—Quería guardarlo en algún sitio donde alguien no lo encontrara.

—¿Qué alguien?

—No me refería a ninguna persona en particular.

—Todo este asunto parece muy interesante —comentó Tragg—. Me gustaría conocer más detalles sobre él.

—Un momento, teniente —intervino Mason—. Dejemos bien entendido, desde el primer instante, que no voy a permitir que este interrogatorio se desarrolle de un modo que pudiera denominarse acusador.

—En tal caso —replicó Tragg—, dejemos igualmente bien sentado que las respuestas a las preguntas no van a hacerse de una manera que pudiéramos llamar evasiva.

—La historia no es precisamente sencilla, teniente —explicó Mason—. La señorita Banks tiene un hermano. Dicho hermano fue detenido bajo la acusación de desfalco y…

—Aguarde un segundo —le interrumpió Tragg—. Cuando quiera oír una declaración suya, Mason, se la pediré. En este momento, lo que deseo es una declaración de su cliente. Quiero respuestas definitivas a unas cuantas preguntas claras. Sé a dónde me dirijo, y usted puede o no puede saberlo, pero no estoy dispuesto a consentir que un abogado de modales suaves meta baza en mi labor y haga sugerencias más o menos veladas a su cliente, para que no formule las contestaciones que se supone ha de formular.

Mason se volvió hacia la chica.

—Adelante, Nancy —dijo— Cuénteselo. Lo peor que puede hacer en estos instantes es dejar que el teniente Tragg actúe bajo la influencia de algún equívoco. Es honesto, pese al hecho de que, como interrogador, le gusta machacar y machacar.

—Así está mejor —alabó Tragg—. Y ahora, señorita Banks, ¿conoce al muerto?

—Sí.

—¿Quién es?

—Es Marvin Fremont.

—¿Tiene usted alguna relación con él?

—Yo… Mi hermano era empleado suyo.

—¿Qué hacía Fremont? ¿A qué se dedicaba?

—Era inversionista. Trataba en antigüedades y objetos raros y compraba bienes raíces.

—¿Tuvo algún disgusto con él?

—Mi hermano los tuvo.

—¿Qué clase de conflictos?

—Fremont acusó a mi hermano de desfalco.

—¿Alguna otra complicación?

—Mi hermano apostó en las carreras por un caballo que ganó y… Bueno, el señor Fremont quería quedarse con el dinero.

—¿Qué dinero?

—El dinero que se ganó con la apuesta.

—¿Se apoderó de él?

—Aparentemente, no. Consiguió que arrestaran a mi hermano y lo metiesen en la cárcel. Le desposeyeron del boleto ganador y el señor Fremont presentó una denuncia con ánimo de quedarse con el dinero.

Mason empezó a decir algo, pero al recibir una mirada significativa de Tragg, optó por reportarse.

—Así que usted contrató los servicios de Perry Mason. ¿Para qué? ¿Para que ayudase a su hermano?

—Sí.

—¿Alguna otra cosa?

—Quería liquidar la fianza, es decir, pagarla para que mi hermano recuperase la libertad.

—¿Qué clase de fianza?

—En efectivo.

—¿Quién aportó ese efectivo?

—Yo.

—¿Dónde lo consiguió?

—Hice una apuesta a favor de un caballo que ganó.

—¿Qué caballo?

—«Dough Boy».

—¿A qué proporción se pagaban las apuestas sobre ese caballo?

—Expuse quinientos dólares, a ganador, y conseguí… bueno, un pico precioso, algo así como catorce mil dólares.

—¿Qué hizo con ellos?

—No los cobré personalmente. Di los boletos al señor Mason, el cual cobró el dinero.

—¿Qué hizo el señor Mason con dicho dinero?

—Me lo entregó.

—¿Y después?

—Entonces le pedí que tramitase la fianza establecida para poner en libertad a mi hermano, que ascendía a cinco mil dólares, entregué esta cantidad al señor Mason y le pagué sus honorarios.

—¿Y el señor Mason hizo efectiva la fianza?

—Sí.

—¿Qué fue del resto del dinero?

—Me quedé con él.

—¿Dónde está ahora?

—Lo perdí.

—¿Cómo?

—Fui víctima de un atraco.

—¿Cuándo?

—Cuando iba a mi apartamento para esconderlo y… bueno, para repartirlo de forma que todos mis huevos no se encontraran en el mismo cesto. Deseaba que alguien me guardase una parte del dinero.

—¿Quién?

—La señora Lawton.

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Lorraine.

—¿Dónde vive?

—Su apartamento está enfrente del mío, no hay más que cruzar el pasillo.

—¿Qué hace?

—No tiene por qué trabajar. Es decir, no desempeña una labor con carácter fijo. Está… estuvo casada.

—¿Cobra una pensión alimenticia?

—Eso creo, sí.

—Lo sabe seguro, ¿verdad?

—Bueno, principalmente, sus ingresos provienen de ahí.

—¿Tiene otros?

—Administra un criadero de truchas en horas libres.

—¿Qué criadero de truchas?

—La «Osgood’s Trout Farm». Hay allí una alberca. Alquilan equipos de pesca y uno va, agarra las truchas que quiere o puede y luego le cobran según las piezas que haya pescado. La señora

Lawton trabaja allí a ratos. Conoce al señor Osgood, el dueño.

—¿Le entregó usted parte del dinero?

—No.

—¿Por qué no?

—Fui asaltada antes de que pudiera verla.

—¿Qué pasó con el dinero?

—Se lo llevó el atracador.

—¿Cómo se llama el edificio de apartamentos?

—Lockard.

—¿Dónde está?

—En la Avenida Lockard.

—¿Qué número tiene su apartamento?

—El quinientos trece.

—¿Quién era el hombre que la atracó?

—Lo ignoro.

—Descríbalo.

—Más bien rechoncho. Creo que tendría unos cuarenta años. Se enmascaraba con un pañuelo que se había puesto alrededor de la cabeza, en la frente, sostenido con el sombrero. El pañuelo le caía por la cara. Había hecho dos agujeros para los ojos. No pude verle más que eso: el sombrero, el pañuelo y los ojos. Comprendí… comprendí que fumaba porque pude percibir olor a tabaco.

—¿Iba armado?

—Sí.

—¿Se llevó el dinero?

—Sí, naturalmente. Me lo arrebató.

—¿Qué le hace pensar que tendría unos cuarenta años?

—Su actitud, la forma en que se movía, su figura, su voz.

—¿Dónde tuvo lugar el asalto?

—En el sitio donde estaciono mi automóvil, en la zona de aparcamiento que hay cerca del inmueble, donde todos los vecinos del edificio solemos dejar nuestros coches.

—¿Deja usted el suyo allí?

—Sí.

—¿Con regularidad?

—Sí.

—¿Tiene vigilante esa zona de aparcamiento?

—No. En realidad, no se trata de una zona de aparcamiento formal. Es un simple solar que pertenece al propietario del inmueble. Éste permite que los inquilinos estacionen allí sus vehículos.

—¿Hay algún cartel a ese efecto?

—Sí. Hay un letrero que dice que aquel espacio puede ser utilizado sólo por los inquilinos del edificio de apartamentos, pero me parece que muy poca gente desearía aparcar allí… Es que el Lockard es el único inmueble grande existente en la vecindad.

—¿Cree que reconocería al asaltante si lo volviera a ver?

—Si se me apareciera con la máscara puesta, *tal vez*…, pero lo dudo. No vi su rostro en absoluto.

—¿Qué estatura tenía?

—Más bien era bajo. Sólo tres o cuatro centímetros más alto que yo.

—¿Corpulento?

—Bueno, razonablemente corpulento, con la… bien; con la corpulencia propia de los cuarenta años.

—¿Rollizo?

—Supongo que lo calificaría así.

Tragg hundió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo en el que se habían practicado dos agujeros. Se colocó el pañuelo sobre la frente, se encasquetó mal el sombrero para que sostuviese el pañuelo, de forma que los agujeros de éste quedasen a la altura de los ojos.

—¿Una cosa así? —preguntó.

Nancy Banks dejó escapar un pequeño chillido.

—¿Le recuerda algo?

—Tiene el mismo aspecto… *exactamente* el mismo aspecto de aquel hombre.

—Bueno, yo no cometí el atraco —dijo Tragg—. Para su buen gobierno, he de informarle que este pañuelo estaba en uno de los bolsillos del cadáver.

—¡Oh! —exclamó la joven—. ¡Oh!…

Tragg puso mucho interés en el tono de la exclamación.

—¿Sorprendida?

—Sí.

—¿No cree que el muerto fuese el atracador?

—No… no se me ocurrió.

—Pero, ¿pudo haber sido?

—Sí.

—Bien. Conque abandonó el edificio de apartamentos y regresó aquí, al motel, ¿no?

—Sí.

—¿Y el muerto estaba ahí?

—Bueno, no… no es tan sencillo. No lo encontré hasta…

—¿Estaba ahí?

—Lo supongo, sí.

—¿Cuándo lo descubrió?

—No… no sé con exactitud qué hora era, pero llamé a Paul Drake, el detective, antes de encontrarlo. Se me había dicho que podría ponerme en contacto con el señor Mason durante la noche a través de la Agencia de Detectives Drake.

—Conque llamó.

—Sí.

—¿Desde el motel?

—No, desde una cabina pública que hay al borde de la carretera.

—¿Obtuvo respuesta?

—Sí, hablé personalmente con el señor Drake. Le dije que tenía que ver al señor Mason para un asunto de suma importancia.

—¿Por asunto de suma importancia entendía usted el atraco?

—Sí.

—¿No pudo ponerse en contacto inmediato con el señor Mason?

—No.

—¿Cuánto tardó?

—Me parecieron horas.

—¿Más de una hora?

—Más.

—¿Dos horas?

—Lo ignoro. Pero no creo que llegase.

—¿Dónde estuvo usted durante todo ese tiempo?

—En la cabina telefónica.

—¿Dónde se encuentra esa cabina?

—En una gasolinera.

—¿Dónde?

—Ignoro la dirección.

—¿La gasolinera estaba abierta o cerrada?

—Cerrada.

—Podría encontrar esa estación de servicio?

—Creo que sí. Estaba en la carretera, entre el motel y mi apartamento. Me parece que es muy probable que vuelva a dar con ella.

—¿Qué sucedió luego?

—Al cabo de un rato, el señor Mason llamó a la oficina del señor Drake y recibió mi recado. Después llamé al señor Drake y me dijo que el señor Perry Mason ya había salido.

—Así que el señor Mason salió.

—Sí.

—Y usted le habló del cadáver.

Nancy Banks titubeó.

—¿Y bien? —insistió Tragg.

—No —confesó la muchacha—, en seguida, no.

—¿Por qué no en seguida?

—Después de hallar el cadáver salí de la unidad y esperé apostada en un punto desde el que podía vigilar. Quería que el señor Mason encontrase el cuerpo. Deseaba fingir ante él que… Oh, no sé qué quería… proporcionarme una coartada, supongo…

—¿Temió convertirse en sospechosa?

—Yo… yo, la verdad, no sabía que pensar. Me dominó el pánico.

—¿Por qué?

—Póngase usted en su piel, teniente —intervino Mason—. Está en un motel, encuentra un cadáver y…

—Me estoy poniendo en su lugar —le interrumpió Tragg—. También voy a formularle algunas preguntas a *usted* más adelante. Es posible que no tenga las manos tan limpias como cree. Es posible que en este caso haya ángulos de los que usted no tiene ni idea. Es posible que… En fin, sigamos, señorita Banks, ¿qué le hizo a usted pensar que podía convertirse en sospechosa?

—Pues el hecho de que el muerto y yo no simpatizábamos mutuamente.

—¿A causa de qué?

—Por el modo en que trataba a Rodney.

—¿Rodney es su hermano?

—Sí.

—¿Fremont había logrado que arrestasen a su hermano de usted, acusándole de desfalco?

—Sí.

—¿Conocía usted a Fremont?

—Sí, naturalmente.

—¿Y había hablado con él muchas veces?

—Sí.

—¿Trabajó para él?

—Sí.

—¿Se marchó usted o fue despedida?

—Me marché yo.

—¿Por qué?

—Razones personales.

—Descubrió el cuerpo de Fremont bajo la ducha de su cuarto de baño —dijo Tragg—. La dominó el pánico y telefoneó a Mason. Luego salió y aguardó fuera a que llegara el abogado. ¿Qué otra cosa hizo mientras esperaba?

—Pues… sólo esperar, eso es todo… Pero no había hallado el cadáver cuando telefoneé primero. Está consiguiendo que me haga un lío. Llamé por teléfono a causa del atraco. Para hablar de eso necesitaba ver al señor Mason. Y entonces, cuando se me dijo que iba a venir a verme al motel, me llegué allí para recibirle. Luego descubrí el cadáver y salí a apostarme en algún sitio desde donde pudiera observar la llegada del señor Mason.

—Un momento, quédense donde están —dijo Tragg—. Permanezcan ahí los dos.

Se encaminó al interior de la unidad del motel y regresó con un trozo de cartón rasgado, que colgaba de un bramante. El bramante iba enrollado en torno al dedo índice.

—¿Ha visto esto antes? ¿Sabe qué es? ¿Sabe para qué se utiliza? —inquirió, mirando a Nancy Banks.

La muchacha sacudió la cabeza.

—Pues… yo…, yo…

Se le quebró la voz y se quedó silenciosa. Mason contempló a la

chica con mirada aguda. El rostro de Nancy Banks aparecía tenso y pálido, desorbitados los ojos por el pánico.

—Creo que ya ha habido suficiente interrogatorio, Tragg —manifestó el abogado.

El teniente Tragg sonrió.

—La respuesta a la pregunta va a hacer pupa, ¿eh?

—No he dicho eso.

—Lo digo yo y el semblante de su cliente lo demuestra —dijo Tragg—. ¿Sabe qué es esto, señorita Banks?

—La joven meneó la cabeza.

—No conteste, Nancy —aconsejó Mason—. Es a todas luces evidente que el susto producido por el descubrimiento del cadáver en su cuarto del motel, la tensión a que ha estado sometida en el curso de las últimas horas, ha sido demasiado para su capacidad de resistencia. Está a punto de desmayarse. Voy a tener que insistir en que se suspenda este juego de preguntas y respuestas.

Tragg esbozó otra sonrisa.

—Está bien, Perry. Yo no he estado sometido a tanta tensión durante las últimas horas y puedo contestar a la pregunta. Les diré qué es esto. Se trata de parte de un recipiente de hielo seco.

»Para que lo sepan, se llevó a cabo un intento para alterar la hora de la muerte. Quienquiera que matase a Marvin Fremont deseaba crear cierta confusión respecto a ese dato y empaquetó el cadáver en hielo seco. Después, cuando el cuerpo quedó congelado por la acción del hielo seco, intentó retirar todos los recipientes, haciéndolos desaparecer, al objeto de que la policía creyese que el asesinato fue cometido unas cuantas horas antes.

»Sin embargo, el asesino o la *asesino* se le pasó por alto este trozo de un recipiente de hielo seco, que ha sido hallado *debajo* del cadáver. Salta a la vista que el cartón se rasgó cuando el envoltorio de hielo seco fue retirado; no obstante, ha quedado suficiente impresión en el receptáculo de hielo seco para mostrar parte de la etiqueta, y cuando encontremos el otro trozo del recipiente original, podremos encajar la pieza en su sitio correspondiente.

»A propósito de eso, es probable que de todas formas hubiésemos entrado en sospechas, ya que el piso de la ducha se manifestaba positivamente frío al tacto (helado, quiero decir),

aunque este fragmento de recipiente de hielo seco remacha la cuestión.

»Ahora permítame que les diga lo que esto significa, y usted, señorita Nancy Banks, podrá meditar a fondo. Significa que el asesinato fue planeado deliberadamente. Significa que fue un crimen premeditado, que se llevó a cabo con diabólica ingenuidad.

»Y este receptáculo, del que su cliente, mediante un movimiento de cabeza, ha dicho no saber nada, señor Mason, constituye algo que revela lo sucedido. Ahora, si encontramos las huellas dactilares de su cliente en este receptáculo del que ha dicho no saber nada…

—Aguarde un momento —intervino Mason—, no ponga palabras en boca de mi cliente para falsear la situación. Ella no dijo nada de esa especie.

—Sacudió la cabeza negativamente —recordó Tragg.

—No sacudió la cabeza como respuesta a la pregunta de si sabía algo acerca de eso. Usted le preguntó si sabía qué era y para qué se utilizó, y ella sacudió la cabeza.

—Bueno ahora tiene ocasión de decir que sí o que no —repuso Tragg—. Le formularé la pregunta, señorita Banks. ¿Ha visto antes este recipiente? ¿Lo ha tocado?

—Ya le dije que no contestará a más preguntas —replicó Mason.

—Puede menear la cabeza afirmativamente o negativamente. Eso no representa mucho esfuerzo —propuso Tragg.

Mason pasó un brazo en torno a los hombros de Nancy.

—Recuéstese en el asiento, Nancy —aconsejó—. No mueva la cabeza para negar ni para afirmar, no trate de responder a ninguna pregunta, no deje que la confundan. Ésta es la técnica rutinaria que la policía emplea normalmente, cogen a una jovencita en el momento en que se encuentra emocionalmente alterada y la obligan a incriminarse. Todo lo que tiene que hacer ahora es tranquilizarse y no contestar preguntas. No sacuda la cabeza, no diga que sí ni que no, ni siquiera tiene que parpadear. Cuando esté en posesión de todas sus facultades y sea por completo dueña de sí misma, concederemos al teniente Tragg una entrevista y responderá usted a todas las preguntas que él quiera. Hasta entonces, no pronunciaremos una sola palabra.

El teniente Tragg sonrió.

—Espere a ver si encontramos una de las huellas digitales de la muchacha en el recipiente. Entonces se enterará usted, señor abogado, de con quién se juega los cuartos.

»Pero le diré ahora una cosa, señor Perry Mason: Por lo que a mí concierne, no tendrá usted respuesta alguna a la posible pregunta de si hay huellas dactilares. No lo sabrá hasta que el caso se presente ante los tribunales. Entonces, si requiere convocar a su cliente en el estrado de los testigos para que pronuncie una negativa, se preguntará qué carta marcada tiene el ministerio fiscal; ignorará si es un as o un dos.

»Y puesto que no desea que su cliente responda a más preguntas, puesto que presiente que la muchacha se encuentra emocionalmente alterada y que cualquier intento de interrogarla constituye una demostración de la brutalidad de la policía, permítame advertirle que no existe necesidad alguna de que su cliente permanezca aquí más tiempo. Puede usted llevarla a su apartamento, a un motel o a donde le plazca.

»Lo único que pido es que mañana se encuentre a nuestra disposición para reanudar el interrogatorio. No nos gustaría que hiciese algo que la incapacitara en tal sentido, ya que podríamos tomarlo por evidencia de huida. Usted tampoco querrá eso, ¿verdad, señor Mason?

Tragg les obsequió con una sonrisa benévola, giró luego sobre sus talones y se encaminó de nuevo al motel.

Capítulo 8

Mason volvió la cabeza hacia Nancy Banks.

—Por favor, señor Mason —gimió la muchacha—, *por favor*, lléveme lejos de aquí. Condúzcame a algún sitio donde no puedan encontrarme durante cierto tiempo.

Mason puso el automóvil en marcha, salió de los terrenos del motel a la carretera y avanzó sin rumbo fijo, en medio de la corriente del tránsito.

—¿Tiene ganas de hablar, Nancy? —preguntó.

—No.

—Me temo que va a tener que hacerlo. Antes de que la policía la interrogue de nuevo, he de llegar a un completo entendimiento con usted. ¿Se da cuenta de lo que ocurriría si me engañase? Cometeré errores en mis actos. En vez de evitarle a usted disgustos, le acarrearé más conflictos. Han cebado una trampa y quiero que se haga cargo de la gravedad de la situación.

—No podría ser más grave —dijo la muchacha, y se echó a llorar.

—Un momento, un momento —pidió Mason—. Guarde las lágrimas para después. No puede permitirse el lujo de relajarse y llorar en estos instantes. Su organismo ha de mantenerse en funciones como un reloj y ha de continuar así hasta que me haya contado la verdad. ¿Qué hay del hielo seco?

—No tengo la menor idea.

—Está mintiendo —acusó Mason.

—No se fía de mí —gimió la muchacha—. Nadie confía ya en mí. Para lo que le importo a los demás, lo mismo puedo volarme la cabeza.

—Ya sé que ha tenido que soportar una barbaridad, Nancy —

dijo Mason en tono paciente—, pero me ha hecho una jugarreta y trató de engañar a la policía. No puede irse de rositas después de eso.

»Creo que sabe algo acerca del hielo seco. Le diré lo que *opino*. Me parece que está tratando de proteger a su hermano. Creo que supone que su hermano mató a Marvin Fremont e intenta cubrirle. Creo que trata de hacer creer que Fremont llevaba muerto más tiempo de lo que era el caso. Creo que le gustaría que pareciese que Fremont resultó muerto mientras su hermano se encontraba en la cárcel. Eso proporcionaría a Rodney Banks una coartada a toda prueba.

—¿Qué le induce a pensar tal cosa? —preguntó Nancy Banks.

—Sencillamente —respondió Mason—, que cuando nos encontramos en la cabaña, sus manos estaban heladas. No hubieran podido estar más frías si usted hubiese manejado hielo seco momentos antes.

—¡Pero, señor Mason, ha debido volverse loco…! ¿Por qué iba yo a hacer algo semejante? Jamás oí cosa parecida! Me refiero a la idea que le impulsa a formularme tal acusación. ¿No sabe que cuando una mujer se ve dominada por los nervios, alterada y asustada, sus manos y sus pies se quedan fríos? Santo Dios, si cree que mis manos estaban frías, debió haber sentido mis pies.

—Nancy —dijo Mason—, no voy a perder tiempo con usted, por la sencilla razón de que no dispongo de tiempo que perder. Tengo que advertirle de que hay algo malo, muy malo en su versión de los hechos, relacionados con las pruebas, y debo decirle también que está subestimando a la policía.

—¿Cómo puedo subestimar a la policía?

—Son mucho más listos de lo que usted supone y conozco lo bastante a Tragg como para saber que nos está poniendo una trampa.

»Cree que vamos a hacer algo, algo que nos pondrá limpiamente en sus manos… Y ahora, ¿qué sabe usted acerca del hielo seco?

—Poco, muy poco. ¿Por qué?

—Ese trozo de cartón que tenía Tragg —dijo Mason—. No pude ver todo lo que iba impreso en él, pero distinguí parte de una letra C y una O entera. Y Tragg nos dice que el fragmento de cartón

procede de un paquete de hielo seco. No me siento inclinado a poner su palabra en tela de juicio. No creo que nos mintiera.

Con un súbito arrebato temperamental, la muchacha exclamó:

—¡Ese maldito hielo seco!

—¿Qué pasa con él? —preguntó Mason—. ¿Qué tiene de particular para que usted se salga de sus casillas? Le afectó mucho. En cuanto Tragg lo sacó a relucir, usted estuvo a punto de desvanecerse.

—Está bien —articuló Nancy cansinamente—. Me parece que tendré que confesarle la verdad.

—Puede que sea lo mejor —afirmó Mason—. Anduvo manejando el hielo seco, ¿no?

La muchacha titubeó unos breves segundos, antes de reconocer:

—Sí.

—¿Por qué lo puso allí?

—No lo puse.

—Pero sabe algo del asunto.

—Sí.

—¿Lo tocó?

—Señor Mason —explicó Nancy—, cuando vi el cadáver por primera vez, estaba recubierto de hielo seco y… Bueno, había diez recipientes en torno al cuerpo: encima de la ropa, dentro de la chaqueta, debajo de las piernas…

—¿Qué hizo usted?

—Le llamé por teléfono y luego retiré los recipientes de hielo seco, los puse en mi automóvil y me alejé frenéticamente, en busca de algún sitio donde desembarazarme de ellos… Bueno, encontré una acequia y los arrojé allí. Después volví al motel para esperarle, pero al llegar resultó que ya estaba aguardándome usted.

—Vuelve a mentir —señaló Mason—. No tenía intención de contarme su descubrimiento del cadáver. Pretendía que fuese yo quien lo hallara.

—Exacto —confesó Nancy—. Seré franca con usted respecto a eso, señor Mason, pero le estoy diciendo la verdad en lo que se refiere al hielo seco.

—¿Qué hay en eso tan terriblemente comprometedor? —preguntó Mason—. ¿Por qué no llamó a la policía, les informó de la

presencia allí del cadáver y dejó que fuesen ellos quienes encontrasen el hielo seco?

—Porque eso me habría señalado directamente a mí.

—¿En qué sentido?

—Yo, yo…

—Vamos, adelante —animó Mason—. Ábrame su corazoncito.

—Se trata de un comentario necio que pronuncié, señor Mason. Hace una semana, estábamos hablando un grupo de personas acerca de asesinatos y alguien dijo que la policía era capaz de determinar la hora en que tuvo efecto cualquier homicidio, basándose en la temperatura del cadáver.

»Aseguré que una persona podía engañarlos mediante el empleo de hielo seco y dije que esa persona podría cometer el crimen perfecto preparándose una coartada, envolviendo el cadáver en hielo seco durante un par de horas, para que cuando la policía encontrase el cuerpo supusiera que la hora de la muerte había tenido lugar cuatro o cinco horas antes de lo que era el caso.

—¿Quién la oyó expresar esas teorías? —inquirió Mason.

—Todo el grupo. Bromearon a mi costa.

—¿Quienes formaban parte de ese grupo?

—Mi hermano, Lorraine, la administradora de los Apartamentos Lockard, su amigo, algunas amistades de Lorraine y otro hombre llamado Halstead, que es el gerente-contable de la firma de mi hermano y al que acompañaban también algunos amigos. Estábamos tomando un trago.

—¿Cómo fue que se le ocurrió pensar en el hielo seco?

—Porque lo utilizan en el criadero de truchas y a veces voy allí con Lorraine y Rodney.

—¿Rodney mantiene relaciones amistosas con Lorraine?

—Sí.

—¿Muy íntimas?

—No se lo he preguntado… no puedo saberlo. Supongo que… bastante amistosas.

—¿Dónde se hospeda su hermano?

—Tiene un pisito de soltero en los Apartamentos Lockard.

—¿Y tiene también una llave del piso de Lorraine?

—No podría afirmarlo. Se pasa allí mucho tiempo.

Mason suspiró.

—Está bien, Nancy. Tengo noticias para usted. Lo primero que hace la policía en casos como este es empezar a inspeccionar acequias y cloacas. La experiencia ha demostrado que los criminales las utilizan como escondite favorito.

—¡Santo cielo! ¿No podríamos… no podríamos ir a recuperar esos recipientes de la acequia?

—No podemos —replicó Mason—. Nos sorprenderían a los dos con las manos en la masa. Lo más probable es que el teniente Tragg haya telefoneado ya a la Jefatura de Policía y que estén registrando las acequias en estos instantes. Puede usted tener la certeza de que, si nos ha soltado sin insistir en su interrogatorio, ello significa que lo tenía todo preparado para que nosotros nos metiésemos de cabeza en la trampa. Nos proporcionó la cuerda y ahora está esperando a ver si nos la liamos alrededor del cuello y nos colgamos por nuestra propia cuenta. La situación, pues, es grave, pero no vamos a empeorarla con nuestros actos.

»Vamos, Nancy, la llevaré al punto donde está su automóvil y entonces se irá a casa. Se pondrá en contacto con su vecina Lorraine Lawton, y pasará la noche en su compañía. Insisto en que esa señora *permanezca* con usted. Va a tener que dar cuenta de todo su tiempo. Va a tener que ponerse en condiciones de jurar que usted no abandonó su apartamento ni durante un segundo, a partir del momento en que entre en él. La seguiré por el camino, para comprobar si alguien más trata de hacer lo mismo. Si enciendo y apago las luces de los faros rápidamente, eso significará que alguien pretende seguirla. En ese caso detenga su coche al borde de la carretera y, cuando yo me ponga a su altura, suba a mi automóvil. La conduciré a su apartamento y me quedaré a su lado hasta que podamos contar con Lorraine.

—Esos paquetes de hielo seco… ¿van a…?

—Se lo expondré con toda sinceridad —dijo Mason—. Si hace usted el menor esfuerzo para recoger esos recipientes, se habrá hundido tan profundamente que jamás me será posible sacarla a flote.

»Veamos ahora. ¿Qué me dice del pañuelo? Era exactamente de la misma clase del que se utilizó para el atraco. ¿Cree que Marvin

Fremont tramó y puso en práctica ese asalto?

—Señor Mason, no sé qué pensar.

—La persona que la atracó, ¿pudo haber sido Marvin Fremont?

—Sí, pudo serlo.

—¿Cuánto tiempo hace que se cometió el atraco? ¿Puede decirme la hora que era, aproximadamente?

—Debió ser… calculo que hace dos o tres horas. Mi noción del tiempo deja mucho que desear. Tengo reloj, pero nunca funciona. Casi siempre me olvido de quitármelo de la muñeca cuando voy a la ducha.

—¿Y cuánto tiempo había transcurrido desde que usted fue a la cabaña y descubrió el cadáver?

Nancy Banks titubeó.

—Vamos —insistió Mason—. Quiero la verdad.

—Fue algo así como… supongo que unos veinte minutos antes de que llegase usted.

—En otras palabras —resumió el abogado—, después de enterarse de que yo estaba en camino, fue cuando cogió los recipientes de hielo seco y salió a arrojarlos a la acequia, ¿no?

—Sí.

—Confiemos —articuló Mason— en que no haya dejado huellas dactilares en ese cartón.

—No pueden encontrar huellas dactilares en el papel, ¿verdad?

—Parece estar muy enterada de los procedimientos policiacos y de la detección criminal —comentó Perry Mason.

—Me gusta leer relatos de misterio —repuso Nancy—. No sé por qué, pero el crimen siempre me ha parecido fascinante. Leo muchas revistas con historias de detectives.

—Está bien —dijo Mason—. Tengo información para usted. Es difícil conseguir huellas dactilares del papel bajo determinadas circunstancias. Depende del papel y de las circunstancias, pero existe una nueva técnica, utilizada actualmente, mediante la cual se revelan las huellas del renique y se hace posible obtenerlas del papel.

»Esos aminoácidos desarrollan una acción retardada con la superficie del papel y a veces se pueden conseguir huellas dactilares, y muy buenas, inclusive varios años después de que los

dedos hayan tocado el papel.

»El viejo método consistía principalmente en colocar el papel en un recipiente lleno de vapores de yodo y tratar de revelar así las huellas. Los resultados no siempre eran satisfactorios y resultaba un procedimiento difícil. Por eso se extendió la impresión de que rozaba lo imposible el conseguir huellas dactilares. Pero con esta nueva técnica de los aminoácidos, es muy posible obtenerlas.

—No lo sabía —dijo Nancy Banks.

—Si encuentran esos recipientes de hielo seco —continuó Mason — y descubren en ellos sus huellas dactilares, va a resultarle mortal si trata de explicarles lo sucedido y será igualmente mortal si se niega a darles esas explicaciones.

—¿Quiere decir que me encuentro en un apuro serio?

—Quiero decir que está en un apuro más que serio —replicó el abogado—. Y ahora le diré algo más.

—¿Qué?

—Creo que sigue mintiéndome. Creo que intenta proteger a alguien, probablemente a su hermano.

—Señor Mason, lo que intento es contarle la verdad.

—Está bien. No voy a discutir con usted. Voy a advertirle de nuevo que el teniente Tragg ha tendido una trampa y espera que usted subestime a la policía y se dirija en línea recta al fondo de esa trampa. Insisto en que no debe menospreciar a la policía. Son mortíferos, son hábiles, son listos, son inteligentes y, por encima de todo, son tenaces.

»Ahora la conduciré de regreso al motel. La dejaré en su automóvil. Se pondrá en camino hacia su apartamento. Yo iré detrás de su coche.

»No creo que al teniente Tragg se le ocurriese la idea de que yo iba a permitirle conducir su vehículo. No lo sé. Creo que pensó que la llevaría directamente a su apartamento o que quizás tengo intenciones de esconderla en alguna parte.

»La llevaré al sitio donde se encuentra su coche y luego marcharé en pos de usted. Probablemente me mantendré a unos cuatrocientos metros de distancia. Si alguien me adelanta y se interpone entre nuestros dos vehículos, comprobaré si están siguiéndola, en cuyo caso adelantaré a mi vez al intruso y

encenderé y apagaré mis faros varias veces.

»Entienda bien esto, Nancy. Si observa que mis luces parpadean, significará que la siguen. En tanto mis faros continúen encendidos normalmente ello querrá decir que nadie se ha acercado lo bastante como para seguirla. Y si esto sucede, *puede* significar que no sospechan de usted tanto como me temía.

»Ahora bien, si usted no está bajo sospechas es porque la policía ha descubierto algún indicio que señala a alguna otra persona. Pero no podemos estar seguros de eso hasta que haya transcurrido un buen espacio de tiempo. Le aclaro todo esto para que no pierda el sueño, pase noches en blanco, se ponga nerviosa y se convierta en una ruina a causa de preocupaciones por lo que pueda suceder.

»Si la policía no intenta seguirla, será un síntoma tranquilizador, y si nadie ha tratado de ir detrás de nosotros en el trayecto hasta su apartamento, me parece que podremos contar con el hecho de que han descubierto alguna prueba que apunta hacia alguna otra persona. Así que entonces procurará regalarse con una noche de sueño reparador.

—Señor Mason —dijo Nancy—, no encuentro palabras para expresarle mi gratitud.

—Lo mejor que puede hacer —repuso el abogado—, es contarme la verdad y cumplir mis instrucciones.

»Quedamos, pues, en que regresaremos al punto donde se encuentra su automóvil y que se dirigirá a su apartamento. Me encargaré de que se ponga a salvo allí y entonces avisaremos a Lorraine, para que arregle las cosas de forma que pueda responder de cómo emplea usted cada minuto de su tiempo, a partir del instante en que se haga cargo de su persona.

—Muy bien —accedió Nancy, con un hilo de voz inquieta.

—Y —añadió Mason—, tengo que telefonear a Paul Drake e informarle del asesinato. Vamos a necesitar su ayuda.

Capítulo 9

Mason dejó que Nancy tomara la delantera y luego emprendió la marcha detrás de la joven y conservó una distancia adecuada, al tiempo que observaba minuciosamente por el espejo retrovisor, para comprobar si alguien les seguía.

No vio a nadie.

Había poco tránsito por aquella carretera, pero Mason sabía que, tres kilómetros más adelante, desembocarían en una autopista de mayor circulación. Y siempre existía la posibilidad de que Tragg tuviese estacionado a un funcionario en el empalme, con el encargo de que emprendiese la caza.

Las luces traseras del automóvil de su cliente se perdieron de vista al doblar una curva. Mason se mantuvo rezagado, vigilando la retaguardia. Empezó a especular sobre si la trampa de Tragg tendría algo que ver con la sombra que estaría aguardando dentro de un coche, en el cruce de la autopista.

El abogado aceleró, dobló la curva y alargó la mirada por la recta siguiente, buscando las luces posteriores del automóvil de Nancy Banks.

Al no verlas, el abogado oprimió el pedal del acelerador y miró de pasada el salto que dio la aguja del cuenta kilómetros.

A ochocientos metros del cruce, el abogado divisó por delante de él las luces traseras que buscaba y observó que se encendían las del freno, al llegar el vehículo a la señal de ceda el paso. Después, las luces fueron engullidas por el torrente de la circulación de la autopista.

Mason no tuvo tanta suerte. Al verse obligado a detener su automóvil del todo en la intersección, transcurrieron cerca de diez minutos antes de que pudiera reanudar la marcha e introducirse en

la corriente del tránsito, que por entonces era una masa de luces traseras imposibles de distinguir.

Mason continuó por la autopista hasta llegar al desvío que conducía a la avenida Lockard. Torció por la corta calle, rumbo a los Apartamentos Lockard.

No logró dar con un sitio donde estacionar su vehículo cerca del inmueble de apartamentos y frenó a dos manzanas del edificio. Recorrió a pie esas dos manzanas, llamó al apartamento de Nancy Banks y no obtuvo respuesta. Encontró el nombre de Lorraine Lawton en la misma lista y apretó el botón correspondiente al apartamento quinientos doce. Se llevó el auricular del teléfono interior al oído y aguardó.

Al cabo de un momento, oyó una atractiva voz femenina, que decía:

—Aquí la señora Lawton. ¿Quién es, por favor?

—No sé si ha oído hablar de mí —dijo el abogado—, pero soy Perry Mason. Se me contrató para…

—Oh, sí. Desde luego, señor Mason.

—¿Está Nancy Banks con usted?

—No, no está. ¿Desea usted subir?

—Esperaba que Nancy Banks se encontrase aquí a mi llegada. Aguardaré en la puerta un par de minutos y luego subiré con ella.

—Ah, estupendo. Me gustaría verle y… tengo algunas cosas que decirle.

—Tal vez sea mejor que suba antes de que Nancy llegue —aventuró Mason.

—¿Por qué no? Se pondrá en contacto conmigo tan pronto se presente. Mi apartamento está enfrente del suyo.

—Subo, pues —dijo Mason.

—Apéese del ascensor en el quinto piso y avance por su izquierda. La de mi apartamento es la puerta que hace el número cuatro.

—Lo encontraré —respondió Mason.

Con el ceño fruncido pensativamente, el abogado tomó el ascensor hasta la quinta planta, caminó pasillo adelante, por la izquierda, y en el preciso momento en que llegaba al apartamento quinientos doce, se abrió la puerta de éste y una bonita rubia, joven

y de azules pupilas, le sonrió desde el umbral.

—¿Señor Mason?

—El mismo.

La mujer le tendió la diestra.

—Soy Lorraine Lawton. Pase, por favor.

—Espero que Nancy llegue de un momento a otro —dijo Mason—. La verdad es que no comprendo cómo es que no está aquí ya. ¿No ha tenido noticia alguna de ella?

Lorraine Lawton denegó con la cabeza.

—No sé qué puede haberle pasado —continuó Mason—. Debió llegar hace varios minutos.

—¿Actúa usted como abogado de Rodney, señor Mason?

—No, de Rodney, no —contestó Mason—. En este momento, actúo como abogado de Nancy.

—¿Para qué necesita *Nancy* un abogado?

—Bueno —informó Mason—, entre otras cosas, contrató mis servicios para que tramitase el pago de la fianza de Rodney.

—¿La fianza de Rodney?

—Sí.

—¿Quiere decir que ha podido pagar esa fianza? ¿Recibió un bono?

—Prefiero que sea ella quien le cuente esos detalles —dijo Mason—, ya que se presentará en seguida, pero, en términos generales, la situación está así. Supongo que es amiga íntima de la muchacha, y también de Rodney, ¿no?

—Cielos, sí, señor Mason, Nancy no tiene secretos para mí… no me ocultaría nada. Puede contármelo todo con entera libertad. Confío en que pueda sacar a Rodney. Cada vez que me acuerdo de que está en la cárcel… Bueno, se me pone la carne de gallina.

—Rodney está ya fuera de la cárcel.

—¿De veras? ¡Pero si no me ha avisado siquiera! —la mujer hizo un pucherito y añadió al cabo de un momento—. ¡El muy nauseabundo!

—Probablemente no tardará en ponerse en contacto con usted —dijo Mason—. Es posible que tuviese cosas que hacer.

—Ese hombre, Fremont —manifestó la señora Lawton—, es en mi opinión el sujeto más despreciable del mundo. Un sinvergüenza

que está decidido a arruinar a Rodney. No creo que un hombre pueda trabajar para otro, a menos que tenga razones para respetarle y considerarle superior en algún aspecto. Según mi criterio, tienen que ejercerse influencias perniciosas sobre todo aquel que se coloca en situación servicial respecto a un individuo que es… bueno, un indeseable.

—¿Le conoce? —preguntó Mason.

—¿A Marvin Fremont? Diría que le conozco.

—Quisiera preguntarle unas cuantas cosas acerca de Nancy —dijo Mason—. ¿Sabe algo sobre hielo seco? ¿Está usted enterada? ¿Tuvo ocasión Nancy de utilizarlo?

Lorraine se echó a reír.

—Cielo santo, señor Mason, el hielo seco está a la vuelta de la esquina.

—¿Qué quiere decir?

—Bien —explicó la mujer—. Tengo una especie de trabajo. No se trata de un empleo fijo. Puedo desempeñar mi labor siempre que lo desee y me pagan por horas. Ayudo a administrar el Criadero de Truchas Osgood. Y, naturalmente, allí tenemos hielo seco.

—¿Puede hablarme un poco más sobre eso? —pidió Mason.

—Bueno, es probable que haya visto usted el cartel. Hay un camino que parte de la autopista. Dice: «Criadero de Truchas Osgood a cuatrocientos metros. No se necesita poseer licencia de pesca. Todas las truchas que quiera. Se garantiza una buena pesca».

»Bien, la gente acude allí, les entregamos los avíos, van a los estanques, pescan lo que desean y luego les cobramos de acuerdo con las piezas que sacan.

—¿Siempre pescan cuanto quieren? —preguntó Mason.

—Todo lo que desean —repuso Lorraine Lawton—. Hay media docena de lagos, unidos entre sí por un riachuelo y siempre mantenemos las aguas provistas de truchas. Naturalmente, las truchas están bien alimentadas y domesticadas. Cuando ven a una persona que se acerca a la orilla, creen que eso significa que se les va a dar más comida y acuden para dar cuenta de ella. Lo que no comprenden los pobres animalitos es que a veces esa comida está en un anzuelo. Cuando se quieren dar cuenta ya es demasiado tarde: se ven extraídas del agua y lanzadas al cesto del pescador.

—¿Y usted dirige el negocio?

—Bueno, se trata de un acuerdo muy peculiar. Hay tres o cuatro muchachas que actuamos de reclamo. Nos pagan por horas, cuando trabajamos, que es, en especial, los sábados y domingos.

—¿Qué significa eso de reclamo? —inquirió Mason.

Lorraine Lawton rompió a reír.

—Nos ponemos trajes de baño espectaculares, de los que llaman la atención de veras, y nos colocamos en sitios visibles desde la carretera, cerca de la entrada al criadero. Llevamos caña y cesto de pescador y procuramos pasearnos por el lugar.

»A veces, nos ponemos falda y blusa encima del traje de baño, de forma que el cliente no vea este último. Nos calzamos botas, nos adentramos por el agua, fingimos que se nos moja la falda, soltamos grititos, nos levantamos las faldas y enseñamos parte del muslo, con gran alborozo de la parroquia.

»Y claro, en ocasiones, el señor Osgood tiene que ausentarse del criadero y nos deja a nosotras la administración del negocio, mientras él está fuera. Después de todo, no hacen falta grandes conocimientos para regir aquello. Todo se reduce a atender al cliente que llega y a cobrar luego los peces que se lleva. Si las piezas tienen cierta longitud, cobramos a tanto la trucha. Cuando éstas son demasiado grandes, se aplica una tarifa por peso.

—Estábamos hablando de hielo seco —recordó Mason.

—Ah, eso es parte del negocio. Tenemos una reserva de hielo seco, que guardamos en pequeños recipientes de cartón, hechos especialmente para nosotros y que están en un almacén. Cuando los clientes quieren llevarse a casa las truchas, les vendemos también hielo seco para conservarlas.

Volvió a echarse a reír y dijo:

—Le sorprendería, señor Mason, saber cuántos pescadores de truchas confían en nosotros. Tenemos clientes asiduos. Salen para realizar una excursión de pesca por las montañas y no tienen suerte. A su regreso, como conocen el criadero, hacen un alto allí y, créame, es un buen negocio. No lo consideran un deporte y tampoco entran en el criadero en plan deportivo. Simplemente, se acercan a la orilla del agua y van sacando los peces uno detrás de otro. Después, hacen el correspondiente recuento, adquieren el

hielo, se marchan a su casa y refieren a sus esposas y amigos lo maravillosamente que se les ha dado la jornada de pesca y lo diestros que son en el arte de la pesca con caña.

—¿El hielo seco está encerrado con llave? —preguntó Mason.

—Oh, todo está cerrado con llave durante la noche y primeras horas de la mañana, sí.

—Pero usted tiene llaves.

—Sí.

—¿Y Nancy?

—Creo… creo que también.

—¿Ha estado trabajando allí con usted?

—Sí, tiene una preciosa figura en traje de baño y es una actriz estupenda, sabe fingir como nadie el jueguecito ese de pretender que se le moja la falda cuando va por el agua. Los hombres se la comen con los ojos desde las orillas, salen a relucir las máquinas fotográficas y tendría usted que verla reír y enseñar las piernas con las faldas levantadas todo lo que puede, sin que el fotógrafo vea el traje de baño que lleva la chica debajo. Como es lógico, algunos lo vislumbran, pero todos lo toman como una broma. Nancy es muy popular. Señor Mason, le invito a tomar una copa.

—No, gracias —declinó el abogado, al tiempo que echaba un vistazo a su reloj de pulsera—. Estoy preocupado por Nancy y además, me encuentro de servicio.

—Pero, ¿por qué está preocupado por Nancy?

—Quedamos en encontrarnos aquí.

—Bueno, no se inquiete, tiene una noción del tiempo realmente fatal, se lo aseguro, señor Mason. Se conviene una cita con ella y lo mismo puede presentarse quince minutos que una hora después. Yo no me preocuparía porque no llegase en el momento acordado.

—Esto es algo distinto a una cita —dijo Mason—. Quedamos en que vendría hacia aquí y que yo la seguiría.

—Puede que haya sufrido un pinchazo.

—No vi ningún automóvil parado junto a la cuneta a causa de tal avería —dijo Mason—. ¿Dónde está el Criadero de Truchas Osgood?

—Oh, ahí abajo… Creo que tengo un mapa. Le señalaré el lugar. Es un mapa a gran escala e incluye las indicaciones precisas para

llegar allí, así como las instalaciones auxiliares del lugar.

—¿Hay instalaciones auxiliares?

—Un bar —explicó Lorraine— en el que se sirven comidas rápidas, cerveza y bebidas flojas, eso es todo. Pero hay un motel a cosa de dos kilómetros, un buen motel. Lo recomendamos. Aquí está el mapa.

—¿Cómo se llama? —preguntó Mason, mientras empezaba a desdoblar el mapa impreso—. Me refiero al motel.

—El Foley.

—Comprendo.

El rostro del abogado se mantuvo impasible.

Anduvo hacia la ventana, miró a través del cristal, hizo luego una pausa junto a la mesa y comentó:

—Veo que tiene aquí un montón de revistas detectivescas, de las que cuentan crímenes verídicos.

—Me las da Nancy después de haberlas leído. La vuelve loca esa clase de literatura. Puedo tomarlas o dejarlas, pero cuando Nancy me entrega revistas de esas, las hojeo y a veces encuentro algo que me gusta. Nancy es una lectora omnívora. Me regala revistas y novelas baratas y yo las leo y después se las paso a alguien o me desembarazo de ellas de un modo u otro. Por mi parte, no puedo gastar dinero en esas obras de crímenes, pero Nancy las adora.

»Es algo peculiar eso de que usted me pregunte por el hielo seco, ya que hace unas noches, Nancy estuvo hablando de la comisión de un crimen perfecto con hielo seco. Dijo que uno podía engañar a la policía haciendo las cosas de forma que nadie pudiese precisar la hora de un asesinato y una persona se fabricaría así una coartada que desafiaría con éxito a cualquier investigación.

—¿Hay algo impreso en el cartón de los recipientes de hielo seco que tienen ustedes? —preguntó Mason.

—Sí, las palabras «Hielo Seco», y también está un pequeño anuncio del criadero de truchas.

Sonó una llamada a la puerta.

El ritmo de la llamada tenía algo peculiar y, de súbito, el rostro de Lorraine se iluminó.

—¡Ése es Rod! —exclamó, y se precipitó hacia la puerta.

—¡Hola, cúmulo de preciosidades! —saludó Rodney Banks,

abriendo los brazos a Lorraine y besándola, más como gesto rutinario que como algo impulsado por el entusiasmo.

—¡Estás libre, Rod!

—Claro, mi hermanita me sacó. ¿No lo sabías?

—;Cómo iba a saberlo? Y tienes el tupé de presentarte a estas horas de la noche. No me dijiste nada, tipo inmundo. Lo menos que pudiste haber hecho fue telefonear.

—Tenía unos pequeños asuntos que atender… ¡Vaya, qué cosas! ¡Perry Mason, el gran abogado!

—Hola, Rodney —dijo Mason.

—¿Dónde está mi hermanita? —preguntó Rodney.

—Lo ignoro —contestó el abogado—. Tenía que encontrarse aquí conmigo.

—Bueno, siempre llega tarde. No tiene noción del tiempo y media o una hora carecen de importancia para ella.

—¿Qué ha sucedido, Rod? —inquirió Lorraine.

—Que ese hijo de zorra ordenó que me arrestasen, diciendo que había malversado sus fondos. El buitre asqueroso. Le voy a destrozar. No puede demostrar que le falte un centavo y, créeme, una vez lleve el asunto a los tribunales y trate de establecer el estado de sus cuentas, se va a encontrar en un aprieto… en un apuro serio.

—Pero, ¿estás bien, Rodney?

—Oh, claro que estoy bien. Pasé una noche de perros en aquella cárcel… Vaya antro repugnante. Ahora comprendo por qué la gente marcha por el camino recto. No quieren que los metan en tales mazmorras.

—¿Por qué no me avisaste en cuanto te pusieron en libertad?

—Ya te he dicho que tenía que arreglar unos asuntos. Necesitaba recoger pasta, parné, monises, unto, mosca.

Rodney se llevó la mano al bolsillo y sacó un fajo de billetes.

—No llevaba todo ese dinero encima cuando le arrestaron, Rodney.

—Afortunadamente, no —contestó Rodney—. Tuve que dejarlo en un sitio donde sabía que luego iba a poder echarle el guante. Temí perderlo en las carreras. Estaba convencido de que, si entraba al hipódromo con todos estos caudales, habría terminado por

apostarlos. Si pierdo una vez, me lo juego todo a la siguiente. Así que cogí una suma determinada y fui allá abajo. Lo que me encorajina es que después de dar un buen golpe, los guindillas no me permitieron cobrar mi boleto.

—¿Qué puedo hacer respecto a esa papeleta, señor Mason? Dicen que el tribunal la tiene retenida en depósito.

—Tendrá que buscarse un abogado —eludió Mason.

—Estoy hablando con uno.

Mason sonrió y denegó con la cabeza.

—No puedo representarle, Rodney.

—¿Por qué no?

—Porque represento a su hermana.

—Cáscaras, mi hermanita no opondrá inconveniente alguno. Mi hermanita y yo somos lo mismo.

—No en este caso —replicó Mason—. Será mejor que nombre un abogado para usted solo.

Rodney se dirigió a la señora Lawton:

—Bueno, vámonos, Lorraine, saldremos a darnos una fiestecita para celebrarlo… Usted puede ir a descabezar un sueñecito, Mason, ¿o prefiere esperar a mi hermana?

—Aguardaré un poco más —dijo el abogado—, aunque no puedo quedarme mucho rato.

—Bueno, bueno, nosotros nos vamos —dijo Rodney.

—Un momento —pidió Mason—. Tengo una noticia para ustedes dos. Marvin Fremont ha muerto.

—¿Qué? —exclamó Rodney.

Lorraine exhaló un conato de jadeo y se contrajo involuntariamente.

—Se hubiesen enterado, bien por la policía, bien por la prensa —prosiguió Mason—, así que no hay razón para que no se lo dijera ahora. Nancy fue al Motel Foley. Alquiló allí una cabaña. No sé por qué. Me citó allí para que le entregase cierta suma. Hubiese preferido que fuera ella quien les comunicase a cuánto ascendía esa suma y de dónde procedía.

» Ahora bien, *es posible* que Nancy fuese al motel porque temiese que alguien tratara de apoderarse de ese dinero. Lo ignoro.

»Sin embargo, esto es lo que sé. Marvin Fremont fue hallado

muerto en la unidad del motel ocupada por Nancy. El hombre había sido asesinado. Evidentemente, le descerrajaron un tiro, acaso más de uno. Su cuerpo yacía derrumbado en la taza de la ducha.

—Vaya, quién lo iba a decir —comentó Rodney.

—¿Pero qué hay de la policía?

—La policía lo sabe. Estuvieron allí. Interrogaron a Nancy y la dejaron marchar. Nancy iba a venir aquí directamente.

—¿Dónde estaba usted? —preguntó Rodney.

—Me encontraba con Nancy cuando llegó la policía y seguí a su lado mientras la interrogaban. Después de que la soltaran, me dispuse a venir tras ella. Mi intención era seguirla para asegurarme de que la policía no la iba a vigilar. Al doblar una curva de la carretera, me encontré con que habían desaparecido las luces traseras del coche de Nancy. Se trataba de una especie de curva en forma de S y pensé que la muchacha estaría más adelante. Aceleré y vi luces traseras delante de mí. En aquel momento, supuse que serían las del vehículo de Nancy, creyendo que habría aumentado la velocidad inmediatamente después de doblar la curva.

—¿La primera curva, a continuación del Motel Foley? —preguntó Lorraine.

Mason asintió.

—Pues, ese es el desvío que conduce al criadero de truchas de Osgood. Parte de ahí. Apuesto a que Nancy torció por él y usted pasó de largo y la perdió. Eso la colocaría detrás de usted… Por eso no volvió a verla más.

—Bueno —dijo Rodney—, ¿qué estaba haciendo Marvin Fremont en el motel? ¿Y qué pintaba en la habitación de mi hermana?

—Esperaba que *usted* me lo dijera —replicó Mason.

Rodney sacudió la cabeza.

—Todo eso es nuevo para mí —dijo—. ¿Qué opinó la policía?

—Dieron la impresión de tener la idea de que lo hizo Nancy.

—Eso tiene gracia —aseguró Rodney—. Nancy ni siquiera es capaz de matar una mosca que se le posara en la muñeca.

—Últimamente —terció Lorraine—, Nancy parece dedicarse a hacer cosas de un modo muy misterioso, Rod… En primer término, ¿por qué fue al motel?

—Para que Mason pudiera llevarle algún dinero y encargarse de tramitar la cuestión de mi fianza —dijo Rodney.

—¿Y cómo supo Marvin Fremont donde estaba Nancy?

—Vaya, esa sí que es toda una pregunta —calificó Rodney.

Se produjo una pausa silenciosa y, de pronto, Rodney Banks centelleó:

—¡Por Dios, si Marvin Fremont se dedicó a trazar pases hipnóticos ante los ojos de mi hermana…! Si se le ocurrió alguna idea para llegar a un acuerdo sobre la base de la situación en que me había metido… ¡El muy hijo de zorra!

—Calla, Rod. Está muerto.

—Me importa un comino que esté muerto o no. Era un hijo de zorra vivo y es un hijo de zorra muerto.

—Rodney, no hables así. No hables de los muertos de esa manera.

—Hablaré de ese muerto como a mí me dé la gana —replicó Rodney—. ¡Vaya, esa si que es buena! Por fin hubo alguien que le proporcionó al viejo Fremont lo que se estaba buscando… Pero, ¿dónde *está* mi hermana? No cree que la policía la haya detenido, ¿verdad?

—No lo sé —respondió Mason—. La policía la interrogó y luego la dejó libre. Le recomendó que no abandonase la ciudad y que estuviese disponible para cuando quisieran volver a interrogarla. Si Nancy fue al criadero de truchas es posible que la hayan arrestado.

—¿Dónde encaja usted en este cuadro? —preguntó Rodney—. ¿Representa a mi hermana en el caso de asesinato?

—Aún no han presentado ninguna acusación de asesinato contra ella. La represento en otro asunto.

—¿El asunto de la fianza?

—Sí.

—Comprendo —dijo Rodney—. ¿De dónde sacó Nancy el dinero?

—Creo que tendrá que hablar con su hermana para enterarse de eso. Estará aquí de un momento a otro.

Rodney vaciló, consultó su reloj y dijo:

—Bueno, cáscaras. Mi hermanita es muy capaz de cuidarse de sí misma. Me hago cargo de lo que siente, pero Lorry y yo vamos a

darnos un paseo por la ciudad y no creo que a Nancy le alegre demasiado el papel de carabina… Mira, cariño, ¿por qué no sueltas el disparadero, dejas que el señor Mason espere aquí a Nancy y nosotros nos vamos?

—Estoy intranquila por ella —confesó Lorraine.

—¿Qué motivos hay para preocuparse? Nancy puede cuidarse de sí misma. Conduce estupendamente. Ha recorrido la ciudad de punta a cabo un número infinito de veces. Solía ir en coche al trabajo por las mañanas y siempre llegaba antes que yo. Si la policía se empeña en interrogarla de nuevo, el señor Mason puede hacerse cargo de la situación… Dígame, señor Mason, Marvin Fremont consiguió un mandamiento judicial o una orden de secuestro de alguna clase para que me desposeyeran del boleto que tenía a favor de «Dough Boy». Ahora, Marvin Fremont está muerto. ¿Puede usted decirme qué efectos tendrá este detalle sobre el litigio?

—La demanda judicial no prosperará, seguramente —repuso el abogado—, pero el administrador del patrimonio del fallecido tendrá opción para erigirse en sustituto de la parte demandante.

—¿Significa eso que el dinero seguirá congelado?

—Durante cierto tiempo, sí.

—¡Al diablo con este asunto! —maldito Banks—. Debí tener ocasión de ajustarle las cuentas al viejo buitre.

—Puede tratar de conseguir que le paguen daños y perjuicios a costa de los bienes del difunto, pero ese es otro litigio que me temo que tampoco prospere.

—Abogados y supervivencia de litigios —rezongó Rodney Banks —. Vamos, en marcha, Lorry.

—¿Quiere esperar aquí, señor Mason? —dijo Lorraine Lawton—. ¿O prefiere cruzar el pasillo y hacerlo en el apartamento de Nancy? Tengo una llave. Puede dejar la puerta abierta.

Mason consultó su reloj y dijo:

—Me parece que, dadas las circunstancias, no es gran cosa lo que puedo hacer aquí. Creo que es mejor que me vaya y me ponga en contacto con la Agencia de Detectives Drake. Si recibiesen ustedes alguna noticia de Nancy o quisieran comunicarme algo, les ruego tengan la bondad de telefonear a la Agencia de Detectives Drake y dejar el recado. Están de servicio las veinticuatro horas del

día y me transmiten los mensajes.

—Conforme —dijo Rodney—, se pondrá en contacto con usted. Vamos Lorry. Saldremos a ponernos las botas por donde la gente se divierte… Ha sido un placer verle de nuevo, señor Mason.

Capítulo 10

Perry Mason llamó al despacho de Paul Drake desde una cabina telefónica.

Cuando tuvo al detective al otro extremo de la línea, el abogado dijo:

—Simple llamada de comprobación, Paul, para ver si hay alguna novedad. En caso negativo, me iré a casa y esperaré la llegada del día. Perdí a mi cliente. Puede aplicar el oído al suelo.

—¿Qué significa eso de que la ha perdido?

—Tenía que dejarse ver en el apartamento de una amiga —explicó Mason— y no lo hizo.

—¿Policía de por medio?

—La policía acaba de soltarla.

—¿Accidente automovilístico?

—No creo. Era capaz de conducir con las manos atadas a la espalda. Será mejor que aplique la oreja al suelo.

—De acuerdo —prometió Drake—. Lo haré. Entretanto, he de informarle de que tengo aquí otro giro de los acontecimientos y opino que convendría que viniera a echar una ojeada.

—¿De qué se trata?

—Un hombre llamado Larsen E. Halstead —dijo Drake—. Es administrador contable del negocio de Fremont. Tiene una bonita historia.

—¿La sostendrá?

—La sostendrá —aseguró Drake—, pero no podemos guardarla. La policía debe enterarse de ella. Retengo al mozo aquí porque pensé que a usted le gustaría oír el relato antes de que la policía lo escuche. Además, se me ocurrió que sería estupendo para nuestras relaciones públicas el que usted llamase a las autoridades y…

—¿Dónde está ese hombre?

—En mi oficina.

—¿Puede retenerle hasta que llegue?

—Creo que sí. Llevo haciéndolo quince minutos.

—Ya voy —dijo Mason—. Esfuércese al máximo y vea si le es posible averiguar qué ha sido de Nancy Banks. Recurra a todas las relaciones con la policía que pueda pulsar.

Mason subió a su automóvil de un salto, se dirigió velozmente al espacio de aparcamiento contiguo al edificio donde estaba su oficina y dejó el automóvil en el sitio que tenía alquilado por meses. Tomó luego el ascensor hasta el piso del despacho de Paul Drake.

La telefonista alzó la cabeza al entrar Mason, le disparó una sonrisa y señaló pasillo abajo, hacia la oficina particular de Drake.

La joven hablaba por teléfono en aquel momento.

Mason interpretó la seña, abrió el portillo y echó a andar corredor adelante, rumbo al despachito del detective.

Un hombre de espaldas algo arqueadas, que se andaría por la cincuentena, estaba sentado en una silla, con las gafas de montura de acero muy bajas en la nariz, de forma que, levantando los ojos, pudiese ver por encima de los aros.

La cabellera del hombre encanecía, sus cejas eran pobladas y grises, los ojos tenían un color azul claro y eran firmes y calculadores. A pesar de los hombros ligeramente caídos y de su aspecto calmoso, aquel individuo no daba la impresión de ser débil ni sumiso. Su rostro tenía carácter.

Paul Drake se encargó de las presentaciones.

—El señor Mason, Halstead —dijo, y luego, dirigiéndose al abogado—. Larsen Halstead es el agente del negocio de Fremont. Tiene una historia que contar.

—¿Cómo entró en contacto con él? —preguntó Mason.

La respuesta de Drake fue evasiva.

—Es una anécdota muy larga, Perry, pero creí que a usted le interesaría escuchar lo que Halstead me ha contado acerca de la naturaleza de los negocios de Fremont. ¿Y si le refiriera al señor Mason lo que acaba de contarme Halstead? —pidió Drake, volviéndose al ocupante de la silla—. Puede ser un buen plan relatarlo una vez más.

Halstead se aclaró la garganta.

—No estoy seguro de mi posición en este asunto —confesó—. No me gusta hacer acusaciones y…

—Todo va bien —se apresuró a tranquilizar Drake—. Todo lo que usted diga será completamente confidencial.

—Me temo —empezó Halstead— que Fremont es un delincuente vulgar. No debiera decir tal cosa de mi patrón, pero temo que no voy a poder seguir trabajando para él. Los métodos de ese hombre son repulsivos.

»Ya saben que hizo que arrestaran a Rodney Banks, acusándole de desfalco. Creo que Rodney *pudo* andar algo escaso de dólares, pero Fremont urdió toda la operación. Encargaba a Rodney que efectuase algunos cobros en efectivo los fines de semana, sabiendo que al muchacho le gustaba ir los sábados y domingos al hipódromo para apostar a los caballos.

Mason intercambió una mirada con Paul Drake.

—¿Qué interés podía tener en convertir a un empleado suyo en desfalcador?

—A cuenta de su hermana, la señorita Nancy. Me encuentro aquí por ella. Tengo entendido que contrató los servicios del señor Drake. Supuse que existía alguna relación… El señor Drake se ha negado a hacer comentarios…, pero, naturalmente, me doy perfecta cuenta, caballeros, de que el asunto les interesa y no son ajenos a él.

»Nancy trabajó para Fremont durante una temporada. Al hombre le resultó imposible tener las manos quietas. La chica le abofeteó y se fue. Fremont intentó desde el principio lograr algo de la joven.

»Rodney continuó en el negocio de Fremont después de que Nancy se despidiera. El muchacho amenazó con romper la cara al patrón, si éste se atrevía a insistir en su idea de pasarse de la raya con Nancy.

»Fremont se rió ante las amenazas.

»Debemos hacer algo para ayudar ahora a Rodney. Su detención sólo tenía por finalidad colocar a Nancy en la posición que Fremont deseaba.

»Fremont es un sinvergüenza.

—¿En qué sentido? —preguntó Mason.

—Compra objetos robados.

—¿Y usted cómo lo sabe?

—Lo descubrí por casualidad. Fremont se dedica a la compraventa de antigüedades, trafica en inversiones especulativas relacionadas principalmente con bienes raíces y tiene una especie de negocio turbio que nunca he llegado a comprender del todo.

»Una cosa es segura. Generalmente, no trata con el público de un modo directo. Tiene el establecimiento más chapucero que pueda usted imaginarse; las cosas se amontonan allí por todas partes, constituyendo un caos enorme. Lo único moderno que hay allí es el arca de caudales del despacho y los libros de contabilidad. Tiene una serie de libros contables complicadísimos y he llegado a la conclusión de que no significan nada.

—¿Por qué no? —inquirió Mason.

—Sus actividades, las principales, no figuran en los libros. Sus otras actividades están acompañadas por cuentas detalladísimas.

—¿Cuáles son esas actividades principales?

—Ya he dicho que compra efectos robados.

—¿Y bien?

—Adquiere una joya antigua, cuyos engastes tienen, por ejemplo, un cristal grande o, acaso, rubíes de imitación.

—Adelante —animó Mason.

—La pieza andará por la tienda durante una temporada y luego, de pronto, el viejo engarce de oro que alberga el rubí de imitación aparecerá con alguna otra piedra. La bisutería habrá desaparecido y en su lugar figurará un enorme diamante.

—¿Y luego?

—Entonces, Fremont venderá la joya a alguien que le interese, quien desmontará las gemas valiosas del viejo engarce de oro, las montará en platino y colocará la nueva alhaja por un lado y el engarce antiguo por otro.

—¿Cómo se enteró usted de todo esto?

—Lo comprendí la semana pasada, al reconocer por casualidad una pieza de oro con algunos trozos de cristal granate. Cuando la vi por última vez, la bisutería no estaba y en su lugar había refulgentes diamantes, con lo que su valor era mucho más crecido, naturalmente.

—Comprendo —dijo Mason en tono pensativo.

—Prosiga —terció Drake—. Cuéntele el resto, Halstead.

—Bueno, como es lógico, señor Mason, para desempeñar un negocio de tal envergadura, particularmente uno que no figura en los libros, un hombre necesita disponer de sumas importantes en metálico.

—¿Fremont dispone de tales sumas?

—Sí —manifestó Halstead— y no lo descubrí hasta la semana pasada. Me di cuenta de que mis propias actividades podían ser puestas en entredicho, dado mi cargo de contador, así que inicié un inventario secreto.

—¿De qué?

—Del efectivo.

—¿Y oscila?

—Yo diría que sí. Había veinte mil dólares en billetes, guardados en una bóveda secreta del subsuelo, y la cantidad fluctuaba de un día para otro; descendió a seis mil doscientos setenta y cinco dólares y luego volvió a subir a dieciocho mil; después a primera hora de la mañana del viernes, bajó hasta poco más de doce mil dólares y, una vez hubo llegado Fremont, volvió a colocarse otra vez en dieciocho mil.

—¿Qué ocurrió con ese dinero?

—Indudablemente, empleó parte de él para pagar a la gente que le llevaba gemas robadas, pero pudo llevárselo *alguna* persona.

—¿Qué quiere dar a entender con eso? —interrogó Mason.

—Rodney Banks es un buen chico —dijo Halstead—. Es joven y adopta esta actitud de superioridad que tienen algunos muchachos arrogantes.

»Fremont va a mantener la acusación de que Banks le desfalcó dinero, cogiéndolo del líquido que se guarda en la caja de caudales normal.

»Ahora bien, ahí es donde puedo echarle una mano al rapaz. Sé que uno de los billetes de cien dólares que se encontraban el jueves por la noche en el arca de caudales, estaba el viernes por la mañana en el receptáculo oculto del subsuelo.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Mason.

—Porque anoté el número de ese billete. He estado apuntando

números de billetes de cien dólares desde que descubrí la existencia de ese escondite oculto en el subsuelo.

Mason contempló al hombre pensativamente.

—Va a tener que presentarse a la policía con esta historia —dijo.

—Tengo intención de acudir a la policía. Quiero que mis manos sigan estando limpias, pero la cuestión estriba en que si ese dinero fue sacado del líquido de la caja de caudales y guardado en el escondrijo, no habrá forma humana de demostrar que se llevó al efecto el desfalco y… Bueno, el caso contra Rodney Banks saltará hecho pedazos.

Mason consultó su reloj.

—Un momento. Veremos si damos con la policía —dijo.

Paul Drake alzó las cejas.

—¿El teniente Tragg? —preguntó.

Mason asintió.

Drake descolgó el auricular y dijo a la telefonista de la centralita:

—Póngame en comunicación con el teniente Tragg, de la Brigada de Homicidios, si no se ha retirado a casa para pasar la noche.

—¿Homicidios? —preguntó Halstead, confuso—. Esto concierne más bien al departamento que entiende en casos de desfalco y déficits de numerario.

—Ya no —informó Mason—. Concierne a la Brigada de Homicidios. Marvin Fremont fue muerto en el Motel Foley al anochecer del día de hoy.

—¿Qué? —exclamó Halstead.

—Nancy Banks estaba allí. El cadáver fue hallado en su habitación.

—Eso explica muchas cosas —comentó Halstead, meditabundo —. Fremont me dijo que le satisfacía que Nancy tuviese algo del dinero producto del desfalco y que iba a recuperarlo de un modo o de otro. Aseguró que la muchacha no se atrevería a recurrir a la policía, pasara lo *que* pasase.

—Un momento, teniente Tragg —articuló Drake en aquel instante—, Mason quiere hablar con usted.

Tendió el auricular al abogado.

—Hola, teniente —saludó Mason—. Ignoraba si se había retirado a descansar o no.

—¿No sabe que nunca me retiro a descansar? —replicó Tragg secamente.

—Le voy a enviar un testigo —anunció Mason—, si tiene usted paciencia para esperarle y hablar con él.

—¿Qué clase de testigo?

—Un hombre que se llama Larsen Halstead y que Fremont empleaba en calidad de administrador contable.

—Hemos estado buscándole —confesó Tragg—. Localizamos su domicilio y tengo allí un hombre, apostado para hacerse cargo de él. Queremos charlar con este hombre.

—Está conmigo ahora y se pondrá en camino en seguida. Irá en taxi —dijo Mason.

—¿Está a su lado en este momento?

—Sí.

—No me lo envíe en taxi. No le pierda de vista. Mandaré un coche radio en cuestión de segundos.

—Me encuentro en la oficina de Paul Drake —informó el abogado.

—No me extraña —replicó Tragg—, puesto que Drake hizo la llamada; y supongo que habrán aleccionado bien a ese individuo para que cuente exactamente la clase de historia que quieren que crea la policía.

—Es una historia interesante —repuso el abogado— y nos importa un rábano que la policía la crea o no. Un jurado la creerá.

—Muy bonito —comentó Tragg—. Bueno, aunque mi tono pueda parecer agresivo y sarcástico en ocasiones, Perry, sepa que procuro mostrarme amistoso, sin olvidar que militamos en bandos que a veces son opuestos. ¿Por casualidad ha ido al despacho de Paul Drake para encargarle que dedique unos cuantos detectives a la búsqueda de su cliente Nancy Banks?

—Me pregunto dónde estará —reconoció Mason.

—Deje de preguntárselo —contestó el teniente—. La tenemos a toda pensión. No me cabe duda de que le llamará por teléfono en cuanto la hayamos empapelado de una manera formal, pero no le servirá de nada intentar entrevistarse con ella esta noche. El delito

por el cual ha sido arrestada no permite la libertad bajo fianza. Para su buen gobierno, he de informarle que la tenemos detenida bajo la acusación de asesinato en primer grado.

—Creí que la había soltado, recomendándole que no abandonase la ciudad —dijo Mason—. ¿Qué le ha hecho cambiar de idea?

—Más bien se debe a las irregularidades que cometió usted —dijo Tragg— al lanzarla en su automóvil para que se alejase del motel, mientras usted la seguía y comprobaba si algún automóvil policíaco iba detrás. Pero nos adelantamos un poco a sus tretas, señor Mason.

—¿Qué ha ocurrido? —quiso saber Mason.

—Me temo —respondió Tragg— que violaría una confidencia profesional si le contase *exactamente* lo sucedido. Su cliente podrá explicárselo por la mañana. Todo lo que le digo es dónde está la chica.

—¿Está dejando entrever que ha tenido lugar algún acontecimiento que le ha inducido a acusarla de asesinato?

—Bien —respondió Tragg—, normalmente no voy por ahí transmitiendo información, Mason, pero en este caso particular, me inclino a creer que es usted sincero, incluso aunque el fiscal opine lo contrario. No creo que tenga nada que ver con la cuestión, si bien es posible que deba aconsejarle que empiece usted a pensar en protegerse a sí mismo.

—¿Tengo que ver con qué cuestión? —preguntó Mason.

—El hecho es que, mientras usted escudaba a su cliente, encargándose de observar si algún automóvil de la policía marchaba detrás de ella, la joven torció por una carretera lateral que conduce al Criadero de Truchas Osgood, se detuvo ante el gran cubo de desperdicios que hay frente a la oficina y se afanaba sacando recipientes de hielo seco cuando la policía la abordó y le preguntó qué hacía.

—¿Qué alegó? —dijo Mason.

—Será mejor que se lo cuente ella misma —repuso Tragg secamente—. Ya he hablado bastante. La oficina del fiscal actúa basándose en la hipótesis de que la acusada fue allí porque usted le sugirió que recogiese pruebas comprometedoras.

—¿Y la policía la siguió hasta ese lugar? —preguntó Mason.

—La policía no tiene por qué ser tan ingenua —replicó Tragg—. Cuando encontramos el recipiente de hielo seco, en el que había parte de una etiqueta impresa, efectuamos una pequeña investigación sobre el teléfono y descubrimos en seguida que tales recipientes fueron impresos para el Criadero de Truchas Osgood. Mandamos un coche radio para que registrase el cubo de desperdicios. Los agentes encontraron allí las cajas de cartón, así que les di instrucciones para que quitaran el automóvil del camino, se escondieran entre la maleza y aguardasen.

»Por eso aproveché la ocasión de enseñarles el fragmento del receptáculo de hielo seco, interrogar a su cliente al respecto y luego decirles que quedaban tan libres como el aire, si bien con la condición de que su cliente no tratara de ausentarse de la ciudad.

»Naturalmente, la fiscalía ha adoptado la postura de que usted fue informado por su cliente del sitio donde plantó los receptáculos, que le dijo que había cometido una torpeza y que le ordenó que fuese de inmediato a recogerlos, mientras usted cubría la retaguardia, asegurándose de que ningún vehículo de la policía les vigilaba.

—Bueno, gracias por el informe —dijo Mason.

—No se trata de ningún informe, es una cortesía profesional —dijo Tragg—. Gracias por telefonearme acerca de Larsen Halstead. Reténgale ahí hasta que se presenten mis hombres. Y, por razones personales, Perry, confío en que no fuese usted lo bastante imprudente como para aconsejar a la muchacha que recogiera los recipientes. Debería tener más fe en la eficiencia de la policía.

—*Trato* de no ser ingenuo —dijo Mason.

—Me satisface que sea así —repuso Tragg, y colgó.

Al cabo de tres minutos, apareció un policía de uniforme en el despacho de Drake.

—¿Larsen Halstead? —preguntó.

Halstead se levantó, inclinó la cabeza y dijo:

—Servidor.

—Tiene que acompañarme —manifestó el agente.

—Muy bien, señor.

Una vez se hubo marchado Halstead, Mason dijo:

—Espero, Paul, que haya registrado esta conversación.

—Hasta la última palabra —confirmó Drake—. ¿No me vio accionar la palanquita que pone en funcionamiento el magnetófono? ¿Qué le dijo Tragg? Se sobresaltó como si le hubieran dado un susto.

—Me dieron un susto de muerte —confesó Mason—. Ya puede interrumpir la búsqueda de Nancy Banks. Está en la cárcel, acusada de asesinato en primer grado.

»Iré a casa e intentaré dormir un poco. Le aconsejo que siga mi ejemplo.

Capítulo 11

Una Nancy Banks llorosa se encaró con Perry Mason en la sala de visitas de la cárcel del condado.

—Le mentí —reconoció la joven—. No merezco que me ayude. Sé que presentará su renuncia como abogado defensor de mi caso y no puedo impedírselo. No se lo reprocho.

—Es usted mi cliente —respondió Mason—. Siempre me mantengo fiel a mis clientes. También es usted bastante insensata. Cuénteme ahora lo que pasó.

—Le mentí.

—Ya lo sé.

—Trataba… trataba de evitar que me comprometiesen —articuló Nancy, con labios temblorosos.

—¿Quién intentaba comprometerla?

—Lo ignoro. Todo lo que sé es que cuando vi todo aquel hielo seco alrededor del cuerpo, comprendí en seguida lo que había ocurrido. Alguien, enterado de mi teoría acerca de cómo engañar a las autoridades policíacas acerca de la hora de una muerte, urdió una trampa para mí.

—¿Cuándo descubrió el hielo seco?

—Poco después de hallar el cadáver.

—¿Y cuándo fue eso?

—Bueno, fui al motel y en seguida experimenté la sensación de que algo se había torcido. Había dejado la puerta cerrada con llave y me la encontré sólo con el resbalón. Me asaltó el inquietante convencimiento de que alguien estaba en la cabaña y me asusté.

—¿Qué hizo?

—Revisé la sala, abrí la puerta del cuarto de baño… y entonces lo vi.

—Está bien. ¿Qué hizo luego?

—Salí, me encaminé a una cabina telefónica y llamé de nuevo a la oficina del señor Drake. Después seguí esperando en la cabina, hasta que recibí la comunicación de que usted accedía a ir al motel.

—Y entonces, ¿qué?

—Entonces regresé al motel para esperarle. Permanecí fuera, sentada en el coche, porque no deseaba entrar y estar sola con… con aquello.

—¿Y luego?

—Me obligué a mí misma a penetrar, para echar un vistazo y asegurarme de que la víctima había muerto. Empezaba a dominarme la horrible sensación de que quizá vivía aún y yo me quedaba allí fuera, cruzada de brazos, mientras el hombre se iba desangrando o algo parecido.

—Está bien. Entró. ¿Qué más?

—Alargué la mano para tomarle el pulso. Mi izquierda tropezó con algo frío y entonces vi el hielo seco. Después vi también el nombre del Criadero de Truchas Osgood en la etiqueta. Me asaltó un pánico horroroso. Perdí por completo el dominio de los nervios. Jamás sabré por qué hice lo que hice.

—Eso no importa ahora —dijo Mason—. Dígame qué hizo y no se preocupe.

—Recogí todo el hielo seco y lo cargué a toda prisa en mi automóvil. Sabía que sólo cinco minutos me separaban del criadero de truchas y que allí había un cubo de desperdicios. En el criadero de truchas usan hielo seco y tenía la certeza de que, si echaba los recipientes en el cubo, el hielo se evaporaría antes de que nadie tuviera ocasión de ver los paquetes. Y, naturalmente, se supondría que eran paquetes desechados en el criadero de truchas.

»Fuí una tonta. Me olvidé de las huellas dactilares… Oh, señor Mason si me perdona esta vez, le juro… le prometo que nunca, nunca volveré a defraudarle.

—Continúe hablando un rato más —animó Mason—. Tengo que saber qué sucedió.

—Bueno, cuando el teniente Tragg nos enseñó aquel trozo de cartón rasgado de uno de los recipientes y usted habló de mis huellas digitales, sentí dentro una sensación de frío enorme, algo se

congeló en mi interior. Recordaba las huellas dactilares por primera vez. Lo que usted no sabía, pero yo sí, era que esas cajas del Criadero Osgood, llevan impreso un anuncio especial y vislumbré parte de ese anuncio en el fragmento de cartón que el funcionario tenía.

—Quiso que usted lo viera —dijo Mason—. Ya le advertí que nos había puesto una trampa. Ya tenía agentes apostados en el criadero de truchas. Usted fue derechita a caer en sus manos.

—Ahora lo comprendo todo. Fui torpe a más no poder.

—Volvamos a lo que hizo —repuso el abogado—. Tomó los paquetes de hielo seco, los cargó en su coche y los depositó en el cubo de desperdicios.

—Sí.

—¿Los lanzó por el borde? ¿Los dejó en lo alto?

—No, metí la mano en el cubo y abrí paso para dejarlos en el fondo, donde no pudiera verlos la gente que echase una simple mirada casual. No deseaba que llamase la atención de nadie el que varios paquetes, parcialmente vacíos, se encontrasen allí. Además, dos de los recipientes tenían manchas de sangre.

—El que manejase esos recipientes —dijo Mason— explica el motivo por el cual estaban sus manos tan frías cuando regresé al motel.

—Sí. Me esforcé en no hacer caso de ello, pero… no me di cuenta de lo heladas que estaban mis manos.

—Conque se acordó de las etiquetas impresas, las manchas de sangre y las posibles huellas digitales y decidió que si no había moros en la costa y ningún coche policíaco la seguía, lo más conveniente era dar un rodeo y recoger aquellos paquetes de hielo seco.

—Sí.

—¿Qué pensaba hacer con ellos después?

—Los metería en un saco, con una buena sobrecarga, y los arrojaría al estanque más hondo. Quería hacer algo que eliminase las huellas dactilares. Casi albergaba el convencimiento de que la policía iba a descubrirlas y me dije que era un riesgo que debía correr. No me atrevía a llevar los recipientes en el automóvil, no fuera caso que algún agente me echara el alto. Sólo deseaba hacer

algo para borrar mis huellas dactilares de aquellas cajas. Supuse que hundirlos en el agua era lo más adecuado.

—¿Encontró los diez recipientes y los sacó del cubo?

—Sí.

—¿Todos?

—Sí, todos.

—¿Incluso los que estaban manchados de sangre?

—Sí.

—¿Qué sucedió después?

—Me encontré de pronto con el resplandor de una luz ante los ojos. Un hombre se me había acercado por la espalda. No le oí llegar. Otro surgió por delante y me deslumbró con la claridad de su linterna. Dejó oír su voz: «Somos agentes de la ley, señora. No se mueva».

—¿Qué hizo usted?

—Chillé. Estaba horrorizada… jamás, jamás había sentido lo que sentí en aquel momento. El alma me dio un vuelco. Creí volverme loca de puro pánico.

—Está bien —dijo Mason—, se vio sorprendida *in fraganti*. La abrumó el complejo de culpabilidad. Trató de justificarse. ¿Qué alegó?

—Señor Mason, no podía alegar nada. Me esforcé en imaginar alguna explicación… hubiese renunciado a mi brazo derecho con tal de que se me hubiera ocurrido alguna mentira convincente, pero no me fue posible pensar algo que me salvara la vida. Estaba atrapada. Me quedé inmóvil, sin poder pronunciar una sola palabra.

—Me hago cargo —aseguró Mason—, pero no le consintieron esa postura. Se afanaron apretándole las clavijas para que les diera alguna explicación. Le preguntaron qué estaba haciendo junto a aquel cubo de deshechos. Le ordenaron que hablase. Le dijeron que, si decía algo que la justificase, ellos lo aceptarían de mil amores; que estaban deseando creer lo que usted manifestara para quedar libre de culpa; que sabían por experiencia que, muchas veces, una persona, frecuentemente, da la impresión de ser culpable de algo, pero que luego sale a la luz una explicación lógica para todos sus actos.

—¡Señor Mason! —exclamó la muchacha—. ¡Pero si sabe

exactamente lo que dijeron! ¿Cómo se enteró?

—Es el patrón de conducta que sigue siempre la policía —respondió el abogado—. ¿Qué hizo usted? ¿Qué les respondió? Debió tratar de justificarse, ¿no?

—No podía, señor Mason. No me era posible decir nada. Por último, logré recuperarme un poco y manifesté que, si no tenían más confianza en mí que la que estaban demostrando, cualquier explicación que les diese no serviría de nada, así que lo mejor que podían hacer era hablar con mi abogado.

—¿Y siguieron machacándola?

—Yo diría que sí. Me interrogaron, me hicieron subir a un automóvil, me condujeron a la cárcel y allí introdujeron a una matrona y continuaron el interrogatorio durante horas, me parece, relevándose unos a otros.

—¿Qué hizo usted?

—Me limité a permanecer rígida. Comprendí que había llegado a un punto en que, por mucho que dijese, nada conseguiría; mi situación no podía empeorar más, así que decidí mantener la boca cerrada. Supongo que volví a cometer otro error.

—Dadas las circunstancias, probablemente fue lo mejor que pudo hacer —opinó Mason, mientras fruncía el entrecejo y meditaba acerca de la forma más adecuada para encararse con la situación.

Bruscamente, añadió:

—Está bien, dígame ahora por qué apostó por aquel caballo. ¿Dónde obtuvo la confidencia?

—No obtuve ninguna confidencia.

Con expresión de fastidio, Mason se puso en pie.

—Muy bien, Nancy —dijo—, supongo que nuestros caminos tenían que separarse en algún momento, pero ya me ha mentido bastante. Y puedo afirmar que, en mi opinión, como embustera es bastante mala. No sé si es porque no ha practicado lo suficiente o porque menosprecia la inteligencia de su auditorio. Pero…

—Señor Mason, por favor, por favor… —imploró la chica—. Le estoy diciendo la verdad. Lo que le digo es rigurosamente cierto.

—No sea tonta —reprochó Mason—. Tuvo usted alguna razón poderosa para apostar por ese caballo. Era un animal que nadie, con

información corriente, esperaba que ganase; de otro modo, la proporción de las apuestas no hubiera sido tan alta. Cuando una joven en la situación financiera en que se encontraba usted expone quinientos dólares, adquiriendo boletos a ganador por un caballo al que todos consideran desahuciado del primer puesto, no lo hace impulsada por un presentimiento.

Mason echó a andar hacia la puerta.

—Espere, señor Mason, aguarde. Se lo diré.

El abogado hizo una pausa, medio volviéndose.

—No tuve ninguna corazonada, señor Mason. No recibí ninguna confidencia. Sólo… sólo aposté por él porque… bueno, ¿es que no se da cuenta…? era el único caballo por el que *podía* apostar.

—Pues, no, no capto la idea —repuso Mason.

—No sabe lo que me cuesta hablar de ello, señor Mason, porque repercute sobre otra persona, pero… en fin…

—Adelante —animó el abogado.

—Se trata de Rod —dijo Nancy.

—¿De Rod? —preguntó Mason—. ¿Su hermano?

—Sí… Había… había desfalcado varios miles de dólares y no le era posible restituirlos… Y alguien había descubierto el desfalco.

—¿Quién? —preguntó Mason.

—Creo que fue el señor Halstead, el gerente de la compañía. No lo sé. No descubrí la identidad de esa persona.

—¿Cómo supo usted que su hermano había sustraído el dinero?

—Me lo dijo por teléfono. Me llamó para despedirse. Dijo que la próxima vez que le viera probablemente estaría en la cárcel.

—¿Y por qué le llamó para decirle adiós? ¿No quería nada más?

—¿Qué le induce a pensar que quería algo más que eso?

—Estoy seguro de que deseaba alguna cosa —dijo Mason—. ¿Qué era?

—Quería… dinero.

—¿Cuánto?

—El suficiente para cubrir el desfalco.

—¿Se lo dio?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no lo tenía.

—¿Qué hizo?

—Todo lo que pude reunir, señor Mason, fueron quinientos dólares. Los había ahorrado y los tenía en una cuenta aparte. Había llegado a cuatrocientos setenta y cinco dólares y deposité los últimos veinticinco sacándolos del cheque de la paga de despido, para redondear los quinientos. Había jurado no tocar ese dinero, pasara lo que pasase.

—¿Qué hizo usted?

—Lo único que podía hacer, señor Mason. Sólo existía un medio para que una muchacha en mi situación consiguiera rápidamente una gran suma: ir al hipódromo y hacer una apuesta a favor de algún caballo que se cotizara muy bajo. Es decir, que ofreciese la proporción adecuada para rendir buenos dividendos en caso de ganar.

—Pero, usted… ¡Santo Dios! —exclamó Mason—. Debió haber perdido el… Está bien, prosiga. Parece una locura pero, en cierto sentido, tiene lógica.

—¿No lo comprende, señor Mason? Es absolutamente lógico. Los quinientos dólares no me hubieran servido de nada. Mi hermano necesitaba el dinero. Una gran suma de dinero, y la necesitaba en seguida. Le hacía falta en efectivo y de manera que nadie supiese que lo recibía. Y… bueno, eso es lo que hice. Rod me había dicho que estuvo sacando dinero del negocio, de un fondo secreto que encontró. Me parece que mencionó un cajón oculto. Le pregunté si se refería a dinero correspondiente a gastos menores de caja y me contestó que no, que el fondo no estaba destinado a gastos menores de caja.

Los ojos de Mason se entrecerraron pensativamente.

—Empiezo a tener una visión del cuadro —dijo—. Continúe.

—Bien, ésta es la historia. Todo lo que atañe a ella. Saqué mis ahorros, fui al hipódromo y busqué un caballo cuyas apuestas fueran tan bajas como para servirme de algo en caso de que ganara. Me sentía perfectamente destrozada, señor Mason. A decir verdad, no me atrevía a alimentar la más mínima esperanza de ganar. Pero comprendía que con los quinientos dólares Rod no hubiese podido hacer nada, y yo no podía arruinarme más de lo que estaba, en lo que a Rodney se refería.

—Un sistema infernal para elegir un caballo —comenzó Mason —, pero, dadas las circunstancias, parece que resultó bien.

—Resultó bien, señor Mason, y…

—Aguarde un momento —dijo Mason—. Rodney apostó cincuenta dólares al mismo caballo. ¿Cómo fue eso?

—Recurrió casi con exactitud a la misma forma de razonamiento que yo —manifestó Nancy—. Necesitaba hacerse con el dinero y le era imprescindible conseguirlo pronto, pero sólo logró reunir una cantidad limitada para sus apuestas. Así que se jugó cincuenta dólares a la buena de Dios y otros cincuenta basándose en algunas confidencias que había captado sobre el caballo que se decía iba a ganar.

—Bueno, ¿por qué no hizo usted una apuesta de cincuenta dólares? —inquirió Mason.

—Porque necesitaba conseguir dinero suficiente para cubrir el déficit.

—¿A cuánto ascendía ese déficit?

—Rodney me dijo que alrededor de cuatro mil dólares.

—Entonces ¿por qué no apostó trescientos dólares a ese caballo y se reservó doscientos para otra intentona en las mismas condiciones?

—Porque sé lo bastante acerca de carreras de caballos para comprender que las cotizaciones que se señalan son simplemente indicativas, no determinantes, y a veces, las cotizaciones estimadas y las reales difieren mucho, sobre todo en casos en que un caballo ofrece una desproporción tan acusada que despierta el interés de un buen puñado de personas desesperadas… o sea, personas que se encuentran en la misma situación en que me encontraba yo.

—¿Y por qué no cobró el importe de los boletos ganadores? —quiso saber Mason.

—Me encontraba en el hipódromo —explicó Nancy—. Mi hermano no lo sabía. Él también estaba allí. Le vi. Y había apostado por el caballo. No me enteré hasta después de la carrera y entonces, me emocioné tanto que me puse a temblar como una hoja. Me dirigí hacia las taquillas donde se cobran las apuestas, y junto a los de boletos de cien dólares, en la de cincuenta, vi a Rodney… Y el señor Fremont también estaba allí. Organizaron una escena aterradora. El

señor Fremont insistía en que el dinero que mi hermano había apostado se lo desfalcó a él previamente, y por lo tanto, tenía perfecto derecho legal a quedarse con todas las ganancias. Entonces, sacó un mandamiento judicial que ordenaba el arresto de mi hermano, los agentes estaban allí y… ¡Oh, fue terrible!

—Prosiga —pidió Mason.

—Tuve la plena certeza de que debían haber estado vigilando las taquillas de apuestas, que sabían que yo había apostado por el caballo, y…

—¿El señor Fremont le conocía a usted personalmente?

—Oh, sí. Me conocía y a mí no me gustaba… Es decir, lo que pasaba era que… Bueno, yo le gustaba, pero… a mí no… a mí no me caía nada simpático.

—¿Insinuaciones amorosas? —preguntó Mason.

—Insinuaciones y palmaditas —dijo Nancy—. Empezó por adoptar hacia mí una especie de actitud paternal. Yo trabajaba a sus órdenes y empleó a Rodney como favor especial dedicado a mí. Durante cierto tiempo, se conformó con alargar la mano y darme palmaditas. Luego comenzó a pasar a mayores, insinuándose y demás.

—Así que usted abandonó el empleo y se mantuvo a distancia de la oficina, ¿no?

—Sí.

—¿Su hermano le confesó que había cometido un desfalco?

—Sí.

—¿Y citó la cantidad que se llevó?

—Entre tres mil quinientos y cuatro mil dólares.

—Tenía entendido que el déficit era sólo de mil o mil quinientos dólares —apuntó Mason.

—Hubo un momento en que llegó a ser casi de cinco mil dólares —dijo la muchacha—. Pero después, Rodney ganó ciertas cantidades y lo redujo en gran parte. No obstante, me daba cuenta de lo explosiva que era la situación. Deseé disponer de lo suficiente para que repusiera la cantidad del desfalco y después aliviar la presión financiera que le había obligado a cometerlo.

—¿No podía liquidar sus deudas?

—No, estaba desesperado. No contaba más que con los últimos

cien dólares, y… Bueno, creo que trató de desfalcar más. Me parece que pensó lo mismo que yo: o todo o nada. Y supongo que su idea consistía en que lo mismo le iban a apresar por cinco mil que por tres mil quinientos. Pero algo había sucedido. Ignoro qué fue, pero el dinero no se le mostró disponible. Sea como fuere, la cuestión es que cogió sus últimos cien dólares y se marchó al hipódromo. Ese fue todo el dinero que apostó.

Mason meditó unos segundos y luego dijo de pronto:

—Está bien, Nancy, le aconsejaré lo que tiene que hacer. Limítese a seguir de brazos cruzados. No diga nada a nadie. No dé a la policía más que la hora. Tratarán de interrogarla. Le darán a firmar una dulce historia, acerca de lo convencidos que están de que usted intenta proteger a alguien y de que desean que usted…

—Oh, pero si ya lo han hecho.

—¿Y usted les habló de su hermano?

—No les dije nada en absoluto.

—Estupendo —aplaudió Mason—. Siga impasible. No les diga más que yo la represento, que si quieren alguna información, que me la pidan a mí, que toda declaración que haya de hacerse, la haré yo.

»Queda ahora otra cosa que también quiero advertirle; se refiere al ramo de la prensa. Reporteros y periodistas especiales en temas sentimentaloides, sobre todo escritores de folletines acudirán a pedirle entrevistas en exclusiva y a decirle lo estupendo que resultará para usted y para su caso tener buena prensa. Le asegurarán que, si habla con ellos, la presentarán al público bajo las candilejas más favorables posibles.

—¿Y eso será mentira? —preguntó Nancy.

—No de un modo indefectible —respondió Mason—. Algunos de esos reporteros son gente de buena fe. No tratarán de tomar partido en lo que concierne al caso, pero procurarían ofrecer a sus lectores un retrato muy simpático de usted, de su vida, de su carácter, de la muchachita aturdida que nunca se vio en apuros, que siempre fue una secretaria de confianza, que se encuentra ahora arrastrada por el remolino de los acontecimientos, cuyo dominio ha perdido, y que permanece en la celda, esperando comparecer en el juicio para responder de una acusación de asesinato en primer grado.

Describirán su persona y su forma de ser, sus reacciones y todo lo que usted les cuente acerca de su vida amorosa. Y con los datos que consigan, realizarán un conmovedor reportaje, que despertará la simpatía del público hacia usted.

—¿Pero tendré que hablar primero?

—Es lo normal. A veces, se despierta esa simpatía pública sólo porque los periodistas comprenden que es buena publicidad interior, publicidad para su rotativo. Pero usualmente, ha de proporcionárseles el argumento. Y entonces lo adornan y lo aderezan, creando el ambiente adecuado.

—Pero no voy a proporcionarles el argumento…

—Pase lo que pase —insistió Mason—, usted no despegará los labios ante los oídos de nadie. Esto es absolutamente positivo y absolutamente definitivo. ¿Se ve con ánimo de hacerlo?

—Sí.

—Le va a hacer falta poseer nervio, agallas y determinación tenaz.

—Soy muy capaz de guardar silencio. Ya he anotado otras veces entradas en el «Debe» de mi libro mayor. Si usted se queda a mi lado, señor Mason, haré cuanto me ordene.

—Está bien —dijo el abogado—. Tengo mucho trabajo pendiente. Una barbaridad de trabajo por hacer. Siga callada… es la parte de la tarea que le toca desempeñar desde ahora.

Mason hizo una seña a la matrona, indicando que su visita había terminado, bajó en un ascensor hasta el lugar destinado a las cabinas telefónicas y llamó a Paul Drake.

Cuando el detective estuvo al otro lado del hilo, Mason dijo:

—Aquí, Perry, Paul. Tengo una misión para usted.

—Dispare.

—Es contrario a la ley que alguien efectúe un inventario de las pertenencias personales de una persona fallecida, abra cajas de caudales o cosas así, salvo en presencia de un representante de la oficina estatal de peritaje sobre impuestos patrimoniales.

—¿Y qué?

—Pues —dijo el abogado—. La policía se presentará en el despacho de Fremont para hacer inventario del efectivo del arca de caudales y del escondrijo secreto. No querrán hacerlo sin la previa

notificación al perito de la oficina del estado para impuestos sobre herencias, ya que se les ha informado de la existencia de una importante cantidad de efectivo en el escondite secreto.

—Adelante —dijo Drake.

—Al referido perito se le pedirá que envíe un representante allí. La policía se morderá las uñas con impaciencia hasta que le concedan vía libre.

—Bueno, ¿en qué sentido nos afecta eso?

—Significa —declaró Mason— que quiero estar presente cuando se abra el escondite secreto.

—No hay ni la más remota posibilidad —replicó Drake—. No tocarán nada mientras esté usted allí. La policía le echará con cajas destempladas en cuanto entre a una manzana de distancia del lugar. Usted representa a la defensa y no tendrán la menor intención de entregarle en bandeja de plata y por anticipado todas las pruebas que piensan descubrir.

—Puede que no tengan intención de hacerlo —repuso Mason—, pero lo harán. Da la casualidad de que tengo cierta influencia política dentro del organismo de la oficina estatal de peritaje sobre impuestos patrimoniales. Llámeles y diga que quiero que me nombren representante suyo, a fin de estar presente en el momento en que se abra el lugar, cuando vayan a hacer el inventario.

—¿Por qué, Perry? El inventario será correcto.

—Ya lo sé —convino Mason—, pero deseo ver qué aspecto tiene ese sitio.

»Quiero estar allí y quiero hacerme cargo de toda la situación antes de presentarme ante el tribunal para defender a Nancy Banks de la acusación de asesinato.

—Eso colocaría a la Oficina de Impuestos Patrimoniales en una mala postura —advirtió Drake.

—No obligatoriamente —repuso el abogado—. De todas formas, déle un telefonazo.

—Bueno —dijo Drake, dubitativo—. Me parece que a lo mejor consigo algo si lo presento con cierta energía, si… es decir, si la ley lo permite. E incluso aunque la ley no lo permita, creo que podré dar a la cosa cierto matiz de autoridad.

—Eso es todo cuanto necesito —dijo Mason—, un matiz de

autoridad. Voy ahora a la oficina. Péguese al teléfono y procure tener el asunto arreglado para cuando yo llegue allí.

Capítulo 12

Mason introdujo la llave en la cerradura de la puerta de su despacho particular que daba al pasillo. Chasqueó la cerradura, se abrió la hoja de madera y el abogado se encontró con la animadora sonrisa de Della Street.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó la secretaria.

Mason sacudió la cabeza.

—Maldito si lo sé, Della. Cuando estoy con esa chica, creo su versión de los hechos. Pero en cuanto me separo de ella, me asalta la sensación de que es la peor clase de pequeña embustera que me he echado a la cara jamás. ¿Tiene alguna noticia de Paul?

—Dijo que le llamara tan pronto llegase.

Mason asintió con la cabeza y Della se aplicó al teléfono.

—Vendrá en seguida —informó la joven—. ¿Qué pasa con la versión de la chica?

—Es tan ferozmente improbable —califico Mason— que no tiene ni pies ni cabeza. Casi puedo oír la voz del fiscal del distrito, rezumando sarcasmo mientras pide: «Y ahora, señorita Banks, ¿le importaría relatarnos de nuevo esa parte, la parte de su historia que se refiere a cómo fue aprehendida por los agentes, delante del cubo de desperdicios, en el momento en que sacaba los recipientes de hielo seco en los que temía fueran encontradas sus huellas dactilares? Si usted puede aclarar esta fase del caso, creo que mi interrogatorio habrá concluido.»

—¿Tan mal está la cosa? —inquirió Della.

—Peor que mal —contestó Mason.

Resonó en la puerta la llamada en clave de Drake, y Della franqueó el paso al detective.

Antes de que la puerta hubiera vuelto a cerrarse del todo, Drake

ya estaba anunciando:

—Traigo malas noticias, Perry. Me están entrando ganas de arrojar la esponja, a ver qué sucede.

—¿No hubo suerte con el peritaje de impuestos patrimoniales?

—Ni el más leve asomo de suerte. No podían hacerlo, ni aunque quisieran, y tan seguro como el infierno que no quieren… les impone la presencia del fiscal del distrito en el cuadro.

Mason frunció el ceño.

—Van a ir esta mañana a abrir el receptáculo secreto donde se encuentra el dinero en metálico. Quieren averiguar cuánto hay.

—¿A qué hora irán?

—Tiene que estar allí, con ellos, un representante del peritaje de impuestos patrimoniales.

—No conseguí gran cosa —se lamentó Drake—. Les arranqué la promesa de que abrirían un poco la manga y nos harían una llamada confidencial, para informarnos acerca de la fecha en que tendrá efecto la valoración. Naturalmente, la policía acudirá allí en cualquier momento, buscando pruebas en vez de propiedades.

—Lo sé —dijo Mason—, pero como quiera que hay gran suma de dinero en efectivo por medio, la policía tendrá que andarse con el mismo cuidado que cualquier hijo de vecino. Las pruebas seguirán allí durante cierto tiempo y… ¿Qué ha averiguado respecto a Fremont, Paul?

—Simples estadísticas desnudas. Tenía cincuenta y un años de edad, casado, separado de la esposa, sin divorcio, sin hijos. El hombre…

—¿Sin divorcio? —le interrumpió Mason.

—Sin divorcio.

Mason hizo chasquear los dedos.

—Su viuda —dijo—. ¿Qué sabe de ella?

—Inez Fremont —silabeó Drake, leyendo una libreta de notas—, trabaja de cajera en la cafetería «Verja y Oro»; su jornada laboral, actualmente, comprende desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde.

»Es diez u once años más joven que su marido. Se casaron hace tres años. Se separaron hace uno. No hubo divorcio.

Mason echó hacia atrás su silla.

—Vamos, Paul —dijo, y luego, al cabo de un segundo, se dirigió a Della Street—: Será mejor que nos acompañe, Della. Tráigame una libreta de notas y apunte lo que yo diga; tenga buen cuidado en anotar que *no* solicito empleo y que afirmaré que *soy* el abogado que contrató la persona acusada de la muerte de su marido. Vamos, en marcha.

—¿Su coche o el mío? —preguntó Drake.

—El mío —repuso Mason—. Yo conduciré. ¿Tiene la dirección de la cafetería?

—Aquí está —manifestó Della—. ¿Quiere que telefonee antes?

Mason vaciló un momento y luego determinó:

—No, atacaremos por sorpresa. A esa mujer se le podría ocurrir la idea de avisar a la policía mientras nos hallamos en camino, y no deseo que los polizontes supongan cosas que no deben suponer.

Salieron presurosos de la oficina y bajaron rumbo al automóvil de Mason. El abogado condujo con pericia a través del tránsito, hacia la dirección que Drake le había dado. Entraron en la cafetería en el curso de un período de tranquilidad, en lo que a negocio se refería. Se aproximaron al mostrador de la caja.

La rubia de ojos firmes y calculadores dejó de leer la revista que tenía en las manos cuando vio que se acercaba el grupo.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó.

—¿Es usted Inez Fremont? —inquirió Mason a su vez.

Se produjo un momento de silencio, en el transcurso del cual la mujer no cambió de expresión.

—Sí. ¿De qué se trata, por favor? —dijo por último.

—Soy Perry Mason —anunció el abogado—. Me acompaña Della Street, mi secretaria, y permítame presentarle también a Paul Drake, un detective particular.

»Quiero mostrarme absolutamente justo y franco, señora Fremont. En primer lugar, doy por supuesto que está enterada ya de la muerte de su esposo y…

—Sé todo lo que hace al caso —le cortó la mujer—. La policía ya estuvo aquí. Deseaban saber si poseía algún informe de valor.

—¿Lo tenía usted?

—No.

—¿Conoce las circunstancias que concurrieron en el

fallecimiento de su marido?

—Sí.

—Esta es una cuestión personal —dijo Mason—. Pero tengo entendido que vivían ustedes separados.

—Sí.

—¿Le importa hablar de ello?

—No.

—Señora Fremont —continuó Mason—, voy a poner mis cartas boca arriba. Represento a una joven dama. Nancy Banks, a la que retienen en prisión actualmente, acusada del asesinato de su esposo de usted. No creo que sea culpable, pero las pruebas circunstanciales se manifiestan en su contra. Trato de descubrir los hechos. No quiero hacer nada en detrimento de usted, como tampoco quiero aprovecharme de nada que le perjudique. Pero me gustaría que nos proporcionase algunos datos, si a usted no le importa tratar del asunto.

—Si esa chica le mató —manifestó Inez Fremont sucintamente —, merece una medalla.

—No creo que ella le matase, señora Fremont, pero debo conseguir cuanta información pueda, a fin de proteger sus intereses y representarla adecuadamente.

—¿Qué desea de mí?

—¿El señor Fremont había estado casado antes?

—El no.

—¿Usted sí?

—Sí.

—¿Y eso salió a relucir?

—Exacto.

Mason aguardó. La mujer empezó a decir algo, pero luego cambió de idea, y al cabo de unos segundos, el silencio se hizo opresivo.

—Nada de lo que pueda decir ayudaría a esa muchacha —manifestó Inez Fremont por último.

—Tiene usted derechos de propiedad —dijo Mason—. ¿Consultó a algún abogado?

—No hay derechos de propiedad para mí. Tuve que firmar una avenencia.

—¿Qué quiere decir eso de que *tuvo* que firmar una avenencia?

—Fremont me obligó a hacerlo.

—¿Puede decirme cómo?

—Mire señor Mason —eludió la mujer—, este asunto es para mí como un dolor en la nuca. Quiero olvidarlo cuanto antes.

—¿Se casaron hace tres años? —preguntó Mason.

—Aproximadamente.

—¿Estaba usted enamorada de Fremont por aquel entonces?

—Mire, señor Mason, tengo cuarenta años y los represento. He andado dando tumbos por la vida que, dicho sea de paso, no me trató muy bien. He llegado a un punto en que me resulta difícil encontrar empleo. Desean mujeres más jóvenes, más llamativas, más seductoras. Yo soy ya casi un burro de carga más bien viejo. Deseo seguridad. Toda mujer quiere seguridad. Creía que iba a tenerla cuando me casé con Fremont y hasta supuse que el hombre que conseguía estaba enamorado de mí.

—¿No lo estaba? —inquirió Mason.

—Señor Mason —repuso Inez Fremont—, para él no fue más que un matrimonio de conveniencia.

Mason levantó las cejas en son interrogativo.

De nuevo se produjo un período de silencio, que se prolongó penosamente.

—Está bien —decidió la mujer por fin—, no hay motivo para que no se lo cuente. Desde el punto de vista personal, no le importaba en absoluto.

Alzó la mano e hizo chasquear los dedos en gesto despectivo.

—Entonces, ¿por qué se casó con usted?

—Se casó conmigo —explicó la señora Fremont— porque era lo bastante listo como para saber que en este estado, una esposa no puede testificar contra su marido. Me desposó porque yo tenía ciertos informes que hubieran podido enviarle a la cárcel. Se casó conmigo porque corría el riesgo de que le denunciasen por adquirir objetos robados y, mediante el matrimonio, me sellaba los labios.

»Ignoraba todo eso en aquella época. Lo descubrí más tarde.

—¿Pero firmó el acuerdo de liquidación de bienes antes de la boda? —preguntó Mason.

—Firmé el acuerdo de liquidación de bienes *después* de la

separación.

—¿Por qué? —se extrañó Mason—. Ciertamente, le asistía el derecho, en tales circunstancias, a…

—Es una larga historia y una historia personal —dijo Inez Fremont—. Fui una estúpida. No me di cuenta de la clase de hombre con el que estaba tratando. Era totalmente despiadado, indeciblemente listo… aunque listo no es la palabra que le cuadra. Taimado es un término más a propósito, si se tiene en cuenta su proceder.

»Tenía una agencia de detectives trabajando para él. No era una firma escrupulosa, pero sí eficiente. Me seguían los pasos en cuanto abandonaba la casa de Fremont, sólo que yo lo ignoraba. Eran lo bastante hábiles como para que nunca entrase en sospechas. Fremont aguardó hasta hacerse con unas cuantas cosas molestas que pudo descubrir y luego… bueno, las preparó de una manera muy dramática… No es necesario que rememore todo eso… de cualquier modo, firmé la avenencia de liquidación.

—Señora Fremont —dijo Mason, me creo en la obligación de aconsejarle ahora mismo que se busque un abogado. No lo demore ni un minuto. ¿A qué hora sale usted del trabajo?

—A las cuatro de la tarde. Estoy aquí desde las ocho de la mañana a las cuatro de la tarde.

—Señora Fremont, *le ruego* que se consiga un abogado. No espere. Hágalo por teléfono.

—¿De qué me puede servir un abogado?

—De mucho.

La mujer sacudió la cabeza.

—Todo lo que conseguiría es gastar dinero.

—Según dicen —manifestó Mason—, su marido tenía fondos escondidos. La policía va a acudir hoy al local para hacer un inventario de ese dinero.

—Es dinero suyo. No tendría nada que ver conmigo.

—Nunca se puede decir qué va a resultar de tal asunto —insistió Mason—. No me encuentro en la situación apropiada para darle consejos legales, pero hablando en términos generales un contrato firmado con coacción, es decir que usted ha firmado obligada, en contra de su voluntad o buen juicio, puede ser declarado no válido

por los tribunales.

Los ojos de la señora Fremont manifestaron un súbito brillo de interés.

—¿Qué me dice de usted, señor Mason? He oído hablar mucho de su persona. ¿No querría encargarse de defender mis intereses?

—Me gustaría cuidar de algunos —reconoció Mason, tras una pausa momentánea—. Pero represento a Nancy Banks, sobre la que pesa una acusación de asesinato. No puedo comprometerme a defender otros intereses, susceptibles de resultar antagónicos respecto a los de mi cliente actual. Si, por ejemplo, resultara que usted mató a su marido, me vería obligado a llevar a cabo cuanto estuviese en mi mano para exponerla, puesto que represento en principio a Nancy Banks, la cual está acusada de asesinato.

Inez Fremont esbozó una sonrisita descolorida.

—*Debí* haberle matado, pero no lo hice —articuló.

—No puedo representarla, señora Fremont —insistió Mason—, porque, en primer término, estoy obligado a ser leal con Nancy Banks. Quiero verme libre para hacer cuanto pueda en pro de la muchacha y eso me imposibilita para firmar otras alianzas que me aten las manos. Tal vez desee adoptar la posición de creer que usted asesinó a su esposo.

—La verdad es que, si no lo hice, no fue por falta de ganas —declaró la mujer—. Se lo estuvo buscando. Debí haberlo hecho en media docena de ocasiones, pero no lo hice.

—Sin embargo —dijo Mason—, le sugiero que nombre abogado. Tengo la impresión de que es harto posible que se descubran hechos capaces de demostrar que la avenencia la firmó usted bajo coacción… Ahora, el señor Drake, aquí presente, en su calidad de detective, puede asistir al inventario que tendrá efecto en la oficina de su esposo, ostentando la representación de usted.

»El señor Drake trabaja para mí en lo que concierne al asesinato y a los hechos relacionados con el mismo, pero no hay razón que le descalifique para realizar averiguaciones en lo que respecta a cuanto se descubra en el despacho de su esposo de usted sobre todo en lo que respecta a cualquier dato susceptible de demostrar que el acuerdo mencionado lo firmó usted obligada por la coacción.

—¿Cree que ese acuerdo podría ser anulado?

—No lo sé —reconoció Mason—. No estoy en condiciones de aconsejarla. Sugiero, simplemente, que se busque un abogado.

Inez Fremont se volvió hacia Paul Drake.

—¿Cuánto costaría contratar sus servicios para que estuviera presente en el momento en que abran el despacho de mi marido, se lleve a cabo el inventario de lo que contiene y… bueno, para que mantenga allí los ojos bien abiertos y compruebe si aparece algo de lo que dice el señor Mason, algo relacionado con esa avenencia de liquidación de bienes?

Drake miró a Mason y recibió un imperceptible movimiento afirmativo de cabeza.

—No mucho —dijo el detective—. Le costaría quince dólares.

La mujer titubeó un momento y luego abrió su bolso y tendió a Drake los quince dólares.

—¿Y nombrará usted un abogado? —preguntó Mason.

—Pensaré en ello —se avino Inez Fremont—. Un abogado me pediría un anticipo. Tal vez no se den cuenta ustedes de lo que significan quince dólares para una mujer perteneciente a la clase trabajadora y que está llegando a una edad en la que se la examina de pies a cabeza cuando solicita un empleo y después empiezan a soltar excusas para quitársela de encima.

—Está bien —dijo Drake—. Trataré de encontrarme allí y veré si puedo descubrir algo en su beneficio. Si no consigo averiguar nada, señora Fremont, mi labor no le costará un penique.

—Me parece bien —repuso la mujer—. No espero conseguir nada de balde. Nunca lo tuve, y llevo ya cuarenta años intentando levantar cabeza.

Mason hizo una seña a Della Street, que extendió rápidamente una autorización en una hoja de su libreta de notas.

—Firmé aquí —pidió Drake—. Y veré lo que puedo conseguir.

Capítulo 13

Eran las tres de la tarde cuando Drake regresó a la oficina de Mason, con un informe del registro efectuado en el despacho de Fremont.

—¿Qué sucedió? —quiso saber el abogado.

—Bueno, se desarrolló el espectáculo más maldito que uno pueda presenciar en su vida.

—¿Estaba Halstead con ellos?

—Faltaría más.

—¿Y les mostró el depósito oculto?

—Exacto. Hay una alfombra en el piso de cemento. Dicho piso de cemento se divide en baldosas cuadradas. Uno levanta la alfombra y, a primera vista, no hay nada, salvo el piso de cemento ordinario. Pero en la baldosa central del suelo existe un pequeño cuadro que encaja tan ajustadamente que a duras penas se puede distinguir la señal de la ensambladura. Y en esa unión casi resulta imposible insertar la punta de un destornillador a no ser que el destornillador tenga un filo tan sutil como el de una hoja de afeitar.

—¿Y qué más? —preguntó Mason.

—Entonces, el trozo de cemento se levanta y deja al descubierto una anilla. Uno tira de esa anilla y entonces se levanta toda la sección de cemento, que tiene una superficie de cosa de veinte centímetros cuadrados, y queda a la vista una cajita metálica que hay oculta debajo.

»La unión del cemento encaja tan astutamente que cuando la losa se encuentra en su sitio no se diferencia en nada del resto del piso. Lo único que puede dar una pista a los ojos es el pequeño trozo cuadrado de encima. Pero la raya de unión tiene el grosor de un pelo… un pelo fino. Uno ha de mirar desde muy cerca para

verlo.

—No cabe duda de que Halstead miró desde muy cerca.

—Seguramente miró desde tan cerca porque recelaba algo y sabía lo que buscaba.

—Y Rodney Banks lo encontró —dijo Mason.

—Es probable que diera con ello, sí. Pero recuerde una cosa, algunas de esas personas anduvieron vigilando a Fremont subrepticiamente.

»Ese despacho es el lugar más condenado que he visto en la vida. Tiene barrotes en las ventanas y, además de la cerradura normal, en la puerta hay un enorme cerrojo de hierro macizo. Los muros son muy gruesos y no me sorprendería que todas las ventanas tuviesen cristales a prueba de balas.

—Todo eso está muy bien —dijo Mason—. ¿Cuánto había en el escondrijo secreto?

—Vaya, esto sí que le va a dejar de una pieza, Perry —declaró Drake—. ¡No había allí un maldito centavo!

—¿Qué?

—Nada. Lo habían limpiado, estaba tan liso como un silbido.

—¿Cómo es posible? —preguntó Mason.

—Eso es lo que debieron pensar todos. Pero puedo decirle algo. La policía no dio muestras de sorpresa.

—¡Y un cuerno!

—Pues no, señor, no se asombraron. Tragg pareció tomárselo como si tal cosa. O había estado allí antes, realizó una investigación y no descubrió nada, o trabajan sobre alguna teoría del caso indicadora de que alguien se había llevado ya el dinero.

»El que se quedó boquiabierto de veras fue Larsen E. Halstead. Echó una mirada y se puso a gatas con cara de no dar crédito a sus ojos; después empezó a palpar con las yemas de los dedos, pero Tragg le frenó. Deseaba espolvorear el recipiente de acero situado debajo de la losa de cemento y que evidentemente había contenido el dinero, para descubrir huellas dactilares.

—¿Muy hondo?

—Unos cuarenta y cinco centímetros, probablemente —repuso Drake—. No lo medí. Quizá tuviese una profundidad de cuarenta, o acaso de cincuenta. Lo que sí puedo decir es que tiene alrededor de

cuarenta y cinco centímetros.

—¿Y la cubierta de cemento tiene unos veinte centímetros cuadrados?

—Sí. El piso de cemento está marcado por líneas que forman cuadros de unos veinte centímetros y la que oculta la anilla tiene el mismo aspecto que las demás, con la excepción de que puede levantarse.

—¿Y Tragg no pareció sorprendido?

—Ni siquiera parpadeó, Perry. Bajó la vista hacia el receptáculo vacío y capté esa especie de sonrisita taimada que a veces retuerce las comisuras de su boca. Pero Halstead exclamó: «¡No puede ser!», y cayó de rodillas como si alguien le hubiese asestado un garrotazo en la nuca. Luego empezó a toquetear el interior de la caja y Tragg le agarró de un brazo y dijo: «Nada de huellas digitales, por favor.»

—¿Qué contestó Halstead?

Halstead alzó la mirada hacia Tragg y dijo: «¿Qué más da? Mis huellas ya están aquí. Vi el dinero y lo conté. Sabía que estaba en este lugar.»

—¿Qué dijo Tragg? —siguió preguntando ordenadamente Mason.

—Tragg se limitó a esbozar otra de sus sonrisitas retorcidas y repuso: «Bueno, señor Halstead, no queremos que deje *más* impresiones suyas y pretendemos que no se marchen ni se borren las que pueda haber dejado alguna otra persona.»

—Y luego, ¿qué?

—Efectuaron el inventario de lo que había en la oficina, una especie de relación general de todos los objetos existentes allí, y después cerraron el establecimiento otra vez. Pero se llevaron a Halstead consigo. Querían que les proporcionara algunos informes adicionales, relativos a alguna fase del caso que no logré adivinar.

—¿Pusieron obstáculos a su presencia allí? —inquirió Mason.

—En principio temí que me arrojasen a puntapiés. Pero luego les enseñé la autorización por escrito firmada por la señora Fremont; les dije que representaba a la viuda y uno de los polizontes me acusó de ejercer mi profesión de modo artero. Contesté que nada más lejos de la verdad, que no había razón para que no pudiese efectuar trabajos de investigación para usted y, al mismo tiempo,

representar a otros clientes. Y entonces Tragg llamó a sus huestes a un aparte, celebraron una breve conferencia y, después de eso, Tragg se me acercó, dijo que se hacía perfecto cargo de mi situación, que sabía que yo era detective que obraba siempre de buena fe, que me atenía a la más estricta ética profesional y que, por lo tanto, no iban a poner objeciones de ninguna clase a mi presencia.

»A continuación Tragg siguió diciendo que esperaba que yo subrayaría a la señora Fremont el hecho de que manifestaron toda clase de atenciones a su representante, que anhelaban aclarar las cosas y que cualquier persona que representara los intereses de la señora Fremont recibiría todas las cortesías posibles por parte de las autoridades policíacas.

—Bueno, que me aspen —dijo Mason—. En el fondo de todo esto hay algo que ignoro. La policía posee otros informes de los que no tenemos ni la más remota idea.

—¿Es sorprendente? —preguntó Drake.

—En este caso, no —respondió Mason.

—Bien —repuso Drake—, así están las cosas hasta la fecha. ¿Sabe usted algo más, en lo que concierne a su término?

—Van a celebrar una encuesta ante el gran jurado —dijo Mason —. Se disponen a encausar a Nancy Banks para procesarla acusada de asesinato en primer grado y desarrollar la vista de la causa. Una encuesta preliminar podía retrasar las cosas un poco… o así lo creen. Quieren que el gran jurado dicte el encausamiento y luego tratarán de llevar a cabo el juicio inmediatamente.

—Y usted, naturalmente, intentará demorarlo, ¿no? —preguntó Drake.

—Voy a examinar las pruebas meticulosamente —dijo Mason—. Conseguiré una transcripción de lo que declaren los testigos ante el gran jurado y luego voy a desconcertarlos, Paul.

—¿Cómo?

—¿Ha visto alguna vez el juego de la cuerda? —preguntó Mason —. Dos equipos tiran de una soga, cada uno por un extremo. Y uno de ellos, cuando sus adversarios han puesto toda la carne en el asador y se esfuerzan al máximo, aflojan y hacen perder el equilibrio a sus rivales al ceder casi totalmente en su oposición.

Bien, en ese juego de tira y afloja voy a proporcionar a Hamilton Burger, nuestro querido fiscal del distrito, un sinfín de flojedades.

—¿Hasta dónde? —inquirió Drake.

—Todo lo que sea necesario para que el señor Burger disponga de cuanta cuerda le haga falta para ahorcarse —dijo Mason.

—Eso puede resultar peligroso —advirtió Drake—. Hamilton Burger es un luchador tenaz y con muchos recursos. Si no cuenta con hechos para respaldar su actuación, no ganará un caso. Pero si tiene esos hechos, es capaz de pelear como un gato montés y llegar a la cumbre.

—Ya lo sé —convino Mason pensativamente—. Pero estoy jugueteando con una idea.

Capítulo 14

El juez Navarro Miles observó con aire reflexivo a Hamilton Burger, fiscal del distrito.

—La parte demandada puede ejercer su derecho de aviso perentorio.

Mason se puso en pie.

—Con la venia del Tribunal, no deseamos formular aviso perentorio alguno. El jurado es completamente satisfactorio para la defensa.

—Muy bien. Los miembros del jurado prestarán juramento —dictaminó el juez Miles.

Los integrantes del jurado se pusieron en pie colectivamente, levantaron la mano derecha y juraron discernir con justicia y equidad, de acuerdo con su conciencia, el caso y las conclusiones de la causa suscitada entre el Estado de California, por una parte, y Nancy Banks, por la otra.

El juez Miles lanzó una mirada pensativa a Burger.

—¿Debo entender que el fiscal del distrito tiene intención de aparecer personalmente en el caso?

—Sí, señoría. Me ayudará mi delegado judicial, Robert Calvert Norris, que se encuentra en la sala conmigo. Pero, de modo principal tengo intención de dirigir el caso personalmente.

La expresión del juez Miles reveló su curiosidad.

—La realidad es —continuó Hamilton Burger— que, por razones que saldrán a relucir a medida que la vista vaya desarrollándose, éste va a ser un caso muy importante, un caso único, un caso en el que será necesario que tome parte activa y personal el fiscal del distrito de este condado, legalmente elegido. Esta causa lleva inherentes determinadas circunstancias jurídicas que es muy

probable establezcan un precedente en este condado.

»Ahora, con el permiso del tribunal, mi colega, el señor Norris, dirigirá al jurado una alocución de entrada.

—Muy bien, proceda —dijo el juez Miles.

Norris era un individuo alto, flaco, de ondulada cabellera castaño-rojiza, grandes ojos azules y actitudes cuidosamente dignas. Se adelantó hasta plantarse delante del jurado.

—Con la venia de la sala —dijo— y con el permiso de ustedes, damas y caballeros del jurado, ésta va a ser una declaración de apertura muy breve. Me limitaré a esbozar únicamente los hechos que el ministerio fiscal espera demostrar, así como nuestra teoría del caso.

Hizo una pausa, cuadró los hombros, miró de manera solemne e impresionante a los miembros del jurado y continuó:

—Confiamos en demostrar que el hermano de la acusada, Rodney, estaba empleado en el negocio del difunto, Marvin Fremont, y había desfalcado una considerable cantidad de dinero a su patrón. La mayor parte de ese dinero se apostó en las carreras de caballos.

»Fremont descubrió el desfalco y siguió a Rodney Banks al hipódromo, donde se encontró con que el muchacho había apostado por un caballo que figuraba con el nombre de «Dough Boy», un animal que apenas contaba con probabilidades, pero que al final resultó ganador.

»Cuando Banks se disponía a cobrar el importe de la apuesta, Fremont insistió en que la misma se había hecho, no con dinero de Rodney Banks, sino con dinero que pertenecía a Fremont, y, por lo tanto, Fremont tenía derecho a quedarse con el premio.

»Se procedió al arresto de Banks, acusándole de desfalco.

»Eso, damas y caballeros del jurado, deja la escena lista para el asesinato.

»No pretendemos decirles que Marvin Fremont, el difunto, era un ángel. No lo era. De hecho, las pruebas demostrarán muchas cosas en sentido contrario.

»Fremont estaba comprometido en la realización de transacciones ilícitas. A tal fin, guardaba una importante suma en efectivo en un escondrijo de su despacho.

»Rodney Banks, hermano de la acusada, había descubierto ese escondite. Cuando Banks comprendió que el desfalco había sido detectado, jugó su carta de triunfo, diciéndose, sin duda, que lo mismo le daba ocho que ochenta y que las cosas no podían ponérsele peor. Al ser puesto en libertad bajo fianza, se apresuró a ir a la oficina, arrambló con todo el dinero que había en la caja secreta y se apresuró a utilizarlo en plan de arma para llegar a un trato con Fremont.

»Sabiendo que Fremont no podía citar la suma escondida en su caja secreta sin verse obligado a explicar el motivo por el cual estaba allí, sabiendo que Fremont se sentiría inclinado a llegar a un acuerdo si su empleado desfalcador se encontraba en una postura que le permitiese tratar, Rodney Banks se llevó tranquilamente *todo* el dinero.

»Eso impulsó a Fremont a ir en busca de la acusada, la cual se había inscrito en el Motel Foley, establecimiento situado en un punto próximo al Criadero de Truchas Osgood.

»Este criadero de truchas consiste en un negocio particular, cuyas instalaciones incluyen una serie de estanques abastecidos de truchas y unidos entre sí por una corriente de agua que los enlaza. A los pescadores se les concede la ocasión de pescar en las albercas y en el arroyo y se les cobra a tanto la trucha que capturan.

»Conocía esta piscifactoría Lorraine Lawton, una amiga de la acusada que trabaja en ella. También le era conocida a la acusada, que a veces prestaba allí sus servicios, paseándose por los estanques vestida únicamente con un traje de baño más bien provocativo.

»Al objeto de que los deportistas pudieran llevarse las truchas a casa, sin que se les estropeasen, el criadero, disponía de su propia reserva de hielo seco.

»La acusada tenía llaves del almacén correspondiente.

»La acusada fue al Motel Foley. Su intención consistía en encontrarse allí con su hermano. Pero Fremont mantenía a la chica vigilada. Fremont sabía que Nancy Banks estaba allí.

»Llegamos ahora a un capítulo del caso que nos gustaría evitar, si fuese posible, pero, con toda franqueza, damas y caballeros del jurado, no podemos evitarlo.

»Rodney Banks no sólo hizo sus apuestas con el dinero producto

del desfalco, sino que entregó también a su hermana parte de ese dinero estafado, con instrucciones para que lo apostase a favor del caballo «Dough Boy». La hermana adquirió cinco boletos de cien dólares cada uno por ese corcel. Pero cuando vio que arrestaban a su hermano en el instante en que se disponía a cobrar sus boletos, la joven abandonó el hipódromo empavorecida, fue a la oficina de Perry Mason y le entregó sus boletos para que el abogado los hiciese efectivos al día siguiente.

»El señor Mason cobró dichos boletos y llevó el dinero al motel, donde estaba la acusada, a la que hizo entrega del dinero, a pesar de que ya se le había avisado de que las papeletas fueron adquiridas con el producto de un desfalco.

»Marvin Fremont fue al motel. Es probable que se manifestara insultante. La autopsia ha demostrado que había bebido extraordinariamente. La acusada disparó allí contra él. El cuerpo estaba en el cuarto de baño, bajo la ducha.

»Entramos ahora en una fase interesante del caso, en la que la demandada, tratando de ocultar el crimen y sabiendo que la policía iba a establecer la hora de la muerte por el sistema de tomar la temperatura al cuerpo de la víctima, decidió alterar el factor tiempo, de forma que pareciese que el asesinato fue cometido mucho antes de la hora auténtica.

»La acusada fue al cercano Criadero de Truchas Osgood, se aseguró la posesión de una gran cantidad de hielo seco y envolvió literalmente con él el cuerpo de la víctima. Aguardó después a que descendiera la temperatura del cadáver y cuando comprendió que el medio empleado había surtido efecto, telefoneó a su consejero legal, Mason, pidiéndole que acudiese al motel.

»Una vez tuvo la certeza de que Perry Mason se hallaba en camino, y segura de que los recipientes de hielo seco habían cumplido su misión, recogió dichos recipientes, volvió al Criadero de Truchas Osgood y los depositó en el cubo de desperdicios existente allí.

»Las pruebas demostrarán también, damas y caballeros del jurado, que, alarmada al constatar que su treta del hielo seco había sido descubierta, Nancy Banks regresó al cubo de desperdicios del criadero de truchas con fines que la evidencia aclarará y que llevó

al descubrimiento de una de las piezas más importantes de la cadena de pruebas circunstanciales del caso.

»Sobre el firme cimiento de esa prueba, damas y caballeros del jurado, el ministerio fiscal solicitará un veredicto de asesinato en primer grado. Asesinato con premeditación. Asesinato perverso. Asesinato deliberado. Asesinato cometido a impulsos de la codicia y con intento de ocultación del crimen.

»Ante la evidencia concluyente de esa prueba, creo que ustedes se mostrarán de acuerdo con el ministerio fiscal, que habrá establecido su caso más allá de toda duda razonable.

»Gracias.

Robert Norris dio media vuelta y regresó a la mesa de la fiscalía.

Hamilton Burger, fiscal del distrito, no ocultó su criterio de que la alocución de entrada se pronunció a las mil maravillas. Estrechó la mano de su delegado judicial y le sonrió de manera radiante.

El juez Miles se dirigió a Perry Mason.

—¿Desea la defensa hacer una declaración de apertura en esta etapa de la vista?

—La defensa se reservará su alocución —repuso Mason.

—Muy bien. Que se convoque el primer testigo —determinó el juez Miles.

Robert Norris se hizo cargo de los detalles preliminares, llamó a un agrimensor y presentó un mapa de la comarca, mostrando la distancia por carretera existente entre el Criadero de Truchas Osgood y el Motel Foley, una distancia que no sobrepasaría los dos kilómetros y medio. El mapa fue presentado como prueba M 1 de la acusación.

Se llamó al médico que realizó la autopsia, el cual testificó que la muerte fue virtualmente instantánea y causada por un proyectil de revólver calibre 38, bala que atravesó el corazón.

Mientras ese testigo respondía al interrogatorio del ministerio fiscal sobre detalles anatómicos, Mason se volvió a Nancy Banks y susurró:

—Debe confesar la verdad, Nancy. ¿Colaboró usted, con su hermano, en algún desfalco?

—No.

—¿Qué prueba recuperaron del cubo de desperdicios del

criadero de truchas y que van a utilizar para darnos una sorpresa?

—Los recipientes de hielo seco.

Mason sacudió la cabeza.

—Lo saben todo acerca de eso, y saben también que nosotros estamos enterados. Esto es algo que ellos saben y nosotros *ignoramos*.

—No sé —dijo la muchacha—. No pueden tener nada.

—No haré más preguntas —anunciaba en aquel momento Robert Norris en tono dramático—. La defensa puede interrogar.

Mason palmeó a Nancy Banks en el hombro, tranquilizadoramente, se levantó y miró al testigo.

—Doctor, ¿ha testificado usted que recobró la bala fatal?

—Sí, señor.

—¿Y la entregó a la policía?

—Sí, señor.

—¿De dónde la recogió?

—De un rincón del departamento de la ducha, donde el cuerpo aparecía desplomado y donde fue a parar el proyectil después de ser disparado.

—¿Entregó la bala a la sección de balística de la policía?

—Sí, señor. La entregué al teniente Tragg, de Homicidios, y creo que él la pasó a Balística.

—En tal caso —apuntó el abogado—, ¿cómo sabía usted que era la bala fatal?

El doctor sonrió.

—Era el único proyectil que había en la ducha, y la bala fatal había atravesado el cuerpo.

—¿Cómo sabe usted que la víctima fue sacrificada en la ducha? —preguntó Mason.

—Porque la muerte fue instantánea y allí fue donde cayó.

—¿Cómo sabe que cayó allí?

—Allí se encontró el cadáver.

—¿Y la bala había atravesado el cuerpo de parte a parte?

—Sí.

—¿Y fue hallada en el recinto de la ducha, disparada?

—Sí, señor.

—Así que usted —articuló Mason—, al ser llamado para

examinar el cuerpo, dedujo que el hombre fue disparado en el sitio donde se le encontró y dedujo asimismo que la bala, descubierta en el departamento de la ducha, debía ser el proyectil fatal, ¿no es eso?

—Bueno, esas son suposiciones naturales.

—En otras palabras —acusó Mason—, usted está prestando declaración basándose en suposiciones, no en hechos.

—Bien, a mí me parece que son suposiciones lógicas.

—Su criterio sobre el asunto no ha de pesar contra la acusada. A la acusada hay que condenarla con hechos comprobados. Veamos, usted no sabe con certeza absoluta si el hombre cuyo cuerpo fue encontrado en la ducha fue muerto allí, ¿verdad?

—Bien, ciertamente… No, no lo sé. No estaba allí en el instante en que se disparó el arma.

—Exacto. A juzgar por los datos que conoce usted, la víctima pudo recibir el disparo fuera del motel, trasladada a la ducha y dejada allí.

—Difícilmente podría calificarse eso de suposición lógica.

—Pero es una conjetura posible. Responda a la pregunta sí o no. ¿Es una posibilidad?

—Sí, es una posibilidad.

El testigo vaciló un momento y luego dijo:

—Pero no es una posibilidad lógica.

—¿Por qué no?

—No había sangre en el piso. La única sangre aparecía en el recinto de la ducha. Las quemaduras de pólvora indican que el disparo se hizo a cosa de siete centímetros y medio del cuerpo. Hubiera resultado bastante trabajoso para una persona transportar el cadáver, cosa prácticamente imposible para una muchacha, como la demandada. Habría tenido que llevar el cadáver a través del motel hasta el cuarto de baño.

—Por consiguiente, suponiendo que la acusada sea la persona que cometió el crimen, usted no cree que el cuerpo haya sido llevado a través del cuarto, ¿verdad? —preguntó Mason.

—Eso es lo que acabo de decir.

—Basa su testimonio en un montón de hipótesis, no en hechos, doctor, y saca sus propias conclusiones. Su premisa consiste en que la demandada hizo el disparo fatal. Suponiendo tal cosa, relaciona

sus conclusiones con la evidencia.

—Bueno, no dejan de ser conclusiones lógicas. Uno no puede explicar los hechos más que recurriendo a medios lógicos.

—¿Y por qué iba el difunto a entrar en el motel, pasar por delante de la acusada y penetrar directamente en el cuarto de baño?

—Eso no puedo aclarárselo.

—¿No se le ocurre ningún motivo lógico?

—No tengo por qué imaginarlo. Estoy aquí para declarar en lo que concierne a los hechos, no para formular hipótesis de cómo pudo suceder.

—Todo su testimonio es una masa de conjeturas relativas a lo que ha ocurrido —dijo Mason—. Con el permiso del Tribunal, solicito que se borre el testimonio de este testigo del registro.

—Se deniega la solicitud —manifestó el juez Miles—, pero se pide al jurado que no conceda atención alguna a las conclusiones del testigo sobre lo que, en su opinión, debe haber sucedido. El jurado tendrá presente sólo la declaración del testigo relacionada con los hechos básicos y las conclusiones técnicas basadas en datos médicos que se hallen dentro de su incumbencia como experto. El Tribunal anulará todo otro testimonio y dará instrucciones al jurado para que no lo tenga en cuenta.

—¿Incluida la declaración respecto a la bala fatal?

—Desde luego —concedió el juez Miles—. El testigo no sabe que fue la bala fatal. La acusación tiene perfecto derecho a manifestar la presencia del cadáver en el recinto de la ducha. Tiene derecho a demostrar la causa de la muerte. Tiene derecho a señalar la presencia de *una* bala en el departamento de la ducha. Tiene derecho a demostrar que esa era la *única* bala que había en el cuarto de baño. En lo que se refiere a lo demás, se trata de conclusiones que ha de sacar el jurado, no el testigo.

—Oh, si el Tribunal lo permite —intervino Hamilton Burger—, presiento que mi docto amigo se ha dejado llevar por su entusiasmo técnico y quizás ha ido demasiado lejos.

—Bien, en opinión del Tribunal, los testigos deben limitarse a testificar hechos, no conclusiones —saltó el juez Miles—. La decisión está tomada y seguirá en pie.

—No creo, con el permiso del Tribunal, que al Tribunal le asista

el derecho de tamizar la declaración de un testigo de ese modo y decir al jurado qué partes del testimonio debe tener en cuenta y cuáles desdeñar.

—La decisión va todavía más allá —dijo el juez Miles—. He atacado el equilibrio de la deposición.

»Ahora, señor fiscal, estoy tratando de ahorrar tiempo. Si usted se empeña en recurrir a tecnicismos respecto a las atribuciones del Tribunal, aceptaré la solicitud de la defensa y eliminaremos todo el testimonio del doctor, con la excusa de que se basa en conclusiones; luego, puede usted convocar de nuevo al testigo, a fin de que declare adecuadamente en lo que respecta al descubrimiento del cadáver, la causa de la muerte, las quemaduras de pólvora, la presencia de la bala… no en el cuerpo, sino en el recinto de la ducha.

—Muy bien —dijo Hamilton Burger, de mal talante—. Me encuentro en una situación en la que debo, naturalmente, aceptar las decisiones del Tribunal y respetarlas. Pero señalo, también con todo respeto, que el señor Mason tuvo ocasión de oponerse a las preguntas cuando fueron formuladas.

»En resumen, pregunté al doctor si había encontrado la bala fatal y contestó que sí. En ese momento, con la venia del Tribunal, a Mason se le presentó la oportunidad de decir que el proyectil no era la bala fatal; o, más bien, que el testigo no tenía modo de saber que se trataba de la bala fatal.

—Usted presentó su caso siguiendo la línea de formular preguntas que llevaban casi aparejada la conclusión del testigo —manifestó el juez Miles—. Me sentiría inclinado a estar de acuerdo con sus comentarios acerca de la táctica de la defensa, a no ser porque el Tribunal se dio cuenta de que usted se percataba de que el consejero legal y la acusada conferenciaban en voz baja, y trató de aprovecharse, ya que en ese momento la defensa estaba distraída, formulando preguntas tan bien planeadas que exigían la correspondiente conclusión a que había llegado el testigo por su cuenta.

—Yo no formulé esas preguntas —protestó Hamilton Burger.

—Lo hizo su delegado. Usted es responsable. Y ahora, continuemos con el caso.

Burger se sentó despacio, mientras enrojecía de indignación.

—Llamen al estrado al teniente Tragg —pidió Robert Norris.

Tragg se adelantó con urbana afabilidad, con la actitud y los modales del hombre empleado por los contribuyentes y que cumple el deber para el que le han contratado los contribuyentes.

El teniente Tragg declaró haber recibido una llamada telefónica de Perry Mason, quien le informó que había sido descubierto un cadáver en la habitación del motel ocupada por su cliente, la acusada en aquella causa: que Tragg se presentó de inmediato en el lugar del suceso y encontró allí el cuerpo; que en compañía del médico que acababa de testificar, examinó el cadáver; que, en el recinto de la ducha, habían hallado una, y sólo una, bala; que tenía dicha bala. Sacó el proyectil, que fue puesto en evidencia.

El teniente manifestó que había entregado la bala a la sección de Balística, que estuvo presente en la sección de Balística mientras se efectuaban las pruebas para determinar si el proyectil fue disparado por cierto revólver de calibre 38, que las pruebas demostraron que dicho revólver disparó la bala en cuestión, que llevaba el revólver consigo y que lo sacaría a relucir, para que fuese recibido como prueba.

Mason se volvió a Nancy.

—¿De dónde sacaron esa arma? —dijo el abogado.

—No lo sé —susurró la joven—. *Nunca* la vi.

—Solicitamos que ese arma se acepte como prueba.

—Un momento —intervino Mason, al tiempo que se ponía en pie—. Tengo algunas preguntas relativas al *voir dire*.

—Muy bien —decidió el juez Miles—. Puede usted interrogar al testigo sobre el *voir dire* en lo que concierne a esa arma, señor Mason.

—¿Dónde obtuvo el revólver? —preguntó Mason.

La expresión del rostro del teniente Tragg era positivamente angelical.

—Me fue entregada por un agente de policía.

—¿Sabe dónde la consiguió el agente de policía?

—Sólo de oídas —contestó Tragg—. Y, naturalmente, no puedo testificar basándome en datos conocidos por referencias ajenas.

—¿Participó usted personalmente, con el experto en balística, en

la prueba de este revólver y esa bala que se recogió en el departamento de la ducha?

—Así es, sí señor.

—Y, según creo, es usted un experto en cuanto a identificación de armas, ¿no es cierto?

—Me considero algo así, aunque no soy el experto oficial de la policía. No obstante, me hallaba presente cuando se efectuaron los ensayos con el microscopio para probar la bala, a la que me referiré como el proyectil de la ducha, más que como la bala fatal. La prueba consistió en disparar ese proyectil con el arma que tengo ahora en la mano. Hice las comprobaciones necesarias mediante el microscopio de comparación y no dudo en declarar que, en mi opinión, este proyectil de la ducha fue disparado por el arma que tengo en la mano y no por ninguna otra.

—¿Siguió usted la pista hasta el origen de ese revólver a través de su número de registro?

—Lo hice, sí, señor.

—¿Quién adquirió el arma? ¿A nombre de quién estaba registrada?

—El revólver —manifestó Tragg, sonriendo amablemente— fue comprado por Marvin Fremont. Se trata del arma descrita en una licencia que encontramos encima del señor Fremont, cuando murió.

—En otras palabras, Fremont adquirió el revólver y presentó una solicitud para que se le permitiera llevar el arma, alegando que a veces se veía obligado a llevar sumas de dinero importantes y deseaba sentirse protegido, ¿no?

—Exactamente.

—¿Y le fue concedida la licencia sobre esa base?

—Eso es.

—¿Y usted ignora dónde se encontró el revólver? —inquirió Mason.

—Sólo lo sé de oídas —respondió Tragg, radiante.

Mason se volvió al Tribunal.

—Esta es la conclusión de mi interrogatorio sobre *voir dire*, con el permiso del Tribunal. No me opongo a que se reciba esa arma en calidad de prueba.

Mason tomó asiento, se volvió hacia Nancy Banks y susurró:

—Nancy, eso fue lo que encontraron en el cubo de desperdicios del Criadero de Truchas Osgood.

—No, no… —murmuró la muchacha, desorbitados los ojos a causa de la alarma—. No es posible que fuera… eso…

—¿Qué cree usted que va a conseguir mintiéndome continuamente y colocándome en una situación tan resbaladiza, obligándome a luchar a ciegas? —preguntó Mason, irritado—. Estoy dispuesto a esforzarme al máximo para ayudarla, pero estoy harto de sus mentiras.

—¿Qué más averiguó usted, teniente? —preguntó Norris una vez terminado el formulismo de poner un rótulo al revólver y presentarlo como prueba «B» del Pueblo.

—Al introducir las manos por debajo del cadáver —explicó Tragg—, noté que el pavimento de la ducha estaba frío, muy frío, extraordinariamente frío.

—¿Esperaba usted encontrar el suelo de la ducha frío a causa de la evaporación de la humedad y de las baldosas del piso?

—Sí.

—¿Y estaba más frío de lo que había previsto?

—Mucho más frío. Además, la ropa de la víctima estaba helada al tacto.

—¿Fría?

—Fría de veras.

—¿Y qué hizo usted, con referencia al examen de esta cuestión de temperatura?

—El doctor llevaba consigo su termómetro clínico, a fin de tomar la temperatura al cuerpo, y en el motel había otro termómetro. Utilicé el termómetro del motel. Al aplicarlo al embaldosado del suelo, el termómetro señaló una temperatura de cuatro grados centígrados y cinco décimas. Comprobé entonces la ropa del difunto y el termómetro señaló cinco coma cinco grados centígrados. La temperatura reinante en el cuarto de la ducha era de veintitrés grados centígrados.

—¿Según el mismo termómetro?

—Sí, señor.

—¿Procedió usted a verificar la exactitud de ese termómetro en cuanto a los datos que proporcionaba?

—Verifiqué el termómetro una hora después, a mi regreso a la Jefatura de Policía.

—¿Cuál fue el resultado?

—Comprobé que el termómetro era razonablemente exacto, dentro de una leve variación, completamente permisible.

—¿Averiguó algo más?

—Sí. Al despertarse mi interés, debido a la anormal temperatura de las prendas de la víctima y del piso de la ducha, exploré un poco más y tropecé con un trozo de cartón rasgado de un recipiente.

—¿Tiene ahora ese trozo de cartón?

—Lo tengo.

Tragg sacó el trozo de cartón y éste fue presentado como prueba.

—¿Qué hizo usted luego?

—Entonces —declaró Tragg—, salí fuera del motel, me llegué al punto donde estaban aguardando Perry Mason y su cliente, la acusada en este caso, y les comuniqué a ambos que este trozo de cartón, era en mi criterio…

—Un momento —le interrumpió Norris—, no deseamos su opinión en este instante. Sólo queremos saber qué *dijo* la acusada y qué dijo su abogado, Perry Mason. Nada más deseo saber qué *dijeron* en presencia de usted.

—Sí, señor, comprendo. Les indiqué a ambos que, según mi criterio, este trozo de cartón era un fragmento arrancado a un recipiente de hielo seco, y les pregunté a los dos si sabían algo al respecto.

—¿Qué respondieron?

—La demandada sacudió la cabeza negativamente y entonces su abogado le advirtió que no dijese nada, que no moviese la cabeza siquiera.

—Creo, con el permiso del Tribunal, que, de momento, con esto concluye mi examen directo del testigo. Es probable que vuelva a convocarle más adelante, en relación con otra fase del caso, pero por ahora, no puedo ir más lejos. Dejaré el testigo en manos de la defensa, para que ésta proceda a efectuar su interrogatorio.

El teniente Tragg, peligroso antagonista, volvió la cabeza para enfrentarse a Perry Mason. Los ojos del policía rezumaban cautela,

si bien esbozaba una sonrisa amistosa y sus modales eran extremadamente corteses.

Mason comprendió la trampa que le habían tendido y se manifestó con idéntica suavidad.

—Con la venia de la sala, en vista de que la acusación intenta, aparentemente llamar de nuevo a este testigo para que declare sobre otras cuestiones, considero oportuno para mí reservar el interrogatorio para entonces. Naturalmente, si el ministerio fiscal no lo convoca, como ha prometido hacer, entonces conservaré el derecho para llamar por mi parte al testigo, a fin de llevar a cabo el interrogatorio correspondiente.

—Muy bien —accedió el juez Miles—. Me parece justo. Llame a su siguiente testigo señor fiscal.

A Norris le fue imposible disimular su decepción. Frunció el ceño con rabia y se revolvió en la silla para conferenciar con Hamilton Burger a base de susurros.

Sin embargo, Burger, veterano en la Audiencia, se daba perfecta cuenta de la manera en que Norris perjudicaba su caso al demostrar que la táctica de Mason le fastidiaba. El fiscal de distrito dejó a un lado a Norris y se levantó para anunciar:

—El próximo testigo de cargo será Stanley Moulton.

El recado fue transmitido al pasillo.

—Stanley Moulton —sonó una voz al otro lado de la puerta de la sala.

Un momento después, Moulton, que había estado esperando en el cuarto de testigos, franqueó la entrada de la Audiencia y avanzó hacia el estrado.

De acuerdo con los datos que reveló el interrogatorio preliminar, Moulton era el agente de policía que, en la noche del día tres, fecha del asesinato, se encontraba de servicio en un coche patrulla con radio.

Preguntado si había recibido ciertas instrucciones, sin especificar en qué consistían las mismas, declaró que había recibido instrucciones específicas. Al preguntársele qué hizo a continuación, respondió que se había dirigido a toda velocidad a las proximidades del Criadero de Truchas Osgood, que estacionó su automóvil en una calle lateral, que anduvo hasta situarse entre la maleza, oculto, a

unos diez metros del cubo de desperdicios que localizó allí.

—Veamos ahora —preguntó Norris—, ¿distinguió usted a la acusada aquella noche?

—Sí.

—¿Dónde?

—Estaba ante el cubo de desperdicios.

—¿Se encontraba usted solo en aquel momento?

—No, señor. Me acompañaba otro agente.

—Bien, ¿a qué hora vio usted a la demandada?

—La avistamos por primera vez a las diez y dieciséis minutos. La pusimos bajo custodia a las diez y veintiún minutos.

—¿Qué hizo la acusada en aquel momento y lugar?

—Llegó en automóvil y lo detuvo de forma que los faros delanteros iluminasen el cubo de deshechos, dejó el motor en marcha, se apeó del vehículo, se detuvo para mirar en derredor, en actitud de aparente escucha, y luego se encaminó en derechura al cubo de desperdicios.

—¿Qué hizo allí?

—Extrajo algunos objetos del cubo y después empezó a sacar cajas de cartón. Dichas cajas de cartón estaban parcialmente llenas de hielo seco, como posteriormente se descubrió.

—¿No lo sabía usted en ese instante?

—En aquel preciso momento, no. Sin embargo, lo comprobamos en cuestión de minutos.

—Bien, ¿dice usted que la acusada sacó del cubo esas cajas de cartón?

—Sí.

—¿Había alguna de ellas rota, alguna a la que le faltase un trozo?

—La había.

—¿Era una de las cajas que sacó la demandada?

—Lo era.

—¿Y se apoderó usted de esa caja de cartón?

—Eso hice.

—Ahora, ¿qué hizo usted con esa caja de cartón con referencia a ella y con referencia al trozo rasgado, que previamente ha sido presentado por el teniente Tragg, que declaró haberlo encontrado

debajo del cuerpo del difunto; trozo de cartón que se aceptó como prueba «C» del Pueblo?

—¿Quiere usted decir en una fecha posterior?

—Sí, subsiguiente al arresto, señor Moulton. En otras palabras, trato simplemente de establecer aquí un fundamento.

—Comprendo. Probé las dos partes, a ver si encajaban.

—Veamos ahora, ¿tiene usted la caja de cartón, es decir la parte rota que recogió de las manos de la acusada la noche del tres?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted sacarla, por favor?

El testigo abrió una cartera de mano y extrajo de ella un trozo de cartón oblongo.

—Ahora, señor Moulton —prosiguió Norris—, le ofrezco el fragmento de cartón que hemos recibido como prueba «C» del Pueblo. Voy a pedirle que enseñe al Tribunal esta prueba «C» y el trozo que usted recuperó, y demuestre si la pieza rasgada, recibida como prueba «C», encaja perfectamente en el receptáculo de cartón que usted ha traído.

—Sí —dijo el testigo, y unió las dos piezas, teniendo buen cuidado en manejar la caja de cartón de forma que todos los miembros del jurado pudiesen ver que el fragmento más pequeño se acoplaba perfectamente a la caja de cartón rota.

—Ahora, con el permiso del Tribunal —dijo Norris—, solicito que esta caja de cartón sea presentada como prueba «D» del Pueblo.

El juez Miles miró a Mason interrogadoramente.

Sabiendo que los ojos de todos los miembros del jurado estaban clavados en su persona, sabiendo que aquella condenada pieza de convicción fundía a la acusada con el asesinato más que ninguna otra prueba circunstancial que pudiera presentarse, Mason se esforzó para que su voz sonara indiferente, aburrida casi.

—Pues, desde luego, señoría. La defensa no se opone. Estipularemos que puede aceptarse como prueba.

—Así lo ordeno —manifestó el juez Miles—. Se recibirá como prueba «D» del Pueblo.

—Ahora —dijo Norris— con la venia del Tribunal, solicito se permita a los miembros del jurado tener en sus propias manos las pruebas «D» y «C» al mismo tiempo, para que comprueben si se

ajustan ambos trozos.

—Ninguna objeción —se apresuró a declarar Mason, antes de que el juez Miles tuviese tiempo de intervenir—. Nos manifestamos deseosos de que los miembros del jurado examinen las dos piezas de convicción en este momento de la vista.

El tono y los modales de Mason indicaban que aquello no le sorprendía lo más mínimo, que ya lo tenía previsto de antemano que, después de todo, se trataba de algo que iba a suceder en cualquier instante.

Los miembros del jurado, sin embargo, al tomar los dos trozos de cartón y ver que encajaban de modo absoluto, se miraron significativamente unos a otros, indicando que la evidencia había causado una impresión profunda y duradera en ellos.

Cuando el jurado hubo devuelto las pruebas, Robert Norris comprendió, lo mismo que todos los presentes en la sala, que había cumplido a mil maravillas su misión de presentar dramáticamente las pruebas físicas.

—Ahora, señor Moulton, deseo preguntarle qué hizo usted después de poner a la acusada bajo su custodia… inmediatamente después de ponerla bajo custodia.

—Bien, le advertimos que íbamos a conducirla a la Jefatura de Policía, bajo la sospecha de asesinato en primer grado.

—¿Qué dijo la acusada, suponiendo que dijera algo?

—Dijo que no tenía ningún comentario que hacer, que Perry Mason era su abogado, que ella no diría nada en absoluto, que si deseábamos saber algún detalle sobre el caso, tendríamos que llamar a Perry Mason.

—Así, ¿qué hicieron ustedes?

—Le ordenamos que subiera al coche de la policía, mi compañero se quedó con ella y un servidor regresó al cubo de desperdicios para examinarlo más a fondo.

—¿Y lo examinó más a fondo?

—Lo examiné.

—¿Encontró algo?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la parte más profunda del cubo.

—¿Qué era?

—Un revólver del calibre 38.

—Le pregunto ahora si anotó usted el número de ese revólver.

—Lo hice.

—Le pido que observe el arma que ha sido presentada como prueba «B» del Pueblo y coteje el número de esa arma con el número del revólver que usted encontró.

El testigo se sacó del bolsillo un librito de notas, aceptó el revólver, convirtió en todo un espectáculo el estudio de cada uno de los guarismos del número en cuestión y luego alzó la mirada y asintió con la cabeza.

—¿Qué ha averiguado? —preguntó Norris.

—Los números coinciden. Es el arma que recogí del fondo del cubo de desperdicios.

—En otras palabras, el revólver que encontró usted en la parte inferior del cubo de desechos es el mismo revólver que hemos admitido como prueba «B» del Pueblo.

—Lo es.

Norris sonrió con aire triunfal.

—¿En qué condiciones estaba el arma cuando usted la encontró, señor Moulton?

—El revólver tenía un cartucho disparado bajo el percutor. Los otros espacios del cilindro estaban ocupados por cartuchos cargados.

—Bien, señor Moulton, está usted familiarizado con las armas de fuego. Forma parte de su adiestramiento el seguir un cursillo respecto al manejo de tales armas, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y está usted familiarizado con esta clase de arma en particular, un revólver «Smith & Wesson» de calibre 38?

—Lo estoy, sí, señor.

—Y ese cartucho vacío que ha mencionado, ¿dice que estaba debajo de la aguja de percusión?

—Exacto. Se trata de un revólver de doble acción, que se amartilla automáticamente. El cartucho disparado estaba en la posición de fuego. Es decir, que el arma, en un momento determinado, fue cargada con seis cartuchos. Uno de ellos fue

disparado y ese cartucho permanecía en la misma posición que cuando se apretó el gatillo. En otras palabras, se alineaba con el cañón del arma.

—La defensa puede interrogar —manifestó Norris triunfalmente.

—¡Vaya! —exclamó Mason, como si le dejara perplejo la mera insinuación de que pudiese haber un interrogatorio por parte de la defensa—. Pero si no tenemos pregunta que formular al testigo.

—¿La defensa no va a interrogar? —inquirió Norris, incrédulo.

—Claro que no —saltó Mason.

—Pueden llamar al siguiente testigo de cargo —dijo el juez Miles.

Hamilton Burger echó una mirada significativa al reloj.

—Bien —rectificó el juez Miles—, se aproxima la hora de la suspensión de la vista. Creo que el Tribunal va a decidir retirarse en este punto.

»Damas y caballeros del jurado, el Tribunal no ordena que sean mantenidos ustedes bajo custodia, sino que les permitirá volver a sus hogares… en este estado, el Tribunal tiene esa opción.

»Sin embargo, el Tribunal les advierte que no están autorizados para tratar este caso con nadie, ni siquiera entre ustedes. No se permite que el asunto sea discutido en su presencia, no leerán periódicos, no escucharán reportaje alguno del juicio que se transmita por radio o televisión, no formarán ni expresarán ninguna opinión, hasta que el caso se someta de manera definitiva a su consideración.

»El Tribunal aplaza la vista de la causa hasta mañana, a las nueve y media de la mañana.

Subrepticiamente, Mason dejó escapar un profundo suspiro y aflojó las manos, que había tenido apretadas con fuerza, debido a la tensión nerviosa.

Capítulo 15

Perry Mason, Della Street y Paul Drake ocupaban sendas sillas en el despacho del abogado.

Reinaba allí una atmósfera lúgubre en grado superlativo.

—Lo siento, Perry —articuló Drake—, pero no me ha sido posible descubrir un solo dato que sirva de ayuda. Esta es la clase de proceso con la que sueñan los fiscales de distrito. Burger tiene aquí una serie de pruebas circunstanciales que no pueden ponerse en tela de juicio: la bala disparada por el revólver, el trozo de cartón arrancado al recipiente de hielo seco, el encadenamiento de ambas piezas de convicción a la acusada, sorprendida con las manos en la masa, cuando plantaba el arma homicida en el cubo de desperdicios…

Mason inclinó la silla hacia atrás, mientras hundía el mentón en el pecho y clavaba la vista, meditabundo, en el secante de encima de la mesa escritorio.

Los ojos de Della Street fueron de Mason a Drake, regresando después al abogado. En las pupilas de la muchacha se manifestaba la cálida simpatía que le inspiraba el compromiso en que se hallaba su jefe.

—No todo es un camino de rosas para Hamilton Burger —dijo Mason—. Hay algunos detalles ilógicos en relación con su teoría.

—No se preocupe de su *teoría* —aconsejó Drake—. Hoy sólo ha disparado el primer cañón de su escopeta. Mañana disparará el segundo. Y circulan rumores por el juzgado que afirman que ese segundo cañón es algo fuera de serie. Le va a dar de lleno, disparará a quemarropa. Por eso dirige el caso personalmente. Va a gozar de su triunfo hasta el límite.

—¿Por qué entraría Fremont en la ducha de la chica? —

aventuró Mason.

—Porque ella le atrapó allí —repuso Drake.

—¿Cómo es que cedió la posesión del arma? Era un revólver que solía llevar siempre encima.

—¿Dónde lo llevaba? —preguntó Drake.

—En el bolsillo de la cadera, probablemente —repuso Mason—. O acaso en algún bolsillo especial, diseñado por su sastre, en la cintura. Al parecer, nunca se separaba del arma.

—Nancy pudo haber puesto en práctica una representación de novelas por entregas —dijo Drake—; pudo pedir clemencia, le arrojaría los brazos al cuello, quizás cayó de rodillas, introdujo la mano por debajo de la chaqueta del hombre, tropezó con el revólver y…

—¿Y qué? —preguntó Mason.

—Empuñó el arma, se incorporó e hizo fuego.

—¿Por qué?

—Porque Fremont se negaría a conceder una amnistía a Rodney y aceptar la restitución.

—No iba a haber ninguna restitución —respondió el abogado—. El hermanito había vuelto, arrambló con todo y tomó las riendas de la situación. En aquel momento, tenían las mejores cartas de la partida. Contarían en su poder con una cantidad de dinero de Fremont que oscilaba de los quince a los veinte mil dólares. Si Fremont enviaba a Rodney a la cárcel, no volvería a ver un centavo de ese dinero. No, Paul, esa teoría puede que sea la que tiene el fiscal del distrito, y así lo espero porque me va a resultar fácil agujereársela delante del jurado.

—No podrás causar en ella el suficiente número de agujeros como para que no siga conservando el agua —dijo Drake—. Y recuerde, Perry, este caso no va a ganarlo interrogando a los testigos que ya pasaron por las manos de la acusación. Las pruebas de este juicio son algo frío, duro, matemático.

»Es probable que mañana por la tarde, el ministerio fiscal le lance al regazo toda la cuestión y entonces usted tendrá que volver la cabeza y decir: «Nancy Banks, tenga la bondad de colocarse en el estrado de los testigos».

Y la muchacha tendrá que salir al estrado y contar una historia

convincente. Y créame, tendrá que ser algo mucho más espectacular de lo que la joven ha dicho hasta la fecha.

—¿Qué le induce a pensarlo así? —preguntó Mason.

—La cara que pone usted, por ejemplo —contestó el detective.

Mason se levantó y empezó a pasear por la estancia.

—Lo curioso del asunto —dijo— es que se trata de un caso en el que Nancy habría salido mejor librada con otro abogado. Es un caso que yo no debería llevar.

—¿Por qué no? —preguntó Drake.

—Porque creo en la verdad —respondió Mason—. Me gusta enterarme de todos los hechos. Eso está muy bien cuando uno tiene un cliente inocente pero cuando uno se encuentra con que ese cliente ha cometido un crimen, incluso aunque haya un sinfín de circunstancias atenuantes, la situación es muy distinta.

»Muchos abogados criminalistas no dejan que sus clientes cuenten historia alguna. Aguardan hasta ver en qué consiste la evidencia del ministerio fiscal, luego la estudian, buscan los puntos débiles de las tesis de la acusación y *entonces* piden a su cliente que suba al estrado y cuente una historia que encaje con los hechos, aprovechando al máximo los fallos de la versión de la fiscalía y destrozando todo lo que pueden el caso de la acusación.

»Naturalmente, estos abogados no dicen a sus defendidos que suban al estrado y cometan perjurio, pero les *señalan* que si sucede que su historia es así y asá y figura en ella esto y lo otro, el jurado se mostrará dispuesto a creerla. El cliente es lo bastante listo como para darse cuenta de que dos y dos son cuatro y se encarga de hacer el resto. Por eso, tales abogados no permiten que sus defendidos relaten su versión al principio, ya que si nadie sabe en qué consiste esa historia, al cliente no le cuesta nada cambiarla y el abogado no puede ser culpable de perjurio mediante cohecho.

—En este caso, Nancy Banks no podría contar ninguna historia susceptible de ayudarla en algo —dijo Drake.

—No sé, no sé —repuso Mason—. Es una jovencita muy linda. Causa toda una buena impresión.

—Ya me he dado cuenta —contestó Drake—. Eso solía salir bien antes de que introdujeran mujeres en los jurados. Una chica con las piernas bonitas casi estaba en perfectas condiciones de conseguir un

buen veredicto, después de cometer su asesinato. Pero ahora hay mujeres en los jurados, y las mujeres se examinan unas a otras con endemoniada meticulosidad. Si una acusada enseña las piernas más de la cuenta, se enajena los votos de todas las damas del jurado. Y si no las enseña, el elemento masculino de ese jurado no se siente influido.

—Ella no tendría que enseñar las piernas —dijo Mason—. Simplemente, tendría que declamar una historia que *pudiese* parecerse mucho a lo sucedido.

—¿Como cuál?

—Fue al motel; iba a encontrarse allí con su hermano.

—¿Cree que ese es el motivo por el que fue allí?

—Me satisface como explicación. Es lógica. Fue a ese motel para encargarme la tramitación de la fianza de su hermano. Presentía que era muy posible que siguiesen a su hermano y también que trataran de reclamar el dinero que ella había ganado, del mismo modo que reclamaron el de Rodney. Nancy deseaba hablar con Rodney, enterarse con exactitud de lo que había estado haciendo, de la cantidad real que había desfalcado y de cuál era la situación.

Drake chasqueó los dedos.

—Claro —exclamó—, esa es la explicación de todo el asunto. El hermano fue allí. El hermano estaba en el motel. Se presentó Fremont. Discutieron. El hermano de Nancy le planteó la papeleta: «Si me larga a la cárcel, jamás volverá a ver un centavo de sus veinte mil dólares o de la cantidad que fuese. Además, me iré de la lengua, contando todo lo que sé a los muchachos de Hacienda, y se encontrará con que, en menos de veinticuatro horas, le han formado un expediente como para envolverse en él».

—¿Y luego? —se interesó Mason.

—Entonces, Fremont le tiraría una tarascada, el joven Banks le sacudiría un derechazo en el estómago, lo despediría hacia atrás, Fremont caería de espaldas en el recinto de la ducha y…

—¿Y qué? —insistió Mason.

—Bueno —prosiguió Drake, débilmente—, entonces, Fremont sacaría a relucir su revólver y Banks se lo arrebató y le mató.

—¿Cómo se las arregló Banks para quitarle el arma de la mano? —prosiguió Mason—. Ha dejado usted a Fremont sentado en el

suelo de la ducha, encañonando a Banks. Así que, ¿cómo se las ingenió Banks para acercarse a Fremont y desposeerle del revólver sin que el otro le descerrajara un tiro?

—La chica debió poner en práctica alguna maniobra en el momento oportuno —dijo Drake—. Sin duda trató de apoderarse del revólver o hizo algo que distrajo a Fremont.

—Está bien —articuló Mason—. Prosiga hablando.

Drake empezó a decir algo, pero en seguida se dominó.

—Rayos, Perry, tendría que haber dispuesto del tiempo suficiente para urdir una historia… Podría someterme a interrogatorio y…

Mason hizo sonar los dedos de repente.

—¿Qué pasa? ¿Ha tenido una idea luminosa?

—Acabo de adivinar el motivo por el cual Hamilton Burger lleva el caso personalmente —dijo Mason.

—¿En qué consiste ese motivo?

—¿No se acuerda de que declaró algo acerca de que el caso llevaba aparejada alguna cuestión que requería la presencia de un funcionario debidamente elegido al cargo del ministerio fiscal o algo parecido?

Della Street asintió.

—Tomé nota de eso, a escondidas —declaró.

—¿Qué fue lo que dijo? —preguntó Mason.

Della Street abrió la libreta de notas, pasó varias páginas, llegó a la parte que buscaba y leyó en voz alta:

> *«Sí, señoría. Me ayudará mi delegado judicial. Robert Calvert Norris, que se encuentra en la sala conmigo. Pero de modo principal, tengo intención de dirigir el caso personalmente… La realidad es que por razones que saldrán a relucir a medida que la vista vaya desarrollándose, éste va a ser un caso muy importante, un caso único, un caso en el que será necesario que tome parte activa y personal el fiscal del distrito de este condado, legalmente elegido. Esta causa lleva inherentes determinadas circunstancias jurídicas que es muy probable establezcan un precedente en este condado…»*

—Eso concuerda —dijo Mason—. Participa en el proceso para conceder inmunidad.

—¿Qué insinúa?

—Va a llamar a Rodney Banks para que declare como testigo.

—¡Cielo santo! ¿Quiere decir que Banks testificará contra su hermana?

—No le va a quedar más remedio —dijo Mason—. Burger va a interrogarle respecto al desfalco, y Rodney declarará que se niega a responder a tales preguntas, por consejo de su abogado, ya que las contestaciones que pueda dar tenderán a incriminarle y su consejero legal le ha advertido en lo que hace al caso.

»Por consiguiente, Burger saldrá a la palestra y presentará una solicitud al Tribunal, en el sentido de que el juez ordene al testigo que responda, y el Estado, en lo que se refiere al crimen particular sobre el que Rodney testifique, garantizará, por cuenta del ministerio fiscal, completa inmunidad al testigo.

—¿Y entonces Rodney no tendrá más alternativa que la de responder? —preguntó Della Street.

Mason asintió.

—Es una ley relativamente nueva.

—Y eso le colocaría a usted en una situación…

—Actuando con habilidad, podría colocarme en situación de darle la vuelta al juicio —dijo Mason—. Paul, vaya al otro cuarto. Péguese al teléfono. ¿Tiene un operario tras la pista de Rodney Banks?

Drake asintió.

—Transmita a ese operario instrucciones para que, de una manera amistosa, entre en contacto con el chico, o, mejor aún, envíe uno de sus agentes femeninos de mejor presencia física y colóquelo en situación de trabar amistad con Rodney y le diga, en plan de confidencia, que el fiscal del distrito va a convocarle en el estrado de los testigos y le va a obligar a responder a unas cuantas preguntas, concediéndole inmunidad para que conteste.

—¿De qué servirá eso? Simplemente, le impulsará a abandonar el país, ¿no cree?

Mason sonrió.

—Al menos, servirá para que el muchacho esté preparado y no

se vea cogido por sorpresa.

—Rodney entró en relaciones con un abogado —informó Paul Drake—. Un individuo que atiende por el nombre de Jarvis N. Gilmore.

—Jarvis, ¿eh? —comentó Mason, y sonrió pensativamente.

—¿Le conoce? —inquirió Drake.

—Le conozco y conozco los métodos que emplea —dijo Mason —. Para su buen gobierno, puedo informarle de que la «N» de su primer apellido responde perfectamente a lo que es el tipo —Nettle (Ortiga)—, y Jarvis es el muchacho más adecuado para picar y enconar a fiscales de distrito. Aunque éstos me aborrecen, tengo entendido que experimentan también hacia mí cierto respeto, porque siempre insisto en dar con la verdad. Pero Jarvis es algo distinto a mí. A Jarvis le odian a muerte y pierden casi todos los casos que Jarvis defiende.

—¿Quiere decir que no insiste en la búsqueda de la verdad?

—En confianza —explicó Mason—. Pensaba precisamente en Jarvis Gilmore cuando mencioné el tipo de abogado que escucha todo lo que la acusación tiene que decir, luego solicita un aplazamiento para preparar su defensa y después se dedica a proporcionar a su cliente una lección completa acerca de la historia, que debe relatar, al objeto de aprovechar todos os posibles puntos flacos del caso de la fiscalía.

»Una vez hecho eso, procura ganar todo el tiempo que puede, con vistas a conseguir que se produzca la suspensión del juicio por la tarde, antes de que su defendido suba al estrado. Para entonces, el cliente ya ha sido aleccionado, interrogado y recontrainterrogado y se encuentra en condiciones de declarar una historia convincente y clara, capaz de resistir las preguntas ulteriores del fiscal.

—Bueno, Rodney Banks ha consultado a Gilmore.

—Eso explica el hecho de que Gilmore haya echado un par de vistazos al caso esta tarde —dijo Mason—. Le diré lo que tiene que hacer, Paul. Vamos a tocar todos los pitos de este asunto. Vaya a una cabina telefónica, donde no sea posible localizar la llamada. Telefonee a Jarvis Gilmore.

—¿A estas horas? —se extrañó Drake.

—Rayos, a cualquier hora —replicó Mason—. Mi teléfono

nocturno no figura en la lista. Descubrirá que con Jarvis Gilmore es distinto. Tiene un número para la jornada diurna y otro para por la noche y, es más, siempre hay alguien que contesta al teléfono, a cualquier hora del día o de la noche. Le alegra recibir llamadas.

—De acuerdo. ¿Qué tengo que hacer?

—Disfrace la voz, dígale que es usted un amigo, que el fiscal del distrito tiene intenciones de llamar a su cliente al estrado de los testigos y obligarle a responder a varias preguntas mediante la concesión de inmunidad.

—¿Y luego qué? —preguntó Drake.

—Luego cuelga el auricular, sale de la cabina y se olvida de todo lo referente a la llamada —dijo Mason, sonriente—. Esto *puede* proporcionar a nuestro amigo, el fiscal del distrito, algo en que pensar.

—¿Insinúas que Jarvis Gilmore es tan bueno? —preguntó Drake.

—Insinúo que Jarvis Gilmore es así de malo —repuso Mason—. Adelante, empiece a cumplir su misión, Paul.

Capítulo 16

El juez Miles ascendió hasta el sitial y tomó asiento.

El alguacil requirió:

—Tengan la bondad de sentarse todos, por favor.

—La demandada se encuentra en la Audiencia y todos los miembros del jurado están presentes, caballeros —observó el juez —. ¿Se hallan a punto para reanudar el caso?

—Sí, señoría —replicó Hamilton Burger.

—Sí, señoría, estamos preparados —anunció Perry Mason.

Norris se puso en pie.

—Llamen al estrado a Larsen E. Halstead.

Gritaron el nombre de Halstead pasillo abajo y, al cabo de un momento el hombre entró en la sala, se llegó al estrado de los testigos y prestó juramento.

—¿Estuvo usted empleado a las órdenes de Marvin Fremont, durante algunos meses antes al fallecimiento de dicho señor?

—Sí, señor.

—¿Conocía usted a Rodney Banks, el hermano de la acusada?

—Sí.

—¿Dónde lo conoció?

—Era también empleado de Marvin Fremont.

—¿En qué consistían sus deberes, señor Halstead?

—Bueno —articuló el hombre, mirando hacia el jurado por encima de la montura de sus gafas—. Era una especie de contador, jefe administrativo, encargado de los impuestos y, supongo, chico para todo.

—¿Qué tareas desempeñaba Rodney Banks?

—Bien, era cobrador, agente de ventas y algo así como mozo para recados. El negocio de Fremont no era nada convencional y el

personal no ejecutaba tareas regulares porque el negocio tampoco tenía normas regulares.

—Comprendo —dijo Norris—. ¿Hasta qué punto se llevaba ese negocio sobre la base de operaciones al contado?

Halstead se pellizcó los labios pensativamente.

—En bastante más proporción de lo que suponía —declaró por último.

—Es una respuesta más bien ambigua —dijo Norris, volviéndose hacia el jurado para asegurarse de que captaban la implicación—. Seguiré por otro camino. ¿Guardaba la víctima grandes sumas de dinero en su despacho?

—Cantidades muy importantes.

—¿De las que usted tenía conocimiento?

—De algunas estaba enterado y otras no las descubrí hasta después.

—¿Se llevaba la contabilidad de tal modo que esas sumas tenían reflejo en los libros?

—No, señor. Estas últimas cantidades a las que me refiero eran algo distinto. Eran de dinero en efectivo y, por expresarlo así, constituían capital no registrado. Nadie sabía que estaban allí… nadie, a excepción de Fremont.

—¿Dónde se guardaba el dinero?

—Había dos sitios. Uno era la caja de seguridad, y el otro un receptáculo secreto de debajo de la alfombra, en la parte inferior de una losa de cemento que se levantaba.

—Le enseñaré fotografías del piso de la oficina. Aquí las tiene. Le pregunto si puede señalar cuál de las secciones del suelo comprende la pieza de cemento a que se ha referido.

—Ésta.

—Mire ahora esta fotografía de una sección de cemento levantada del suelo y diga si es o no la misma sección de cemento que ha descrito.

—Lo es.

—¿Y qué hay debajo de esta sección de cemento?

—Una caja de metal, empotrada en el hormigón e inamovible.

—¿Qué había en dicha caja la última vez que la vio?

—Nada.

—Me refiero a la vez anterior a la última.

—Había dieciocho mil seiscientos noventa dólares.

—¿Los contó?

—Los conté.

—¿Por qué?

—Porque estaba realizando una declaración de impuestos y, desde luego, no pretendía que hubiese partidas falsas. Tan pronto descubrí el dinero guardado allí me hice el propósito de preguntar al señor Fremont acerca de él, a ver qué decía, qué explicación me daba. Después le pediría que me enseñase los libros en los que figuraban aquellos miles de dólares en efectivo.

—¿Hizo usted eso?

—No señor.

—¿Por qué?

—El señor Fremont fue asesinado antes de que se me presentase la ocasión de exponerle tal asunto.

—Veamos, ¿cuándo encontró usted ese dinero, lo contó y se enteró de que la cantidad guardada era superior a dieciocho mil dólares?

—Eso fue el viernes, poco antes de mediodía.

—¿Tomó usted nota adicional alguna, además de registrar la suma total?

—Sí, se me ocurrió que debía comprobar las señas de algunos billetes. En su mayoría, esos billetes eran de diez y veinte dólares, con unos cuantos de cincuenta aquí y allá. Pero había también varios de cien dólares, y anoté los números de cuatro de ellos.

—¿Lleva esos números consigo?

—Los tengo.

—¿Tiene usted la bondad de sacarlos, por favor, y usando sus apuntes para refrescarse la memoria, decir a los miembros del jurado qué números son esos?

—Sí, señor.

—¿Quiere leer esos números al jurado? Diga al jurado cuáles son esos cuatro números.

—Los números son: L 04824084 A, L 01324510 A, G 06300382 A y K 00460975 A.

—¿Cuándo escribió esos números? —preguntó Norris.

—En el momento en que conté el dinero.

—¿Y qué día fue eso?

—El segundo.

—¿El viernes fue el segundo día?

—Exacto, sí.

—¿A qué hora dijo usted?

—Poco antes del mediodía. Alrededor de las doce menos veinticinco, calculo, según mi noción del tiempo. No me fijé en la hora y no puedo decirla con exactitud, pero no diferiría mucho de las once treinta y cinco minutos. El señor Fremont salió a las once y media y entonces pensé que podría llevar a cabo la comprobación.

—¿Sabe a dónde fue?

—Dijo que no volvería aquella tarde. Pero no sé a dónde fue, no.

—La defensa puede interrogar —dijo Norris.

—Puede que la defensa no tenga preguntas —manifestó Mason —, pero, ciertamente, me gustaría examinar el memorándum que el testigo ha utilizado para refrescar sus recuerdos.

—No tengo nada que oponer —repuso Norris.

Mason se adelantó y el testigo le tendió una pequeña agenda, en la que los apuntes habían sido hechos con la caligrafía meticulosamente limpia de un contador profesional. Los números de los billetes de cien dólares relacionados con la declaración del testigo estaban escritos con tanta claridad que resultaba imposible el error.

Mason inspeccionó con aire grave el memorándum y después devolvió la agenda al testigo.

—No hay preguntas —articuló Mason.

Esbozando un gesto, Norris manifestó:

—Con el permiso del Tribunal, quisiéramos llamar de nuevo al estrado al agente Moulton.

—Muy bien —concedió el juez Miles—. Que venga el señor Moulton al estrado.

El agente de policía volvió.

—Ya se le ha tomado juramento y se le recuerda que sigue estando usted bajo él —advirtió el juez Miles—. Suba al estrado.

Norris se acercó al testigo, se sacó un billete de cien dólares del bolsillo y dijo:

—Señor Moulton, le presento un billete de cien dólares. Llamo su atención sobre el número, que es el K 00460975 A, y le pregunto si ha visto antes dicho billete de cien dólares. Por favor, coteje el número con cuidado, antes de responder a la pregunta.

Moulton se sacó un librito de notas del bolsillo se lo puso encima de las rodillas, al lado del billete, contempló ambos, se enderezó luego y declaró:

—Sí, he visto ese billete antes.

—¿Dónde lo vio?

—Lo recogí de la persona de Rodney Banks.

—Que usted sepa, ¿está Rodney Banks relacionado con la acusada de este proceso?

—Es su hermano.

—Ahora, ¿obtuvo este billete de él?

—Sí.

—¿Hizo Rodney Banks alguna declaración sobre la propiedad del billete?

—Un momento —intervino Mason—. Me opongo a la pregunta, por tratarse de evidencia de oídas.

—Se admite la protesta.

—Se trata únicamente de un preliminar, con la venia de la sala —dijo Norris—. Estipularé que la pregunta sea contestada mediante un simple sí o no.

—Dadas las circunstancias, el Tribunal decide que se responda con un sí o no a esa pregunta. Tenga entendido, señor Moulton, que la pregunta es, sencillamente: «¿Hizo Rodney Banks alguna declaración sobre la procedencia del billete?» Usted ha de contestar sí o no.

—Sí —articuló Moulton.

—Posteriormente, después de que esa declaración fuera hecha, ¿habló usted con la acusada, Nancy Banks?

—Hablé.

—¿Hizo usted una declaración en su presencia?

—La hice.

—¿Y en qué consistió?

—Un momento —volvió a intervenir Mason—. Me opongo a esa pregunta por considerar que no constituye evidencia apropiada y

por ser inadmisible, impertinente e inmaterial. No hace al caso lo que el agente pudiera decir a Nancy Banks.

—Señoría, comprendo eso —dijo Norris—, pero deseo relacionarlo todo. Quiero que figure en acta que el testigo dirigió unas palabras a la acusada, y quiero que la respuesta de la demandada a esas palabras salga a relucir.

—Llegaré hasta el punto de permitir se testifique en cuanto a la declaración del agente —dijo el juez Miles—, aunque sólo en el caso de que el ministerio fiscal asegure que la respuesta a esa declaración puede considerarse pertinente.

—Se lo aseguro al Tribunal.

—Protesta denegada. Responda el testigo a la pregunta.

—Comuniqué a la acusada —manifestó Moulton— que su hermano había dicho que el billete de cien dólares era parte de cierto dinero que ella le había dado.

—¿Y qué respondió la demandada respecto a tal comunicación?

—Me opongo a esa pregunta por considerarla inadmisible, impertinente e inmaterial —dijo Mason.

—No ha lugar a la protesta.

—La demandada contestó que no tenía nada que decir, que su abogado, Perry Mason, se encargaría de todas las declaraciones en nombre de ella.

—Un momento —advirtió el juez Miles—. No estoy muy familiarizado con las normas decisivas en una situación de esta clase, pero no me parece que las palabras de la acusada constituyan reconocimiento contrario a su interés.

—Es parte del hecho que los miembros del jurado han de considerar.

—Permití que la testificación siguiera adelante porque el ministerio fiscal aseguró que había una respuesta pertinente. Presumí que esa respuesta entrañaría el reconocimiento de algo por parte de la acusada; pero, ciertamente, dista mucho de ser así. La demandada tiene perfecto derecho a no hablar con los representantes de la ley y a no contestar a sus preguntas, si prefiere no hacerlo… Al meditar en todo esto, voy a reservarme la decisión y, por lo consiguiente, voy a anular todas esas respuestas y voy a aconsejar a los miembros del jurado que las pasen por alto.

»Señalaré a los miembros del jurado que, conforme a la ley, si se formula una acusación contra una persona demandada y esta persona demandada admite la acusación o declara algo que indica que la acusación es cierta, la ley permite que la declaración, el reconocimiento y la conducta de la persona demandada se reciban como pruebas. Pero en un caso como este, no creo que la evidencia se halle dentro de los límites de esa regla. Al menos, por lo que a mí concierne no lo considero así. Creo que una persona demandada tiene en cualquier momento perfecto derecho a decir: «Vean a mi abogado. Él se encarga de hacer todas las declaraciones en mi nombre».

»Ustedes, damas y caballeros del jurado, por lo tanto, harán caso omiso en lo que respecta a la declaración dirigida por el testigo a la acusada y a la respuesta dada por ella. Será eliminado de sus mentes como evidencia del caso que nos ocupa.

—Dadas las circunstancias —dijo Hamilton Burger, mientras se ponía en pie e indicaba con sus modales que tenía prevista de antemano aquella situación—, pediremos al agente Moulton que tenga la bondad de abandonar el estrado y solicitaremos la presencia en él de la testigo Lorraine Lawton.

Cuando Lorraine hubo subido al estrado, Norris tomó la palabra.

—¿Se llama usted Lorraine Lawton y vive usted en un apartamento situado enfrente del de la acusada? ¿Estaba usted presente cuando el agente Moulton interrogó a Rodney Banks acerca de dónde recibió el dinero que se encontró sobre su persona?

—Sí.

—¿Oyó lo que dijo Rodney Banks?

—Sí.

—¿Dónde dijo que había recibido todo el dinero que llevaba en la cartera? ¿Quién dijo que se lo había dado aquella misma noche, poco antes?

—Protesto —intervino Mason—. La pregunta es inadmisible, impertinente e inmaterial, sugiere a la testigo que conteste con algo que sólo conoce de oídas.

—Se admite la protesta —saltó el juez Miles.

—Eso es todo —dijo Norris.

—La defensa no interrogará —dijo Mason.

Lorraine Lawton abandonó el estrado.

—Llamen a Rodney Banks —pidió Burger.

—¿Rodney Banks será testigo de cargo? —se extrañó el juez Miles.

—Sí, señoría.

—Rodney Banks al estrado —avisó el alguacil.

Entró en la sala Rodney Banks, acompañado de un hombre vivaz, de baja estatura, que se adelantó al testigo y dijo:

—Con la venia del Tribunal, me llamo Jarvis Nettle Gilmore. Deseo que figure en acta que, en este punto, aparezco aquí en calidad de consejero legal de mi cliente, Rodney Banks.

—Muy bien, señor Gilmore —repuso el juez Miles—. Así figurará en los registros.

—Levante la mano derecha y preste juramento —aleccionó Gilmore a su cliente.

Rodney avanzó, levantó la diestra, prestó juramento, subió al estrado de los testigos, dio su nombre y dirección y se volvió al fiscal de distrito con expresión de torvo desafío en el semblante.

—Examinaré a este testigo, con el permito del Tribunal —dijo Hamilton Burger.

Se encaró con Rodney Banks.

—¿Recuerda la ocasión en que fue arrestado por desfalco?

—La recuerdo.

—¿Se le concedió la libertad bajo fianza?

—Sí.

—El día en que recobró la libertad, ¿recibió o no recibió algún dinero de su hermana, la acusada de este proceso?

—Me opongo a la pregunta por inadmisible, impertinente e inmaterial —exclamó Mason—. Es más, se trata de una pregunta indicativa y sugerente, que concierne a un asunto que queda por completo al margen de este caso.

—Pretendemos dejar al descubierto una conexión —manifestó Hamilton Burger—. Por lo que al testigo se refiere, salta a la vista que es decididamente hostil y, por lo tanto, me asiste el derecho de formularle preguntas indicativas.

—El Tribunal permitirá una respuesta a esa pregunta —decidió el juez Miles—, pero el testigo puede contestar si o no.

—¿Recibió dinero de su hermana en dicha ocasión? —tronó Hamilton Burger.

—Sí.

—Veamos, ahora le enseñaré un billete de cien dólares, cuyo número es el K 00460975 A y le preguntaré si formaba parte del dinero que le entregó su hermana.

—Me niego a contestar sobre la base de que la respuesta puede incriminarme.

—Posteriormente, aquel mismo día, ¿fue usted abordado por el agente Stanley Moulton?

—Bueno, creo que eso sucedió más tarde. Me parece que ocurrió pasada la medianoche. Creo que mi encuentro con Moulton fue la madrugada del día 4.

—Pero en esa oportunidad Moulton llevaba una orden de registro para su apartamento, ¿no es así?

—La llevaba.

—¿Y registró su apartamento?

—Lo registró.

—¿Y encontró en poder de usted un billete de cien dólares del cual se hizo cargo?

—Sí.

—Bueno, ahora —dijo Hamilton Burger—, ¿dónde agenció ese billete de cien dólares?

—Un momento, un momento, un momento —entonó Jarvis Gilmore, avanzando con larga zancada e interponiendo su menudo cuerpo entre el fiscal del distrito y el testigo—. Le aconsejo que no responda a esa pregunta, sobre la base de que la respuesta puede tender a incriminarle.

—Por consejo de mi abogado —dijo Rodney Banks— me niego a contestar a la pregunta, basándome en que podría incriminarme.

—Un minuto —intervino el juez Miles—, me encargaré momentáneamente del interrogatorio. Señor Banks, ¿ha revelado usted a su consejero legal, el señor Gilmore, que la respuesta a esa pregunta podría comprometerle?

—Sí, señor.

—¿Ha expuesto usted a su abogado las circunstancias de una manera completa, clara y sincera?

—Sí, señor.

—¿Y el señor Gilmore le advirtió que, en efecto, si contestaba usted a la pregunta podía incriminarse?

—Sí, señor,

El juez Miles volvió la cabeza hacia Gilmore.

—¿Ha aconsejado usted a su cliente que no responda a esa pregunta, sobre la base de que la respuesta podría incriminarle y está usted completamente familiarizado con los hechos del caso?

—Sí, señoría.

—En tales circunstancias —determinó el juez Miles—, no puede obligarse al testigo a contestar a la pregunta.

—Un momento —alegó Hamilton Burger—. Con la venia del Tribunal, existe un procedimiento relativamente nuevo y estoy preparado para seguir adelante, amparándome y recurriendo a ese procedimiento.

»Estoy perfectamente enterado de los hechos de este caso. Tengo aquí una súplica escrita, dirigida a su señoría, a fin de que usted ordene al testigo a responder a la pregunta, no obstante el hecho de que pueda, técnicamente, incriminarse. He preparado una declaración por escrito, en la cual se garantiza al testigo inmunidad por cualquier crimen en el que pueda haber participado técnicamente, en relación con el hecho de haber aceptado ese dinero.

»Solicito del tribunal atienda las alegaciones que hacen al caso y manifieste al testigo que la fiscalía le concede plena inmunidad, con el fin de obtener la respuesta a la pregunta.

—Permítame ver esa declaración por escrito —dijo el juez Miles —. Presumo que tiene usted copias para Perry Mason, como abogado de la defensa, y para el testigo.

—Y para el consejero legal del testigo —añadió Hamilton Burger, al tiempo que procedía a entregar el documento al juez. Luego, con cierto floreo, presentó las copias correspondientes a Gilmore, Perry Mason y Rodney Banks.

El juez Miles leyó el escrito con meticulosidad.

—Este documento, señor Gilmore, mediante sus términos, certifica que a su cliente, Rodney Banks, se le concede inmunidad; por sí mismo garantiza inmunidad para cualquier violación técnica

de la ley o cualquier crimen resultante de la recepción, por parte de su cliente, de propiedad robada que le hubiese entregado su hermana.

—Eso no es suficiente —dijo Gilmore—. El fiscal del distrito ha formulado una pregunta. El fiscal del distrito no puede obligar a este testigo a responder a dicha pregunta, a menos que señale específicamente que al testigo se le concede plena inmunidad para cualquier crimen que pueda quedar al descubierto por la respuesta a la pregunta.

—Si el consejero legal sigue leyendo —manifestó Hamilton Burger—, observará que en el siguiente párrafo el punto que ha sacado a colación está cubierto. Utilicé un modelo redactado en serie. Pero inserté en él el párrafo específico que acaba de citar el consejero, ya que deseaba anticiparme a cualquier objeción que se me presentara, en el sentido de que la fórmula era demasiado general. Pero notará que en ese modelo se subraya que se garantiza la inmunidad para todo crimen que revele la respuesta a la pregunta que el testigo se niega a contestar, amparándose en que tal respuesta podría incriminarle.

—Muy bien —dijo el juez Miles—. Dirigiré la encuesta. Me parece que tal vez sea ese el espíritu de la ley y, por mi parte, seguiré la ley al pie de la letra.

»Señor Banks, ha declarado usted que la respuesta a esa pregunta puede complicarle en un crimen, técnicamente o de otro modo.

—Sí, señor.

—¿Su abogado se lo advirtió así?

—Sí, señor.

—¿Y se niega usted a responder a la pregunta sobre la base de que al hacerlo podría incriminarse?

—Sí, señor.

—¿Respecto a un crimen cometido dentro de los límites de este Estado?

—Sí, señor.

—¿Dentro de los límites de este condado?

—Sí, señor.

—Ahora parece, señor Banks, que el señor Hamilton Burger, que

el Tribunal puede asegurárselo, es fiscal del distrito de este condado, elegido debida y legalmente, cualificado y en funciones, le ha, mediante las estipulaciones de la ley y los poderes con que le ha investido la ley, garantizado a usted completa inmunidad por parte de la fiscalía, en lo que se refiere a cualquier crimen que pueda salir a la luz como resultado de la respuesta que dé usted a la pregunta.

»Pues bien, en estas circunstancias el Tribunal le asegura que esa inmunidad le ha sido concedida y, por consiguiente, bajo las disposiciones de la ley, no puede temer usted la protección de esas disposiciones contra su posible autoincriminación. Por todo ello, le informo de que se le garantiza absoluta inmunidad respecto al crimen y que tiene ahora el deber de contestar a la pregunta.

—Sí, señor —articuló Banks.

—¿Se hace cargo de la situación? —preguntó el juez Miles.

—Sí, señor.

—Muy bien. La pregunta era: «¿Dónde recibió el billete de cien dólares que el agente Moulton encontró en su poder y le confiscó?»

—Creo, con la venia del Tribunal —intervino Perry Mason—, que el señor juez no debería parafrasear la pregunta. Creo que el relator de la Audiencia debería leer la pregunta al testigo.

—Muy bien, el relator de la Audiencia leerá la pregunta —accedió el juez Miles, un sí es no irritado—. Me parece que comprobará que el Tribunal ha expresado la pregunta de forma esencialmente recta. Sólo deseaba estar seguro de que el testigo se daba cuenta de su situación y del hecho de que se le concede plena inmunidad.

»Creo que tanto el Tribunal como los consejeros legales comprenden la situación. Se han dado casos, en el pasado, en los que una garantía constitucional contra la autoincriminación fue tergiversada de manera que no pudieron prever los creadores de la Constitución. Personas que no deseaban responder a ciertas preguntas contrataron los servicios de consejeros legales quienes advirtieron la posibilidad de que hubiese un crimen técnico implicado en el asunto y, por ende, participaron a sus clientes que entraba en sus derechos negarse a contestar, sobre la base de que la respuesta podía comprometerles.

»La ley ha tomado cartas en el asunto y ha concedido al fiscal

del distrito del condado atribuciones para garantizar inmunidad a los testigos, en lo que se refiere a tales crímenes, y esta defensa técnica, o vía de escape, ya no está abierta para los testigos remisos.

El juez Miles miró a Perry Mason con el ceño fruncido significándole con el gesto que recibiría mejor trato por parte del Tribunal si refrenaba sus impulsos de poner en tela de juicio el curso de la conducta del juez.

—Sí, señoría —articuló Perry Mason, con la debida humildad.

—El relator de la Audiencia leerá ahora la pregunta —dictaminó el juez Miles.

Y el relator de la Audiencia leyó la pregunta.

—Bueno, ahora, ¿dónde se agenció ese billete de cien dólares?

—¿Comprende la pregunta? —inquirió el juez Miles, dirigiéndose al testigo.

—Sí, señor.

—Respóndala, pues.

Rodney Banks miró a Gilmore.

—¿Tengo que hacerlo?

—Tiene que hacerlo. El Tribunal se lo ha ordenado. Se le ha concedido a usted plena inmunidad por cualquier crimen que pueda revelarse como resultado de su contestación.

El testigo declaró:

—Cogí ese billete del cadáver de Marvin Fremont, después de haberle asesinado.

—¿Qué? —vociferó Hamilton Burger, al tiempo que se ponía en pie de un salto.

Rodney Banks guardó silencio.

Jarvis Gilmore esbozó una sonrisita afectada y ejecutó una leve reverencia en dirección al encolerizado fiscal del distrito.

—Me gustaría que el relator de la Audiencia leyera esa respuesta —dijo Perry Mason—. No sólo quiero asegurarme de que figura en el acta, sino que también deseo tener la certeza de que la ha entendido y de que los jurados la oyeron bien.

—¡Un momento! —chilló Hamilton Burger—. Quiero que esa respuesta sea borrada del acta. Esa no es la contestación que… No es la contestación correcta… El testigo obtuvo el dinero de su hermana y está cometiendo el delito de perjurio para proporcionar

a su hermana una vía de escape.

—Con la venia del Tribunal —terció Mason—, considero que el comentario expresado por el fiscal del distrito lleva implícita la consignación de mala conducta, lesiva y perjudicial. El fiscal del distrito está testificando en este caso y haciendo declaraciones de hechos que no están probados. Todo en presencia del jurado.

—Exactamente —corroboró el juez Miles con indignación—. Los miembros del jurado no harán caso alguno de la declaración del fiscal del distrito en lo que concierne a estos hechos no probados. Se concede el señalamiento de mala conducta. Se exhorta a los miembros del jurado a que no presten atención a ello. Ahora bien, caballeros, ¿a qué viene todo esto?

—En primer término, con permiso del Tribunal —dijo Mason—, deseo que el relator de la Audiencia lea la respuesta del testigo a fin de asegurarme de que figura en el expediente y tener la certeza de que la ha entendido.

—Me opongo a esa lectura —protestó Hamilton Burger—. Es… ¡Pero si se trata de una cuestión que exige medidas disciplinarias por parte de la Junta de Agravios del Colegio de Abogados! Estos juristas, anticipándose aparentemente a lo que tenía en la imaginación, han amañado las cartas de tal forma que… ¡Pero si esto es absurdo!

—¿Debo entender —preguntó Mason— que el fiscal del distrito se opone a que el relator del tribunal lea una parte de los autos registrados?

—Solicito que se elimine del expediente la contestación del testigo —manifestó Hamilton Burger—. Quiero que se borre esa respuesta antes de que la lean.

—Ésta es una situación realmente extraordinaria —calificó el juez Miles—. Me doy cuenta de que el fiscal del distrito se ha visto pillado por sorpresa, pero, como ya se hizo constar en el debate preliminar, esta garantía de inmunidad se encuentra en modelos impresos y, ciertamente, figura aquí la estipulación de que al testigo se le concede inmunidad por *cualquier* delito que quede al descubierto y en el que pueda haber participado técnicamente o de *otro modo*.

—Con la venia del Tribunal —insistió Mason—, ¿puedo renovar

mi petición de que el relator de la Audiencia lea la pregunta y la respuesta?

El juez Miles arrugó el entrecejo, miró a Mason, observó luego el rostro sonriente de Jarvis Gilmore y dirigió la palabra al relator en tono de fastidio.

—Lea la respuesta a la pregunta… Lea las dos cosas, la pregunta y la respuesta.

El relator leyó la pregunta.

—Bueno, ahora, ¿dónde se agenció ese billete de cien dólares?

Luego pasó las hojas de su cuaderno y dijo:

—La respuesta fue: «Cogí ese billete del cadáver de Marvin Fremont, después de haberle asesinado.»

—Ese testigo acaba de cometer perjurio —acusó Hamilton Burger—. El billete de cien dólares lo obtuvo de su hermana y él lo sabe.

—Veamos pues —dijo Mason—, de nuevo tenemos al fiscal del distrito repitiendo su mala conducta y haciendo declaraciones a los miembros del jurado sobre hechos que no están demostrados.

—Es una mala conducta reincidente —dijo el juez Miles—. Advierto al fiscal del distrito que éste es un procedimiento anormal, pero el fiscal del distrito ha de contener sus nervios y conservar la presencia de ánimo. De nuevo exhorto a los hombres del jurado para que no presten atención a las declaraciones hechas por la fiscalía sobre hechos del caso, a menos que esas declaraciones estén sustentadas por las pruebas correspondientes.

—¿Desea solicitar una anulación del juicio, señor Mason, a cuenta de la situación que ha surgido?

Mason contuvo la sonrisa que pugnaba por asomar a sus labios.

—No, señoría, simplemente deseo que el Tribunal prevenga al fiscal del distrito que no debe hacer declaraciones en cuanto a detalles que no estén apoyados por el debido testimonio y que advierta a los miembros del jurado que hagan caso omiso de las declaraciones del fiscal del distrito que ya han sido pronunciadas.

El juez Miles reflexionó un poco sobre el asunto.

—Tal vez debería anularse el juicio, dadas las circunstancias —manifestó Hamilton Burger, esperanzado.

—Opino que la acusada ha sido sometida a proceso ante un

jurado compuesto por personas de su misma condición humana y tiene derecho a un veredicto de absolución, pronunciado por este jurado —dijo Mason.

—Voy a procesar a ese testigo, acusándole de perjurio —profirió Hamilton Burger con ira.

—Una vez más, si el Tribunal me lo permite —dijo Mason—, advierto que tenemos otros ejemplos de mala conducta…, el fiscal del distrito utiliza su condición oficial para intimidar a un testigo y desacreditar la deposición que ha hecho en el tribunal.

El juez Miles se permitió el lujo de esbozar una sonrisa.

—No creo que el testigo se sienta intimidado —observó—. Sin embargo el fiscal del distrito será avisado de nuevo para que tenga presente que éste es un procedimiento criminalista, que hay un jurado en la sala y que esta situación, aunque carezca de precedentes, sin duda, es no obstante consecuencia de un acto llevado a cabo por la acusación.

»El acta demuestra ahora que al testigo se le concedió inmunidad, que el testigo contestó a la pregunta, que la respuesta a la pregunta reveló un delito. Ahora, señor fiscal, ¿tiene usted más preguntas que presentar al testigo?

—Desde luego que sí —gritó Hamilton Burger.

—Creo —opinó el juez Miles— que sería mejor que el Tribunal suspendiera la causa quince minutos y se advierte a los miembros del jurado que no deben tratar del caso entre sí, ni permitir que nadie lo discuta en su presencia.

El juez Miles apenas había abandonado su sitial cuando un iracundo Hamilton Burger pasó hecho un basilisco a la parte de la sala que correspondía a la defensa.

—¡No se irá de rositas con esto! —increpó a Gilmore—. Voy a llevarle ante el gran jurado, no ante la Junta de Agravios del Colegio de Abogados, téngalo presente, sino ante el gran jurado.

»Voy a encausarle por conspiración para cometer un delito de perjurio y por cómplice en la tergiversación de hechos en un juicio de asesinato. Usted sabe tan bien como yo que este joven recibió el dinero de manos de la acusada, y usted me colocó deliberadamente en situación de garantizar al testigo la inmunidad para que contestase a la pregunta y amañó la respuesta para que yo perdiera

el caso.

—Vamos, lléveme ante el gran jurado —instó Gilmore—. Procese a Rodney por perjurio. Para demostrar ese perjurio primero tendrá que demostrar que él *no* mató a Fremont. Será una gran escena judicial el fiscal de distrito del condado tratando de demostrar que un hombre es inocente del crimen de asesinato, mientras ese hombre insiste en su culpabilidad. De veras que disfruto por anticipado, imaginándome el desarrollo de *ese* espectáculo.

—¿Es cierto eso? ¿Tendría que demostrar que Rodney Banks no cometió el asesinato? —preguntó a Hamilton Burger uno de los periodistas.

Hamilton Burger giró en redondo para encararse con el reportero y, al hacerlo, se dio cuenta de su error: brilló en el aire el fogonazo de la bombilla de una cámara fotográfica instantánea.

Un jubiloso periodista gráfico se deslizó fuera de la sala con un retrato del fiscal del distrito tomado en el mismo instante en que la autoridad perdía por completo el dominio de sus emociones.

—Tómeselo con calma Hamilton —aconsejó Mason—. No llegará a ninguna parte con esas escenas.

Burger respiró hondo.

—Ni por soñación pudo ocurrírseme por anticipado que recurriese *usted* a tales tácticas.

—No soy *yo* quien ha recurrido a ellas —repuso Mason—. Esto no le va a acarrear nada bueno. Se metió usted mismo de cabeza en la trampa… Veamos ahora, ¿quiere dejar las cosas tal como están o desea salir de nuevo a la palestra y continuar con el caso? Tal vez pueda ayudarle.

—No hay caso con el que continuar —dijo Burger.

Mason se acercó a Hamilton Burger cogió del brazo al colérico fiscal del distrito.

—Si sigue hablando así —tranquilizóle el abogado—, lo que no va a haber es un porvenir para *usted*. Ajuste el asunto a su paso. Y ahora baje a la tierra, ponga los pies en el suelo.

—Me fastidia enormemente —confesó Burger— ser atrapado por un trapisondista tan despreciable. Todos conocemos a Gilmore. Ese tipo vacila menos en cometer un perjurio inducido que usted en

atravesar la calzada de una calle.

—Tómeselo con calma, tómeselo con calma —volvió a recomendar Mason—. Ande, vaya a tomar un trago de agua, empiece a sonreír otra vez y prosigamos con el caso.

—¿Qué caso? —preguntó Burger—. Todo ha terminado ya… todo, menos el vocerío.

—Y usted es el que vocea —replicó Mason—. Cálmese y deje que interrogue yo a Rodney Banks. No permita que el público se percate de que Gilmore le ha vencido.

—Sabía que era un fullero —dijo Burger—, pero no pude suponer que llegase a estos extremos.

—*Ignoraba* usted que había aleccionado a Rodney —dijo Mason —. Cálmese, tómeselo con calma. No me gusta verle…

Burger volvió a respirar hondo.

—Está bien —se resignó—, sólo que… maldita sea, tengo la impresión de que usted ha metido el dedo en alguna parte del pastel que representa este asunto.

—Lo hice, —confesó Mason, sonriente—, pero no fue el pulgar. El pulgar es el que se lleva la mejor parte, si recuerda la canción infantil.

Burger le fulminó con una mirada, echó a andar con rabiosa zancada, apartó a unos cuantos periodistas que trataban de abordarle, emitió un seco: «Sin comentarios», y fue a conferenciar con el teniente Tragg.

Entretanto, por los alambres telefónicos y otros sistemas de comunicación se había divulgado la noticia del asombroso y espectacular desarrollo del caso, y la sala empezó a ponerse de bote en bote de curiosos, periodistas y fotógrafos con cámaras y artilugios relampagueantes.

Al cabo de aproximadamente veinte minutos el juez Miles volvió a ocupar su sitio.

—Vaya, observo que hay aquí varios caballeros de la prensa — comentó—. No se tomarán fotografías del tribunal, ni retrato alguno en la sala mientras permanezca en ella el jurado, la acusada o un servidor. Las fotografías pueden tomarse en el pasillo, también podrán tomarse en la sala, después de la suspensión de la vista y cuando los miembros del jurado se hayan retirado de su tabladillo.

»Y ahora, señor fiscal del distrito, reanude el caso.

—No tengo más preguntas que hacer a este testigo —anunció Hamilton Burger—. Expongo, con la venia del Tribunal, que la respuesta dada a la pregunta tiene el evidente propósito de beneficiar a la hermana del testigo, la acusada de este caso, y no la finalidad de descubrir los hechos. Por ello pido al Tribunal que ordene que ese hombre sea puesto bajo custodia.

—El Tribunal carece de autoridad para ordenar que el testigo sea puesto bajo custodia, ni tampoco la misión de obtener resultados o llegar a conclusiones. Los miembros del jurado recibirán las deposiciones y, cuando el caso les sea sometido definitivamente, emitirán un veredicto.

»Ahora, señor Banks, ya ha prestado declaración y puede retirarse.

—¿Se me concede inmunidad por el asesinato? —preguntó Banks.

—No es de incumbencia del Tribunal formular comentarios sobre el aspecto legal de la situación en lo que a usted concierne —manifestó el juez Miles con visible disgusto—. Tiene usted un abogado que le representa… un abogado —añadió el juez en un tono en el que se traslucía cierta cantidad de admiración concedida a regañadientes— que parece completamente capaz de proporcionarle la adecuada y absoluta protección.

»Puede abandonar el estrado, señor Banks.

—Un momento —intervino Mason—. Me asiste el derecho de interrogar al testigo.

El juez Miles titubeó unos segundos, pero acabó diciendo pensativamente:

—Sí, le asiste ese *derecho*.

—Tengo unas cuantas preguntas que formular en contrainterrogatorio —dijo Mason.

—Muy bien, puede proceder a formularlas.

Perry Mason midió al testigo cautelosamente.

—¿Ha estado usted apostando dinero en las carreras de caballos de cuando en cuando?

—Los fines de semana, sí.

—¿Y había cometido usted un desfalco en la empresa de su jefe

a fin de resarcirse de las pérdidas que sufrió en el juego?

—Un momento, señoría —intervino Gilmore—. Se protesta esa pregunta, porque tiende a incriminar al testigo y por reclamar la revelación de hechos que son inadmisibles, fuera de razón, inmateriales y en nada relacionados con la presente controversia, y aconsejo a mi cliente, el testigo, que no responda a tal pregunta, sobre la base de que su respuesta puede comprometerle.

—¿Cree usted que la contestación a esa pregunta podría incriminarle? —preguntó el juez Miles.

—Sí, señoría.

—¿Y su abogado le aconsejó que no responda fundamentándose en que la contestación le incriminaría, por lo que usted se niega a contestar a la repetida pregunta, sobre esa base?

—Sí, señoría.

—Dadas las circunstancias, y en vista del modo en que ha sido expresada la pregunta, el Tribunal comprende que no puede obligar al testigo a responder a la misma so pena de que el fiscal del distrito le garantice completa inmunidad. ¿Quiere hacerlo el fiscal del distrito?

—El fiscal del distrito no tiene el menor interés en hacerlo —repuso Hamilton Burger—. El fiscal del distrito ya se ha visto zarandeado por una de las tretas que Mason y Gilmore inculcaron a Banks. El fiscal del distrito no sólo no alberga la menor intención de conceder más inmunidades a este testigo, sino que el fiscal del distrito pretende procesar a dicho testigo por todos los delitos que haya cometido dentro de su jurisdicción y que no estén englobados en la inmunidad concedida antes.

Hamilton Burger volvió a perder un poco los estribos y añadió:

—Le procesaré por desfalco, le procesaré por exceso de velocidad, le procesaré por escupir en la acera.

—En tales circunstancias —manifestó el juez, mientras se le escapaba un asomo de sonrisa—, no hay base, desde luego, para que el Tribunal indique al testigo que responda.

—Veamos, pues —dijo Mason— cuando comprendió que el descubrimiento era inminente, fue usted al receptáculo secreto que había encontrado en la oficina de su patrón y se llevó todo el dinero que había allí, ¿no es cierto?

—No conteste, no conteste, no conteste —aconsejó Gilmore—. La respuesta puede incriminarle.

Gilmore se dirigió al juez Miles.

—Debo protestar por la forma en que se lleva este contrainterrogatorio. El consejero legal sabe muy bien lo que está haciendo. Está colocando a mi cliente en un gran compromiso. El Tribunal ha oído ya la declaración hecha por el fiscal del distrito…

—No veo la necesidad de que pronuncie todo un discurso —le interrumpió el juez Miles—. Presente una simple objeción.

—Me opongo a la pregunta porque la respuesta a la misma podría incriminar a mi cliente, y aconsejo a mi cliente que no formule contestación alguna, amparándose en la base de que podría comprometerle.

—Ya ha oído lo que ha dicho su abogado —comunicó el juez Miles a Rodney Banks—. ¿Cuál es su postura?

—La que me aconseja mi abogado.

—En tales circunstancias —dijo el juez Miles, si la postura adoptada por el testigo consiste en negarse a responder porque la contestación le comprometería, el Tribunal no ve razón alguna para ordenarle que responda.

—Eso pone punto final a mi interrogatorio —dijo Mason.

—Oh, señoría —se quejó Hamilton Burger—, esto es desesperanzador. Esto se está convirtiendo en una farsa. El ministerio fiscal opina que…

Mason se puso en pie.

—¿Puedo intercalar una observación dirigida al Tribunal?

—¿De qué se trata? —preguntó el juez Miles—. Me parece, señor Mason, que los intereses de su cliente quedarían mejor servidos si dejase que el fiscal del distrito continuara diciendo lo que pretendía. Tal como veo la situación, creo que iba a presentar una solicitud.

—Antes de que la presente —dijo Mason—, me gustaría reclamar la presencia en el estrado de un testigo para someterle a interrogatorio.

—¿Qué testigo?

—La señora Lorraine Lawton.

Hamilton Burger pareció a punto de oponerse, pero luego, de

modo súbito, con un taimado brillo en las pupilas, se dejó caer en la silla.

—¿Alguna objeción por parte del fiscal del distrito? —preguntó el juez Miles.

—Ninguna objeción —repuso Burger.

El juez Miles contempló a Mason con aire reflexivo.

—Deseo hacerle constar, abogado, que, por lo que concierne a su cliente, el caso parece hallarse actualmente en una situación que no creo logre mejorarlo interrogando a los testigos de cargo. Por el contrario, me parece que más bien existe la posibilidad de que ese interrogatorio lo afecte de manera adversa.

—Con la venia del Tribunal, he de decir que comprendo eso —manifestó Mason—. Y puedo señalar, en nombre de la acusada, que esta acusada no desea que la absuelvan gracias a un tecnicismo, ni en circunstancias tales que su nombre se vea ensombrecido por la más ligera duda respecto a su inocencia. La acusada quiere dejar bien establecida la verdad, la verdad auténtica y toda la verdad.

—No hacen falta fuegos artificiales —dijo Hamilton Burger—. Suprima la oratoria. Vamos, llame al testigo, y ándese con cuidado, no introduzca el pie en alguna trampa.

—El comentario del fiscal —dijo el juez Miles— es innecesario por completo. El Tribunal se hace perfecto cargo de que la fiscalía se ve enfrentada con una prueba muy dura, pero eso no es óbice para que se mantengan las normas del decoro. Ahora, señor Mason, ¿desea usted convocar a la señora Lorraine Lawton?

—Sí, señoría.

—Que pase al estrado la señora Lorraine Lawton —ordenó el juez Miles.

Cuando Lorraine Lawton entró en la sala, el juez Miles dijo:

—No hace falta que vuelva a prestar juramento. Ya se lo hemos tomado. Pero recuerde que su testimonio se encontrará aún en esas circunstancias. El señor Mason la ha llamado para interrogarla. Proceda, señor Mason.

—¿Mantiene usted relaciones amistosas con la demandada? —empezó Mason.

—Sí.

—¿Y con su hermano?

—Sí.

—¿Trabaja usted en la piscifactoría conocida por el nombre de Criadero de Truchas Osgood?

—Sí.

—Todo eso ya se ha dicho —rezongó Hamilton Burger.

—Estos son simplemente los preliminares —explicó Mason—, al objeto de dejar bien sentado que no trato de aprovecharme de la testigo con maniobras de mala fe.

—Prosiga —ordenó el juez Miles.

—¿Vio usted a Rodney Banks después de que fuera puesto en libertad bajo fianza en la tarde del día tres?

—Sí.

—¿Sabía que Rodney Banks se separó de usted para acudir a una cita que tenía concertada con su hermana en la unidad número catorce del Motel Foley, motel con el que usted está familiarizada porque sus instalaciones se hallan cerca del criadero de truchas que usted regenta a veces?

—Sí.

—¿Fue usted al Criadero de Truchas Osgood aquella tarde?

—Yo… yo… yo… no creo estar dispuesta a contestar a esa pregunta.

—¿Fue usted al Criadero de Truchas Osgood y cogió unos paquetes de hielo seco?

—Yo…

—Aguarde un momento —dijo Mason, al tiempo que levantaba la mano—. Antes de que responda a esta pregunta, quiero llamarle la atención sobre ciertos hechos. Rodney Banks se ha confesado autor del asesinato de Marvin Fremont. El fiscal del distrito le ha garantizado la inmunidad. Ahora bien, tengo entendido que la conducta de usted puede ser técnicamente ilegal, pero creo que las autoridades tienen interés en descubrir la verdad y me inclino a suponer que le harán concesiones si manifiesta usted la verdad absoluta… Veamos, ¿no fue usted aquella tarde al Criadero de Truchas Osgood?

—No… no creo que deba responder a esa pregunta. Opino que puede incriminarme.

—Eso depende —dijo Mason—. Si usted encontró el cadáver de

Marvin Fremont, si usted llegó a la conclusión de que Rodney Banks le había matado y si usted supuso que podría envolver el cuerpo en hielo seco y mantenerlo así el tiempo suficiente como para que descendiese la temperatura del cadáver de forma que la policía creyese que el crimen se cometió a una hora en la que Rodney se encontraba en la cárcel y por lo tanto contaba con una coartada perfecta, entonces usted cometió un delito. Esa, sin embargo, será una cuestión a dilucidar entre usted y su conciencia. No afecta para nada las posibilidades de convicción de Rodney, puesto que él goza de la inmunidad concedida por el ministerio fiscal.

—Eso no es exactamente lo que hice —confesó Lorraine Lawton—. Sabía que Rodney se encontraba en un estado de ánimo peligroso en lo que se refería a Marvin Fremont. Estaba enterada de que Rodney sabía que Marvin Fremont iba a hacer una visita a Nancy, ya que Fremont conocía el paradero de la muchacha. Y temí lo que Rodney pudiese hacer… Naturalmente, había visto a Rodney, después de que saliera de la cárcel, pero fingimos posteriormente que no nos habíamos visto el uno al otro.

»Fui al motel. La puerta estaba abierta. Nancy no se encontraba allí. Rodney no estaba allí. Entré a echar una mirada y descubrí el cadáver en la ducha. Aparentemente, había muerto poco tiempo antes. Me dominó el pánico. Observé entonces que el cuerpo estaba envuelto en hielo seco y recordé la imagen de Nancy explicándonos cómo la temperatura de un cadáver determina la hora de la muerte, y pensé… Bueno, pensé que Rodney le había matado, que Nancy se acercó al criadero, se agenció hielo seco, empaquetó el cuerpo y proyectó conservarlo así durante dos o tres horas, para que bajase la temperatura y la policía creyera que Fremont llevaba muerto horas y horas, lo que proporcionaría a Rodney una coartada a toda prueba, ya que había estado en la cárcel hasta poco antes.

»Así que, naturalmente, me abstuve de avisar a la policía.

—Gracias —dijo Mason—. Esto es todo.

Hamilton Burger se puso en pie.

—Bueno, me parece que… No, por ahora no interrogaré.

—En ese caso —declaró Mason—, quisiera llamar a Larsen E. Halstead, para formularle una o dos preguntas más.

—No me opongo —dijo Hamilton Burger, y miró a Mason con

ojos pensativos, en los que había un nuevo respeto.

—Llamen a Larsen Halstead —pidió el juez Miles—. Puedo afirmar, caballeros, que estoy de acuerdo con el señor Mason en que, por lo que se refiere a la demandada, si podemos llegar al fondo de este asunto, no sólo se aclarará su situación, sino que, a la larga, todo redundará en beneficio de la justicia. Someto esta reflexión al ministerio fiscal, para que la considere.

Larsen Halstead volvió al estrado, se ajustó los lentes encima de la nariz, y miró a Perry Mason por encima de la montura.

—Ha declarado usted que, cuando vio por penúltima vez el receptáculo secreto, éste contenía dieciocho mil seiscientos noventa dólares, ¿no?

—Exacto.

—Y anotó usted los números de cuatro billetes de cien dólares que había allí.

—Sí.

—Y entre ellos se incluía el billete de cien dólares que ha sido presentado como prueba y cuyo número es K 00460975 A.

—Sí.

—Usted dijo que el señor Fremont se marchó de la oficina y que no iba a volver en el curso del resto del día, ¿no?

—Sí. Existe la posibilidad, no obstante, de que fuese él, y no Rodney, quien regresara, avanzando el día, y cogiese el dinero. O acaso a la mañana siguiente, no sé. Todo lo que sé es que el dinero estaba allí la última vez que vi el lugar, pero había desaparecido cuando fui al lugar con la policía.

—Y debido a que deseaba revisar ese dinero, cogió para examinarlos algunos billetes de los mayores y anotó sus números, ¿no?

—Sí.

—En un memorándum.

—Sí.

—Y el número K 00460975 A aparece en esa lista, junto con los números de otros tres billetes de cien dólares.

—Sí.

—¿Me permite ver esa lista que hizo, por favor? —pidió Mason —. Quiero comprobar los números.

El testigo, con movimientos cansinos, se sacó una cartera del bolsillo de atrás del pantalón, buscó en su interior y tomó una pequeña agenda.

—Un momento —dijo Mason— ¿Tiene esta agenda en ese compartimento de la cartera?

—Sí.

—¿Puedo ver el compartimento, por favor?

El testigo le tendió la raída cartera de cuero.

Mason la abrió, extrajo un billete de cien dólares y dijo:

—Veamos, el número de este billete de cien dólares L 04824084 A. Hay otro billete de cien dólares, G 06300382 A. Y hay un tercer billete, cuyo número es L 0132…

El testigo trató de recuperar la cartera y los billetes de cien dólares que Mason tenía en la mano.

El abogado retiró la cartera bruscamente, poniéndola fuera del alcance de Halstead, y dijo:

—Repetiré: Aquí hay otro billete cuyo número es L 01324510 A.

—Y ahora —continuó Mason—, si usted no tuvo nada que ver con el asesinato, si los billetes estaban aún en el receptáculo cuando usted abandonó la oficina, ¿cómo se explica que estos billetes de cien dólares se encuentren en *su* cartera?

Halstead se quedó mirando a Mason con ojos estremecidos por el pánico.

—Supongo que… supongo que debo haberme equivocado. Supongo que debí poner esos billetes de cien dólares en la cartera sin darme cuenta, en vez de volverlos a dejar en el escondite del subsuelo. Estaba copiando los números e, inconscientemente, debí doblar los billetes y guardarlos en la cartera, al mismo tiempo que cerraba la agenda y hacía lo mismo con ella.

—En ese caso —dijo Mason—, debería tener también aquí el billete de cien dólares, número K 00460975 A, que ha sido presentado como prueba.

—Cierto, supongo que debería estar.

—Entonces —acosó Mason—, ¿cómo es que ese billete se encontraba en poder de Rodney Banks, en el momento en que el muchacho fue registrado por el agente Moulton? A menos que usted se lo introdujese subrepticiamente en su cartera, mientras…

—Yo… yo… Sin duda se ha producido algún error en cuanto al número.

—No, Halstead —replicó Mason—. El error lo cometió usted al pensar que podía llevarse todo el dinero del receptáculo y después informar a Fremont de que Rodney Banks había limpiado la caja. Posteriormente, cuando Fremont descubrió la perfidia de usted y trató de obligarle a punta de revólver a restituir el dinero, usted le asestó un empujón inopinadamente, derribándole de espaldas en el recinto de la ducha. Como resultado, el arma se disparó y Fremont recibió un balazo en el corazón. ¿O acaso logró la posesión del revólver con algún engaño deliberado y luego le asesinó?

—No, no, no hice tal cosa. Fue un accidente… Me niego a responder a más preguntas. Aquí ha habido algún error… Esto es una conjura para comprometerme.

Durante un buen rato, hubiera sido posible oír el tictac de un reloj. Luego, se desencadenó el alboroto en la sala.

—Pongan a ese hombre bajo custodia —ordenó el juez Miles—. El Tribunal va a suspender la sesión durante otros quince minutos.

Capítulo 17

Mason, Della Street, Paul Drake y Nancy Banks estaban sentados en el despacho del abogado. Nancy, en estado medio histérico, declaró:

—Aún no acabo de comprender cómo lo consiguió, señor Mason.

El abogado sonrió a Della Street.

—Tampoco yo estoy seguro de entenderlo —confesó.

—¿Por qué no me dice qué ocurrió? Así podría enterarme.

—Su hermano no había encontrado el escondite secreto del dinero que Fremont guardaba en el despacho —explicó Mason—, pero estaba al cabo de la calle en cuanto se refería al efectivo de la caja de caudales, que en ocasiones ascendía a varios centenares de dólares.

»Deliberadamente, Fremont ponía la tentación al alcance de su hermano de usted encargándole que efectuase cobros en metálico los viernes por la tarde, cuando los bancos estaban cerrados, por lo que el muchacho tenía que conservar el dinero en su poder hasta el lunes siguiente por la mañana. Fremont sabía que Rodney iba al hipódromo y estaba enterado también de que perdía bastante dinero haciendo apuestas pequeñas, pero continuas.

»Tarde o temprano, lo inevitable sucedió, y Rodney «tomó prestado» un poco del dinero de Fremont para hacer una apuesta. Paulatinamente, esos préstamos fueron repitiéndose, hasta convertirse en costumbre y entonces, de pronto, a Rodney se le agota la racha de mala suerte y gana. Fue el momento en que Fremont decidió soltar la trampa.

—Pero, ¿por qué? —inquirió Nancy Banks.

—Porque Fremont siempre había tenido puestos los ojos en usted —dijo Mason— y no le perdonaba el que le abofetease y a

continuación abandonara la empresa. Fremont sabía que usted estaba encariñadísima con su hermano y supuso que, si lograba que arrestasen a Rodney, usted se apresuraría a recurrir a él, a Fremont, para implorarle que aceptase la restitución y retirar la denuncia.

»Cuando Fremont creía que sus planes estaban a punto de dar fruto, Rodney apeló a usted y usted hizo una apuesta a favor de un caballo desahuciado por todos del triunfo, y al mismo tiempo, Rodney se jugaba el todo por el todo, apostando también por un jaco que nadie tenía en cuenta.

»Resulta que, por una de esas sorpresas que tiene la vida, el jamelgo gana la carrera, y entonces surge Fremont y alega que, como la apuesta se hizo con un dinero que se le había desfalcado a él, todo era de su propiedad.

»Después se enfureció a marchas forzadas al hacerle quedar usted en ridículo, al ver que yo cobraba el importe de los boletos y al fracasar en su empeño de obligarme a entregar el dinero de la apuesta hecha por usted.

»Fremont comprendió, que descontando mis honorarios, le entregaría el dinero a usted. Comprendió asimismo que usted estacionaría su automóvil en la zona de aparcamiento del solar próximo al inmueble donde vivía. Se fabricó una máscara con un pañuelo y la atracó, sin duda considerando que el dinero era suyo de todas formas y que no constituía delito alguno apoderarse de lo que a uno le pertenece…

»Después del atraco sin embargo, se encontró con que la suma de dinero era considerablemente inferior a los catorce mil dólares que había esperado recoger. No se le ocurrió pensar que usted hubiese pagado los cinco mil dólares de la fianza de Rodney, ni que hubiera entregado al muchacho parte del dinero ganado, sino que supuso que usted había escondido la mayor parte de ese dinero.

»De algún modo, probablemente por mediación de su agencia de detectives, se enteró de que usted se hospedaba en el Motel Foley, así que se encaminó allí, dispuesto a hacerse con el resto del dinero.

»Lo que no tomó en consideración fue el hecho de que Halstead, enterado de la existencia de la reserva de numerario que Fremont guardaba en el receptáculo oculto en el suelo, se dijo que aquel era un momento muy oportuno para arramblar con todo el dinero

escondido allí, ya que las culpas del roto también recaerían sobre los hombros de Rodney.

»No obstante, Fremont sospechó de Halstead y le acusó de haber cometido el robo.

»Halstead siguió a Fremont hasta el Motel Foley.

»Respecto a lo sucedido allí, sólo contamos con la versión de Halstead. Pero, en apariencia, su historia es correcta, ya que los hechos esenciales la corroboran.

»Halstead ofreció a Fremont un trato, mediante el cual a Halstead se le permitiría conservar el dinero del que ya se había apoderado, se retiraría la acusación contra Rodney y, a cambio, Halstead no diría nada a las autoridades acerca de que Fremont recibía propiedad robada y era un importante mercader de objetos procedentes de robo.

»Las cosas no salieron tal como estaban planeadas. Los dos hombres se enzarzaron en una discusión. Fremont empuñó un revólver. Halstead se abalanzó sobre Fremont, con ánimo de arrancarle el arma de la mano antes de que hiciese fuego. Fremont cayó hacia atrás, en el recinto de la ducha, al patinar su pie mientras retrocedía atacado por Halstead. Y en el momento en que caía, el arma se disparó.

»En aquel preciso instante, ambos hombres forcejeaban y la bala atravesó el corazón de Fremont.

»Halstead se dejó dominar entonces por el pánico. Tenía que ocultar aquello. Le había oído a usted exponer sus teorías acerca del hielo seco y de la temperatura de un cadáver. Y como conocía también el Criadero de Truchas Osgood, se apresuró a ir allí. Lo primero que hizo fue ocultar el revólver en el fondo del cubo de desperdicios, luego abrió la puerta del almacén con una ganzúa, se abasteció de hielo seco y regresó al motel, donde dejó dicho hielo seco alrededor del cuerpo de Fremont. A continuación, se dirigió al punto donde sabía que su hermano de usted dejó un paquetito que contenía una reserva de dinero en efectivo e introdujo entre ese dinero uno de los billetes de cien dólares cuyos números había anotado y que ya tenía previsto usar para comprometer a Rodney y al mismo tiempo proporcionarse a sí mismo una limpia patente de sanidad.

—¿Cómo se le ocurrió la suposición de que Halstead tuviese aquellos otros billetes en la cartera? —preguntó Della Street.

—La respuesta —declaró Mason— estriba en el modo en que aquellos billetes de cien dólares fueron anotados en la agenda.

»Se trataba de números muy largos y, sin embargo, todos y cada uno de ellos estaban bien trazados, con cuidado y nitidez, ocupando sendas líneas en el fondo de la agenda.

»Un hombre agachado en el suelo no podría haber escrito los números así. Para eso hubiera sido necesario que se encontrase sentado a una mesa, con el brazo descansando sobre una superficie lisa.

»Por consiguiente, se me ocurrió pensar que Halstead debió haberse apropiado de aquellos billetes de cien dólares y se apuntó los números de los mismos al objeto de protegerse, plantando alguno en la cartera de Rodney y, si se le presentaba la ocasión, dejando algún otro entre las cosas de Nancy, de forma que pudiera ser encontrado allí.

»Fue un disparo a ciegas, pero como en el caso de «Dough Boy», dio resultado.

Impulsada por un arrebato de entusiasmo, Nancy lanzó sus brazos alrededor del cuello del abogado.

—¡Yo aseguraría que dio resultado!

Mason sonrió.

—Y lo sigue dando.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner

notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.